

DANIELLE STEEL

MILAGRO



DEBOLSILLO

Danielle Steel, la maestra de la novela romántica, nos ofrece de nuevo una novela milagrosa que entretiene y emociona.

Es la noche de fin de año cuando la tormenta del siglo azota California. En una tranquila vecindad al norte de San Francisco, entre el caos de árboles caídos y casas destrozadas, las vidas de tres personas están a punto de colisionar: Quinn Thompson, quien desde la muerte de su esposa ha creado una coraza a su alrededor; su vecina Maggie Dartman y Jack Adams, el carpintero que reparará los hogares de ambos.

Las historias de estos tres personajes convergerán en una singular amistad, en el resurgir de oscuros secretos y en extraordinarios planes para el futuro...

1

Un lluvioso día de noviembre, el yate de vela Victory surcaba con elegancia las aguas a lo largo de la costa, hacia el antiguo puerto de Antibes. El mar estaba picado, y Quinn Thompson permanecía silencioso en la cubierta, contemplando las velas, saboreando los últimos momentos a bordo. No le importaba el tiempo ni la grisura del día, ni siquiera el mar embravecido. Era un marino curtido, un auténtico lobo de mar. El Victory era un velero de cuarenta y cinco metros de eslora, con motores auxiliares, que había fletado a un hombre con el que había hecho frecuentes negocios en Londres. Aquel año su propietario había sufrido reveses financieros, y Quinn le estaba agradecido por el disfrute del barco desde agosto. Lo había usado bien, y el tiempo pasado a bordo le había beneficiado en todos los aspectos. Estaba sano y fuerte, y más sereno de lo que había estado cuando comenzó la singladura. Era un hombre apuesto, vigoroso y de aspecto juvenil. Y se había resignado a su destino, más de lo que lo estuvo en los meses anteriores.

Había subido a bordo del yate en Italia, y luego había pasado cierto tiempo en aguas españolas y francesas. En cierta zona habitualmente agitada del golfo de León sufrió los embates del mar, y vivió la emocionante experiencia de una breve e inesperada tormenta. Entonces siguió navegando rumbo a Suecia y Noruega, y regresó lentamente pasando por varios puertos alemanes. Llevaba tres meses en el barco, y los beneficios de la aventura eran evidentes. Le había sido posible alejarse durante tanto tiempo como necesitaba, un tiempo que había empleado bien para pensar y recuperarse de cuanto le había ocurrido.

Durante meses había retrasado la vuelta a California. No tenía ningún motivo para ir a casa. Pero el invierno se acercaba y sabía que no podía retrasar mucho más su regreso. El propietario del Victory quería que el barco estuviera a su disposición en el Caribe por Navidad, como convinieron al fletarlo. Quinn había pagado una fortuna por los tres meses a bordo, pero no lo lamentaba en absoluto. El elevado precio del alquiler no significaba nada para Quinn Thompson. Podía permitirse eso y mucho más. Tanto material como profesionalmente, había sido un hombre muy afortunado.

El tiempo pasado a bordo también había servido para recordarle la pasión

con que amaba navegar. No le importaba la soledad; en realidad le sentaba de maravilla, y la tripulación era experta y discreta. Su habilidad les había impresionado, y enseguida se percataron de que sabía mucho más acerca del Victory, de cómo sacar el máximo provecho de sus dotes marineras, que el propietario, quien apenas sabía nada. Por encima de todo, la embarcación había proporcionado a Quinn un medio de escape y un agradable refugio. Había disfrutado en especial del tiempo pasado en los fiordos, cuya severa belleza parecía convenirle más que los alegres o románticos puertos del Mediterráneo, que había evitado asiduamente.

Sus maletas estaban en el camarote mientras él permanecía en cubierta, y, como por entonces estaba familiarizado con la eficacia de la tripulación, sabía que pocas horas después de su partida habría desaparecido toda prueba de su existencia a bordo. Los miembros de la tripulación eran seis hombres y una mujer, la esposa del capitán, que ejercía de camarera. Lo mismo que los demás, había sido discreta y cortés, y no le había dicho más de lo imprescindible; y, como el propietario, todos los tripulantes eran británicos. Su relación con el capitán había sido agradable y respetuosa.

—Lamento que el mar esté tan agitado precisamente cuando llegamos —le dijo el capitán, sonriente, al reunirse con él en cubierta.

Sin embargo, tras su convivencia a bordo, sabía que a Quinn no le importaba la aspereza del mar. Quinn se volvió hacia él y le saludó con una inclinación de cabeza. A ninguno de los dos les preocupaban las olas que rompían sobre la proa ni la lluvia que se abatía sobre ellos. El fletador del yate vestía ropas adecuadas al mal tiempo y, a decir verdad, le gustaba el desafío que planteaba la navegación difícil, el mar embravecido y las tormentas ocasionales.

Lo único que no le gustaba era marcharse. Con el capitán se había pasado horas hablando de la navegación y de los lugares que habían visitado, y el capitán no podía dejar de sentirse impresionado por los largos viajes de Quinn y la profundidad de sus conocimientos. Quinn Thompson era un hombre con numerosos intereses y facetas, una leyenda en el mundo de las finanzas internacionales. Antes de su llegada a bordo, el propietario del barco le había dicho al capitán que era un hombre de origen humilde que había amasado una enorme fortuna. Incluso había llegado a calificarlo de brillante, y, tras los

meses pasados en el barco con él, el capitán no estaba en desacuerdo con esa opinión.

Quinn Thompson era un hombre al que muchos admiraban, algunos temían y unos pocos odiaban, a veces con una buena razón para ello. Un hombre que estaba seguro de sí mismo, directo, poderoso, misterioso en ciertos aspectos e implacable cuando deseaba algo, un hombre de infinitas ideas, imaginación inagotable en su campo profesional y pocas palabras, excepto cuando se encontraba en uno de sus infrecuentes estados de ánimo expansivos, que el capitán también había conocido, normalmente tras haber tomado varias copas de coñac. En general, habían limitado sus conversaciones a la navegación, un tema que les gustaba a los dos más que ningún otro.

El capitán sabía que Quinn había perdido a su esposa la primavera anterior, y él la había mencionado una o dos veces. Había ocasiones en que adoptaba una expresión melancólica, y al principio su talante fue sombrío durante algunos días. Pero durante la mayor parte de las horas que permanecían juntos en cubierta, Quinn guardaba silencio. El capitán estaba enterado de que también tenía una hija, porque la había mencionado en una ocasión, pero Quinn tampoco decía apenas nada de ella. Era un hombre que se apresuraba a compartir ideas, pero que difícilmente compartía sentimientos.

—Debería usted hacerle al señor Barclay una oferta por el Victory —le dijo esperanzado el capitán mientras la tripulación recogía las velas y él paraba el motor, mirando a Quinn por encima del hombro.

El barco se deslizaba hacia el interior del puerto. Quinn respondió al comentario con una sonrisa. Sus sonrisas eran difíciles de obtener, pero cuando aparecían en su rostro merecían la pena. Le iluminaban la cara como el sol del verano. El resto del tiempo, y con mucha más frecuencia, parecía sumido en el invierno. Y cuando reía, era una persona diferente.

—He pensado en ello —admitió Quinn—, pero no creo que lo venda.

Antes de fletar el barco, Quinn había preguntado a John Barclay si había alguna posibilidad de que lo vendiera, y Barclay le respondió que solo lo haría si se encontraba en un apuro extremo, y admitió que prescindiría de su mujer y sus hijos antes que del velero, un punto de vista que Quinn comprendía y respetaba.

No le repitió el comentario al capitán, pero en los últimos tres meses

Quinn se había encariñado con la idea de comprar un barco. Hacía años que no era dueño de uno, y en aquel momento no había nadie que lo detuviera.

—Debería tener un barco, señor —aventuró cautamente el capitán.

Le habría gustado trabajar para él. Quinn era severo pero justo y respetuoso, y navegar con él resultaba emocionante. Lo que había hecho con el Victory, los lugares que había visitado, eran cosas que John Barclay nunca se habría atrevido a hacer ni le habrían pasado por la imaginación. A todos los miembros de la tripulación les habían encantado los tres meses que habían pasado navegando con Quinn Thompson. Y el mismo Quinn había pensado en comprar o encargarse de la construcción de un barco desde agosto, sobre todo ahora que habían terminado sus meses en el Victory. Sería la perfecta respuesta a su partida de San Francisco. Ya había decidido vender la casa, y estaba pensando en comprar un piso en algún lugar de Europa. A los sesenta y uno, llevaba casi dos años retirado, y ahora que Jane se había ido, no tenía motivo alguno para permanecer en San Francisco. Era consciente de que un barco podría devolverle la alegría de vivir. De hecho, aquel velero ya lo había conseguido. Muy a menudo los seres humanos se decepcionan unos a otros, una realidad que Quinn detestaba. Pero los barcos jamás lo hacen.

—A lo largo de esta mañana he llegado a la misma conclusión —dijo Quinn en voz baja. Lamentaba abandonar el Victory, y sabía que al cabo de dos días el barco zarparía hacia Gibraltar y luego iría a Saint Martin, donde el propietario embarcaría con su esposa y sus hijos para pasar a bordo la Navidad.

El precio que Quinn había pagado por el alquiler era una ayuda para que Barclays conservara el barco por lo menos durante un año más—. ¿Sabe si hay algo por el estilo a la venta en estos momentos? —preguntó Quinn con interés al capitán, quien miraba adelante, observando el rumbo mientras entraban en el canal. El hombre reflexionó.

—Me temo que no hay nada de este nivel, al menos no lo hay en la categoría de veleros.

Siempre había grandes barcos a motor que cambiaban de manos, pero era más difícil encontrar excelentes veleros del calibre que Quinn deseaba. En la mayor parte de los casos, sus dueños los amaban y no se separaban de ellos fácilmente. Todavía estaba pensando en ello cuando el segundo de a bordo fue

a su encuentro, y el capitán le planteó la pregunta. Quinn se sintió intrigado al ver que el joven hacía un gesto de asentimiento.

—Oí hablar de uno hace un par de semanas, cuando salimos de Noruega.

Aún no está terminado, pero ya lo venden. Todavía se encuentra en un astillero de Holanda. Bob Ramsay lo encargó el año pasado, y entonces decidió venderlo. Quiere uno mayor. Tengo entendido que el que está a la venta es una belleza.

Los tres hombres sabían que lo sería si era Bob Ramsay quien lo había encargado. Se trataba de un notable marino dueño de tres hermosos yates que competían en todas las regatas europeas, y en general se llevaba todos los premios. Era norteamericano y vivía en París con su mujer francesa. En la sociedad internacional de la vela lo tenían por un héroe, y todos los barcos que había construido eran exquisitos.

—¿Sabe en qué astillero se encuentra? —le preguntó Quinn, preguntándose de repente si sería aquella la respuesta a sus plegarias, y el joven se animó.

—Lo sé. Les llamaré en su nombre, si lo desea, en cuanto atraquemos.

Aquella tarde Quinn volaría a Londres, pasaría la noche en un hotel y a la mañana siguiente emprendería el vuelo a San Francisco. Había llamado a su hija, Alex, que estaba en Ginebra, con la intención de verla antes de regresar a casa, y ella le había dicho que estaba demasiado ocupada con los niños. Él conocía la verdadera razón de que no quisiera verle, y ya no tenía energías para aquella brega. Las batallas entre ellos eran demasiado duras y se habían prolongado durante demasiado tiempo. Ella nunca le había perdonado por lo que consideraba como sus fallos cuando era niña, y meses atrás le había dicho que jamás le perdonaría por haberla avisado tan tarde cuando enfermó su madre. A decir verdad, él comprendía ahora que la ciega esperanza y el rechazo le habían impedido ponerse antes en contacto con su hija. Tanto él como Jane se habían negado a creer que ella moriría. Seguían diciéndose, tanto a sí mismos como el uno al otro, que iba a sobrevivir. Y cuando Jane aceptó que la llamara, era pocos días antes del final. Quinn se preguntaba a veces si él y Jane habían querido estar solos durante aquellos últimos días, y de una manera inconsciente no habían incluido a Alex.

Cuando Alex voló a casa para ver a su madre, la enfermedad había hecho estragos en Jane. Llegó dos días antes de su muerte, y o bien su dolor era tan

extremo o bien estaba tan sedada que Alex apenas pudo hablar con ella, excepto en los infrecuentes momentos de lucidez durante los que Jane insistía en que iba a ponerse bien. La aflicción y el horror embargaron a Alex, y se enfureció con su padre. El pesar y la sensación de pérdida se habían canalizado en el rencor que ya le tenía, y las llamas de la decepción, el pesar y la angustia se avivaban y se convertían en una hoguera de indignación. En cuanto regresó a casa, envió a Quinn una carta durísima, y entonces, durante meses, no devolvió ninguna de sus llamadas telefónicas. A pesar de las súplicas de Jane en sus últimos días para que hicieran las paces y cada uno cuidara del otro, desde la muerte de su esposa, Quinn casi había renunciado a Alex. Sabía lo mucho que habría afligido a Jane su distanciamiento, y le dolía en lo más hondo, pero no podía hacer nada al respecto. Y en el fondo pensaba que Alex tenía razón. Sin proponérselo, él y Jane no le habían dado tiempo suficiente para despedirse.

La llamada telefónica que hizo dos días atrás desde el Victory había sido un último intento vano de comunicarse con ella, y se había encontrado con un glacial rechazo. Ahora no parecía haber ninguna manera de salvar el profundo abismo que mediaba entre los dos, y hacía demasiado tiempo que ardía a fuego lento la cólera de la muchacha por la clase de infancia que se vio obligada a vivir. Durante los años en los que él se dedicó a levantar su imperio, apenas pasaba tiempo con Jane y los niños. Ella le había perdonado; Jane siempre comprendía lo que su marido estaba haciendo y lo que significaba para él, y nunca se lo reprochaba. Se había sentido orgullosa de sus victorias, fuera cual fuese el coste personal para ella. Pero Alex había llegado a detestarlo por sus ausencias y su aparente falta de interés durante los primeros años de su vida. Se lo había dicho a su padre el día del funeral, sin ocultarle su enojo porque no le había advertido de lo grave que era la enfermedad de su madre. Y aunque ella tenía el mismo aspecto frágil de Jane, era tan fuerte como ella, y en ciertos aspectos incluso más. Era tan tenaz e implacable como él lo había sido con frecuencia en el pasado. Y ahora él no tenía ninguna defensa al enfrentarse a su ira. Sabía que su hija tenía razón.

Quinn tenía una faceta tierna que pocos conocían, y de la que Jane siempre había estado segura, un punto flaco que había mantenido bien oculto y que a ella le encantaba, incluso cuando era menos visible. Y si bien Alex poseía la

fortaleza de su padre, no tenía ni un ápice de los sentimientos compasivos de Jane. Había en ella un aspecto glacial que asustaba incluso a Quinn. Había estado enfadada con él durante años, y era evidente que se proponía seguir así, sobre todo ahora, cuando tenía la sensación de que le había impedido acompañar a su madre en el último trance. Ese fue el golpe definitivo a su relación como padre e hija. Y ahora, ante las acusaciones de Alex, él se daba cuenta de que había querido estar a solas con Jane en sus últimos días, y no había querido compartirla con Alex. Aterrado por la muerte de Jane, se había aferrado al rechazo. Habían tenido tanto que decirse, después de tantos años de ausencia, tantas cosas que él nunca le había dicho y nunca había pensado que lo haría. Al final se lo dijo todo, los dos lo hicieron. Y en aquellas semanas finales su mujer compartió con él sus diarios y poemas. Él siempre había creído que conocía bien a Jane, y solo en el mismo final de su vida descubrió que no era así.

Bajo su callado y sereno exterior, había sido una mujer de afecto, amor y pasión ilimitados, unos sentimientos dirigidos por completo a él y cuya intensidad Quinn nunca había comprendido del todo hasta que fue demasiado tarde. Más que nada de lo que Alex podría acusarle, él sabía ahora que jamás podría perdonarse a sí mismo por ello. Casi nunca había estado con Jane cuando ella le necesitaba. Era consciente de que había abandonado a su mujer incluso más que a su hija. Jane debería haber estado tan enojada con él como lo estaba Alex, pero lo único que había hecho era amarle más, durante sus interminables ausencias. Estaba profundamente avergonzado y le atormentaba un sentimiento de culpa del que sabía que no podría librarse en lo que le quedara de vida.

Incluso a él le parecía un delito imperdonable, y ahora, cuando había leído los diarios de su mujer, todavía más. Se los llevó consigo en la travesía y los había leído durante meses, cada noche. E incluso más que los diarios, los poemas de amor le abrieron el pecho como escalpelos y le arrancaron el corazón. Ella había sido la mujer más compasiva, indulgente y generosa que él había conocido jamás, un tesoro mucho más grande de lo que él había sospechado jamás. La peor de las ironías era que solo ahora que había desaparecido lo comprendía.

Demasiado tarde. Irremediablemente demasiado tarde. Lo único que podía

hacer ahora era lamentar sus fallos y la pérdida de su mujer durante el resto de su vida.

No había modo de repararlo ni enmendarlo, ni siquiera hacer algo en desagravio, aunque le pidió disculpas antes de que ella muriese. Peor aún, Jane le había asegurado que él no tenía nada de que arrepentirse, nada que reprocharse.

Le prometió que había sido feliz durante los años compartidos, lo cual no hizo más que acrecentar el sentimiento de culpa de Quinn. ¿Cómo podía haber sido feliz con un hombre que casi nunca estaba presente y que apenas le prestaba atención? Él sabía de qué era culpable y por qué lo había hecho. Había estado obsesionado con su imperio, sus logros y sus propias acciones. Apenas había pensado en nadie más, y menos aún en su esposa y sus hijos. Sabía que Alex tenía todo el derecho a estar enojada con él y que Jane había tenido todas las razones para odiarle, y no lo había hecho. Por el contrario, le había escrito poemas de amor y su lealtad hacia él jamás había flaqueado, y Quinn sabía mejor que nadie lo poco que se lo merecía. De hecho, ahora soñaba con ello casi todas las noches, tenía unos sueños en los que ella le rogaba que volviera a casa y le suplicaba que no la abandonara ni la olvidase.

Quinn se había retirado de los negocios el año anterior al de la muerte de Jane, y se pasaron un año viajando a todos los lugares que él quería explorar.

Como de costumbre, Jane había aceptado de buen grado los deseos de su marido, siguiéndole adondequiera que él deseara ir. Estuvieron en Bali, Nepal, la India y las regiones más remotas de China. Volvieron a países que ambos amaban, a Marruecos, Japón y Turquía. No dejaron de viajar durante todo el año, y por primera vez en mucho tiempo se sintieron profundamente unidos. Él había olvidado lo divertida que era ella, lo agradable de su compañía, lo mucho que le gustaba estar a su lado. Volvieron a enamorarse de nuevo, y nunca habían sido tan felices como lo fueron entonces.

Fue en París donde descubrieron lo enferma que estaba ella y la gravedad de su dolencia. Había tenido trastornos de estómago durante meses, y ambos los habían considerado un inofensivo producto secundario de sus viajes. Entonces regresaron a casa en avión y ella se sometió a nuevos exámenes. Su estado era incluso peor de lo que habían creído, pero aun así ambos lo negaron. Ahora, gracias a sus diarios, él se percataba de que ella había

comprendido antes que él la gravedad de lo que le aquejaba. Pero de todos modos había seguido convencida de que podría superarlo. Había sufrido durante meses en silencio antes de planteárselo, pues no quería dar al traste con los viajes que él tanto ansiaba emprender y que había aguardado durante mucho tiempo. Estaba apenada porque volver a casa había supuesto cancelar un viaje a Brasil y Argentina. Ahora a Quinn todo le parecía vano y absolutamente vacío sin ella.

Jane murió a los cincuenta y nueve años, cuando llevaban treinta y siete casados. Alex tenía treinta y cuatro, y su hermano, Doug, tendría treinta y seis de haber vivido. Murió a los trece, en un accidente náutico, y ahora Quinn se daba cuenta de que apenas lo había conocido. Tenían mucho que lamentar y de que arrepentirse. Y disponía del resto de su vida para ello. Jane había muerto en junio, y ahora, cuando entraban en el puerto del Viejo Antibes, era noviembre.

Habían sido cinco penosos e interminables meses sin ella. Y Quinn sabía con absoluta certeza que jamás se perdonaría haberla decepcionado. Sus sueños y los diarios de Jane eran un constante recordatorio de sus fallos. Desde hacía mucho tiempo Alex le había juzgado y declarado culpable. No podía estar en desacuerdo con ella.

Una vez hubieron atracado, el capitán fue al camarote de Quinn para darle la información acerca del velero que estaban construyendo y habían puesto a la venta en Holanda. Acababa de telefonar al astillero. Sonreía al cruzar el umbral.

—Tiene cincuenta y cinco metros de eslora, y parece una preciosidad—le dijo con una expresión radiante—. Se trata de un queche, y el director del astillero dice que hay algunas personas interesadas, pero que hasta ahora nadie ha hecho una oferta en firme. Ramsay acaba de decidirse a venderlo. —Las miradas de ambos hombres se encontraron, y una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Quinn. Era la más alegre que el capitán le había visto jamás. Durante la mayor parte de la travesía, Quinn había parecido atormentado—. ¿Irá usted a verlo, señor? —le preguntó el capitán con interés—. Con mucho gusto le cambiaría el destino del vuelo. Hay uno para Amsterdam media hora después del que usted iba a tomar hacia Londres.

Quinn no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. No era precisamente

una tontería. Un barco de cincuenta y cinco metros de eslora... Pero ¿por qué no? Podría navegar alrededor del mundo durante el resto de su vida. No se le ocurría nada que pudiera gustarle más. Podría vivir a bordo y navegar a todos los lugares que amaba, así como a aquellos en los que aún no había estado.

Todo lo que necesitaba tener consigo eran los poemas y los diarios de Jane.

Ahora no había nada más en el mundo que le importara. Los había leído una y otra vez. Su claridad cristalina y el amor sin reservas por él que reflejaban eran como un golpe cada vez que los leía.

—¿Hasta qué punto es una locura? —le preguntó Quinn al capitán, sentado en el sillón de cuero de su camarote, y durante un momento pensó en el velero de cincuenta y cinco metros de eslora. Le parecía que superaba sus merecimientos, pero era todo lo que quería. Vivir en un yate era la perfecta ruta de escape.

—No es ninguna locura, señor. Es una lástima que un marino como usted no tenga un barco propio. —Quería decirle a Quinn que le habría gustado trabajar para él, pero no deseaba ser indiscreto. Si Quinn llegaba a comprar la embarcación, tenía intención de proponérselo. No sentía el menor afecto por John Barclay, el propietario del Victory. Quinn Thompson era exactamente la clase de hombre para el que quería trabajar, un marino consumado. Para John Barclay el Victory era como una casa flotante, y no tenía una auténtica necesidad de un capitán curtido. La mayor parte del tiempo permanecían en el puerto, o anclados mientras nadaban—. Falta un año para que esté terminado, quizá menos, si los apremia. A finales del verano siguiente podría navegar a donde quiera. O en el peor de los casos, dentro de un año.

—De acuerdo —replicó Quinn, y de repente adoptó una expresión decidida—. Hagámoslo. ¿Quiere hacerme el favor de cambiar el vuelo? Iré a Londres después de haber visto el barco—. No tenía que ceñirse a un programa ni seguir ningún horario ni ver a nadie, y los tres últimos meses le habían revelado lo que sospechaba. Quería un velero. Y ahora no había nadie que le detuviera—. ¿Le importaría llamar al astillero e informarles de mi visita? —Tenía los ojos esperanzados y brillantes.

—En absoluto, señor. Hablaré con el propietario y le diré que irá a verle.

—Necesito una reserva en el Amstel. Solo esta noche. Mañana iré

directamente desde el astillero al aeropuerto y volaré a Londres.

Era una decisión emocionante, y si el barco no le gustaba, no tenía que comprarlo. Incluso podía encargarse de la construcción de uno, pero sabía que en ese caso tardaría más tiempo en poder disfrutar de la embarcación. Había que invertir por lo menos dos años en la construcción de un barco comparable al que Ramsey había encargado, tal vez incluso más tiempo.

El capitán se ocupó de todo, y al cabo de media hora Quinn le estrechó su mano y las del resto de la tripulación, y les agradeció las amabilidades que habían tenido con él. Dio una generosa propina a cada uno de ellos y extendió un cheque por una suma considerable para el capitán, a quien prometió que le haría saber cómo habían ido las cosas en Holanda. Subió a una limusina y, mientras se dirigía al aeropuerto de Niza, experimentó la misma angustia que le había embargado durante meses, acuciado por el deseo imposible de decirle a Jane lo que estaba a punto de hacer y lo que esperaba encontrar en Holanda.

Siempre había algo que deseaba compartir con ella, algo que le recordaba con penosa intensidad lo vacía que era su vida sin ella. Cerró un momento los ojos, pensando en ella, y entonces se obligó a abrirlos. No tenía ningún sentido dejar que le engullera de nuevo el negro foso de la aflicción. Había sido una batalla constante desde el mes de junio. Pero lo único que él sabía, y en lo que creía con todo su ser, era que un velero constituía por lo menos una manera de huir de los lugares en los que había estado y vivido con ella y que se habían vuelto demasiado dolorosos para él. Un velero era algo por lo que podía vivir. Era cierto que jamás podría sustituir a Jane por un barco, pero, cuando se aproximaba al aeropuerto, tenía la sensación de que ella se habría sentido satisfecha. Siempre había sido así. Ella siempre le había apoyado en cualquier cosa que él hubiera decidido hacer, por alocada que le pareciera a cualquier otro. Jane le habría comprendido mejor que nadie. Fue la única persona capaz de comprenderle. La única persona entre todas las que él había conocido que le amó de veras. Más de lo que jamás lo supo cuando ella vivía, ahora sabía sin la menor duda que su vida con Jane había sido un poema de amor, como los que ella había escrito y dejado para él.

2

El avión aterrizó en Schiphol, el aeropuerto de Amsterdam, a las seis en punto, y Quinn tomó un taxi para ir al hotel Amstel. Era uno de sus hoteles favoritos en Europa. Su antiguo esplendor y el exquisito servicio de que disponía siempre le recordaban un tanto al Ritz de París. Una vez instalado, pidió el servicio de habitación. Tenía el ánimo dividido: por un lado añoraba las comodidades del Victory y a su tripulación, y por otro ansiaba que llegara la mañana para ver el otro barco. Aquella noche la expectativa apenas le permitió conciliar el sueño. Ahora solo confiaba en que la embarcación le encantara.

Durmió a intervalos, y a las siete de la mañana ya estaba levantado y vestido. Tuvo que esperar una hora a que llegara un vehículo con chófer, y pasó el tiempo leyendo el Herald Tribune mientras desayunaba. El trayecto desde el hotel al astillero requería una hora, y a las nueve entró en el despacho del propietario, un hombre mayor, de complexión robusta y muy vivaz, que tenía los planos del barco sobre la mesa, en previsión de la visita de Quinn. Había oído hablar de él, había leído noticias sobre sus actividades financieras en el curso de los años y la noche anterior había hecho varias llamadas telefónicas y una investigación minuciosa. Tenía una idea muy clara de lo que Quinn pretendía, y estaba informado de su reputación de hombre supuestamente implacable. Quinn podía ser temible para quienes le enojaban o le fallaban de alguna manera.

El alto y esbelto Quinn se acomodó en una butaca, y sus ojos azules parecieron danzar mientras examinaba los planos con el propietario del astillero.

Este se llamaba Tem Hakker y tenía algunos años más que Quinn. Sus dos hijos estaban en el despacho con ellos, y explicaron con detalle los planos al posible cliente. Los dos hombres estaban a cargo del proyecto, del que se sentían orgullosos, y con buenas razones. El barco iba a ser espectacular y, mientras escuchaba, Quinn sintió que se renovaba su respeto por el genio de Bob Ramsay.

El gigantesco velero parecía contar con casi todo lo que él habría deseado.

Quinn tenía algunas ideas propias y, mientras conversaban, hizo sugerencias que, a su vez, impresionaron a los jóvenes Hakker tanto como a su padre. Las ideas de Quinn eran de naturaleza técnica y mejoraban el concepto inicial de Ramsay.

—Hay que estar loco para prescindir de este barco —comentó Quinn mientras revisaba de nuevo los planos con ellos. Ardía en deseos de ver el barco.

—Estamos construyendo uno de ochenta metros para Ramsay —dijo Tem Hakker con orgullo. Pero el que veía en los planos a Quinn ya le parecía lo bastante grande. Era todo lo que podría haber deseado jamás y todo lo que necesitaba.

—Estará contento como un niño con zapatos nuevos —bromeó Quinn, refiriéndose al velero de ochenta metros, y entonces pidió que le mostraran el barco que estaba en construcción y que Ramsay vendía.

Al verlo, Quinn guardó silencio, impresionado, y entonces soltó un silbido. Incluso el casco le parecía hermoso. Grandes secciones del barco ya estaban terminadas. El palo mayor se alzaría a cincuenta y ocho metros de altura, y el total del velamen sería de cinco mil quinientos metros cuadrados.

Cuando estuviera terminado tendría una magnífica estampa. Incluso ahora, inacabada, le parecía a Quinn una criatura de exquisita belleza. Aquello era amor a primera vista, y mientras Quinn contemplaba la embarcación, supo que debía poseerla, que era la manera en que él hacía las cosas. Quinn Thompson era un hombre de decisiones inmediatas y casi siempre infalibles.

Se pasaron una hora examinándolo y hablando de los cambios que Quinn quería hacer ahora que lo había visto, y entonces regresó lentamente al despacho con Tem Hakker. Este y Bob Ramsay habían convenido el precio, y tras unos pocos y rápidos cálculos, teniendo en cuenta los cambios que Quinn deseaba introducir, mencionó una cantidad que habría hecho palidecer a la mayoría de los hombres. Quinn no mostró la menor emoción mientras escuchaba, y replicó con la misma rapidez. Hubo una larga pausa de silencio, durante la que Hakker le miraba y se formaba una opinión de aquel hombre, y entonces asintió. Y al hacerlo, tendió la mano y Quinn se la estrechó. El trato estaba hecho, el precio era impresionante, pero ninguno de los dos hombres dudaba de que el yate mereciera la pena. Los dos estaban encantados. Y Quinn

le dijo que quería que estuviera terminado en agosto. Sabía que era optimista, pero ahora que había visto el barco, estaba deseando embarcar y entregarse a sus viajes y su vida errante. Los meses de espera le parecerían interminables, pero la perspectiva lo emocionaba.

—Esperaba que aceptara usted noviembre como fecha de entrega, o tal vez incluso podríamos tenerlo listo en octubre —le dijo cautamente Tem Hakker. La negociación con Quinn Thompson no era nada fácil.

Al final, tras cierto tira y afloja, llegaron a un compromiso: el barco estaría listo en septiembre, o al menos Tem Hakker creía que por entonces el barco estaría en condiciones de enfrentarse a los embates del mar. Y con suerte, podría zarpar a finales de ese mes o, como muy tarde, en los primeros días de octubre. Quinn dijo que podía aceptarlo, si no había más remedio. Y se proponía volar a Holanda tan a menudo como le fuera posible para supervisar los trabajos y asegurarse de que iban a cumplir con la fecha de entrega acordada.

Faltaba casi un año, y estaba deseando hacerse a la mar con su barco.

Quinn abandonó el astillero a mediodía, tras haber extendido un cheque por una importante suma a cuenta, y, antes de marcharse, llamó al capitán del Victory para darle la noticia y expresarle su agradecimiento.

—Buen trabajo, señor —le dijo el capitán en un tono eufórico—. Estoy deseando verlo.

Se proponía escribir a Quinn y ofrecerle sus servicios como capitán de barco, pero no quería hacerlo por teléfono. Quinn, por su parte, también estaba pensando en ello.

Ahora tenía una infinidad de detalles y planes en los que pensar. Agitó la mano, saludando a los Hakker, mientras se alejaba. Estaban tan satisfechos del negocio como él, tal vez incluso más. Normalmente, un barco de aquellas características no se vendía con la facilidad con que lo había aceptado Quinn Thompson. Este no había titubeado ni un instante, y durante el trayecto hacia el aeropuerto, era consciente de que tenía un nuevo hogar, así como una nueva pasión. Todo lo que quería ahora era vender su casa en San Francisco y hacer cuantos trámites fueran necesarios con ese fin. Tenía que arreglar algunas cosas antes de venderla, pero ahora solo pensaba en los detalles del barco. Sabía que iba a representar una nueva vida para él durante los años que le

quedaran. Y eso iba a facilitarle mucho el regreso a la casa vacía, o por lo menos así lo esperaba.

Años atrás había tenido un pequeño velero, y animó a sus hijos para que aprendieran a navegar. Alex, al igual que su madre, detestaba la navegación, y tras la muerte de Doug en un accidente náutico durante un campamento de verano en Maine, Jane lo convenció finalmente de que vendiera el barco. De todas maneras, él nunca tenía tiempo para usarlo, y accedió a sus deseos.

Durante más de veinte años se había contentado con navegar de vez en cuando en yates de amigos, siempre sin Jane, porque a ella no le gustaba nada la navegación. Y ahora, de improviso, todo un nuevo mundo se había abierto ante él. Parecía el perfecto escenario del último capítulo de su vida, y exactamente la manera en que quería pasar el resto de sus días: navegando alrededor del mundo en un barco mejor que cualquiera en el que hubiese soñado jamás. Aún sonreía para sí mismo cuando subió al avión con destino a Londres. Se pasó toda la noche tomando notas en la habitación del hotel. La perspectiva de su nuevo barco había cambiado el estado de ánimo y el tenor de la existencia de Quinn.

Al día siguiente, cuando en el aeropuerto de Heathrow subió a bordo del avión que le llevaría a San Francisco, comprendió que esa ciudad ya no sería su hogar. Lo único que había dejado allí eran recuerdos de Jane y los años que habían compartido, y eso podía llevárselo consigo. Guardaba en su maletín los preciosos diarios de Jane, y poco después del despegue sacó uno de sus poemas para leerlo. Lo leyó una y otra vez, como siempre lo hacía, y luego miró por la ventanilla. Ni siquiera oyó a la azafata que se dirigía a él para preguntarle si deseaba una copa. Estaba sumido en sus pensamientos, hasta que finalmente ella consiguió que la mirase. Él rechazó el champán y pidió un Bloody Mary, que ella le llevó antes se servir a los demás pasajeros. Por suerte el asiento contiguo estaba libre, y él se sintió aliviado, pues detestaba conversar en los aviones.

Finalizado el servicio, la azafata habló de él con el sobrecargo y le dijo que parecía alguien importante. El sobrecargo miró a Quinn y dijo que no lo reconocía. Convino en que era un hombre apuesto, pero no parecía especialmente amistoso. No lo era, en efecto.

—Probablemente es el presidente de alguna empresa fatigado tras una

semana de reuniones en Londres.

Eso había sido Quinn en otro tiempo, no hacía mucho. Pero ahora era un hombre muy diferente, un hombre que poseía un barco nuevo y extraordinario.

Ninguno de ellos podía haberlo imaginado mientras le miraban, pero lo más importante era que él lo sabía. Mientras volaba hacia San Francisco, era lo único que tenía de lo que estaba satisfecho. Su esposa había muerto, su hija lo odiaba, o así lo creía, su hijo había muerto años atrás. Estaba solo en el mundo, sin nadie que lo amara ni a quien le importara lo que hiciera. Y al cabo de pocas horas entraría en una casa vacía, la casa que compartió con una mujer a la que creía conocer, pero no había sido así. Una mujer que le había querido más de lo que se merecía, y hacia la que él se sentía agradecido y culpable. De hecho, mientras leía los poemas, tenía la certeza de lo indigno de ella que había sido. Entonces los guardó de nuevo en el maletín, cerró los ojos y pensó en ella, en el sonido de su risa. Le embargaba el angustioso temor de que algún día los recuerdos se desvanecieran de su mente, pero sabía que no ocurriría tal cosa mientras tuviera los diarios. Eran su última posibilidad de acceder a ella, la clave de los misterios que él nunca había comprendido ni se había molestado en descubrir. Los poemas y los diarios, así como la aflicción y el amor por ella, eran todo lo que quedaba de Jane que importaba.

3

El avión aterrizó puntualmente en San Francisco, y Quinn pasó por la aduana con rapidez. A pesar de su larga ausencia de Estados Unidos, no tenía nada que declarar, y con aspecto sombrío y la cabeza gacha recogió la maleta y el portafolio y salió apresuradamente de la terminal. No esperaba ilusionado llegar a la casa vacía, y en el avión había caído en la cuenta con pesar de que aquella vez llegaba poco antes del día de Acción de Gracias. No había pensado en ello al trazar sus planes, pero de todos modos no había tenido alternativa. El alquiler del Victoria había concluido, y él ya no tenía ninguna razón válida para seguir en Europa, sobre todo si Alex se negaba a verlo.

Su hija se había mostrado cortés pero firme. Sus arranques de ira contra él se habían producido antes y después del funeral. Y desde entonces todos los contactos de Quinn con ella habían sido distantes, formales y fríos. A su manera, Alex era tan testaruda como él. En cualquier caso, llevaba años enemistada con su padre. Ella y su madre lo habían discutido infinidad de veces y, a pesar de los intentos de la madre por suavizar su punto de vista, Alex había seguido manteniendo su posición dura y crítica. Afirmaba que su padre nunca había estado presente, para ninguno de ellos, ni siquiera cuando murió Doug. Quinn volvió a casa para asistir al funeral y estuvo allí tres días. Se encontraba en Bangkok, donde había cerrado un trato comercial, cuando recibió la noticia, y se marchó al día siguiente del funeral, dejando a Alex, entonces de once años, y a su madre sumidas en la aflicción y aferradas la una a la otra en su angustiada soledad.

En aquella ocasión había estado un mes ausente, realizando un negocio tan importante que el Wall Street Journal lo mencionó en titulares, regresó por un corto espacio de tiempo y entonces partió de nuevo para pasar dos meses en Hong Kong, Londres, París, Pekín, Berlín, Milán, Nueva York y Washington, D.C.

Ahora que era adulta, Alex aseguraba que apenas recordaba haber visto de niña a su padre, y mucho menos hablado con él. Siempre que se encontraba en casa, estaba demasiado atareado, extenuado, bajo los efectos del desfase horario y privado de sueño para pasar el tiempo con ella y su madre. Quinn

había oído antes esas quejas, durante el funeral y después, y nunca lo olvidaría. No podía desentenderse de lo que ella le había dicho y del implacable retrato suyo que había pintado. Y lo peor de todo era que, mientras la escuchaba, Quinn sabía sin la menor duda que no podía negarlo. El hombre al que describía era en verdad la persona que él había sido entonces y que siguió siendo hasta que se retiró. Y

Alex no estaba dispuesta a reconocer los cambios que él había experimentado desde entonces, en su mayor parte positivos.

Quinn había tratado de compensar a Jane por los largos años de dedicación absoluta al trabajo y de ausencia, y creía que en ciertos aspectos lo había conseguido en la medida de lo posible, durante el año y medio que estuvieron juntos después de su retiro. Pero no podía compensar a Alex de ninguna manera. También era consciente de que su hija estaba casada con un hombre que apenas abandonaba el hogar, excepto para ir a la oficina. Alex se había casado con un banquero suizo nada más terminar los estudios universitarios. Habían ido juntos a Yale, y contrajeron matrimonio casi unos minutos después de haberse graduado, trece años atrás. Tenían dos hijos, vivían en Ginebra, y Quinn había comentado a Jane desde el comienzo que era Alex quien le decía a Horst lo que tenía que hacer y lo que ella quería. Eran inseparables, y parecían felices, tranquilos y seguros, aunque insulsos y en absoluto apasionados. A Quinn su yerno le parecía penosamente aburrido. Alex había tenido cuidado para no caer en la misma trampa en la que creía que su madre había caído. Al contrario que ella, se había casado con un hombre débil, que haría lo que ella quisiera, tan diferente de su padre como era posible. Horst apenas viajaba, y trabajaba en el banco fundado por su abuelo. Era un joven responsable, que amaba a su esposa y sus hijos y no tenía grandes ambiciones.

Cuando se casó con él, Alex supo que jamás la sacrificaría en aras de su carrera, sus logros o sus pasiones. Para el experto Quinn, Horst no tenía ninguna. Se limitaba a existir, que era todo lo que Alex había querido.

Los nietos de Quinn tenían seis y nueve años. Eran guapos, rubios y de ojos azules, como su madre, y Quinn apenas los conocía. Jane había viajado con frecuencia a Ginebra para visitarlos, y Alex había ido a San Francisco una vez al año para ver a su madre, pero cuando iban a la ciudad Quinn no solía

estar presente, y siempre se encontraba en otra parte del mundo cuando Jane se desplazaba a Ginebra. A menudo, cuando Quinn estaba ausente, Jane aprovechaba la oportunidad para visitar a su hija. Ahora, en retrospectiva, a él le resultaba fácil ver las razones de Alex para estar enojada. Y ella no había tenido intención de permitir que su padre la compensara o expiara sus pecados, tanto los reales como los que ella quería percibir. Por lo que a Alex respectaba, no había perdido a uno, sino a los dos padres. Quinn había muerto en su corazón años antes de que ella hubiera perdido a su madre. Y el trauma de perder a su hermano cuando tenía once años había seguido siendo una herida abierta que le hacía ser especialmente protectora de sus hijos, pese a las súplicas de su marido para que les diera un poco más de libertad. Alex no dudaba de que sus precauciones estaban justificadas. Y más que nada, debido al accidente sufrido por su hermano, detestaba los veleros.

A Jane tampoco le habían gustado jamás, pero Quinn suponía que, de haber sabido que se estaba construyendo un nuevo barco, se habría alegrado por él. Jane siempre había querido que fuese feliz, que realizara sus sueños y lograra cuanto se había propuesto. A Alex ya no le importaba lo que hacía, y, en consecuencia, Quinn era un hombre sin familia, sin vínculos con nadie, tan solitario como lo parecía cuando bajó del taxi en la calle Vallejo, una vía sin salida bordeada de árboles que casi ocultaban la casa en la que él y Jane habían vivido durante todo su matrimonio y en la que Alex había crecido. Cuando aumentó su fortuna, quiso comprar una de mayor tamaño, pero Jane siempre insistió en que aquella casa le encantaba. Y a Quinn también le gustó, mientras Jane estuvo allí cuando él regresaba. Ahora, cuando abrió la puerta de la casona de estilo inglés llena de recovecos, el silencio le atemorizó.

Al entrar en el recibidor y dejar en el suelo el equipaje, oyó el tictac del reloj de la sala. El sonido le atravesó como un cuchillo, y le dio una sensación de latidos cardíacos. La casa nunca le había parecido tan solitaria ni tan vacía. No había flores en ninguna parte, las persianas estaban bajadas y las cortinas corridas, y la madera oscura que forraba las paredes de la sala de estar, que en el pasado había relucido, ahora le daba a la estancia el aire de un sepulcro. Él no recordaba que la casa le hubiera parecido jamás tan oscura ni tan deprimente. Y, sin pensarlo, se acercó a las ventanas, retiró las cortinas, alzó las persianas y contempló el jardín. Los árboles y los setos todavía estaban

verdes, pero no había flores, y era una oscura tarde de noviembre.

La niebla había aparecido mientras aterrizaban, y se estaba extendiendo por la ciudad. El gris del cielo armonizaba con su estado de ánimo cuando tomó el equipaje y subió la escalera. Y al ver el dormitorio, sintió que le faltaba la respiración. Ella había muerto en sus brazos, en aquella cama, cinco meses atrás, y Quinn experimentó un dolor físico al contemplarla. Entonces vio a Jane sonriendo en una fotografía sobre la mesilla de noche. Se sentó en el borde de la cama y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Sabía que era un error haber ido allí, pero no había nadie más que pudiera ocuparse de las pertenencias de los dos, si iba a vender la casa en primavera. Y sabía que había trabajo pendiente de hacer en la casa. Todo estaba en condiciones y funcionaba bien, pero habitar treinta y siete años en una casa suponía casi una vida entera. Tenía que organizar el trabajo y revisar las cosas de Jane y las suyas, por doloroso que fuese. Algunas de las habitaciones necesitaban una mano de pintura, y quería consultar a un agente inmobiliario acerca de lo que debía hacer para vender la vivienda.

Aquella primera noche en casa fue larga y dura, y tan intensos fueron la añoranza de Jane y el dolor de la soledad, que en ocasiones deseó salir a la calle en pijama y echar a correr como si así pudiera librarse del sufrimiento. Pero no había escapatoria. Tenía que enfrentarse a la realidad, no había indulto para él, la vida sin Jane era su sentencia, una vida sin libertad condicional. Sabía que su soledad era para siempre, y era consciente de que se la había merecido. Y aquella noche tuvo el mismo sueño que había experimentado con frecuencia antes de emprender sus travesías marítimas. Era un sueño en el que Jane se le acercaba, le tendía los brazos y le suplicaba con lágrimas en los ojos. Al principio él no podía distinguir las palabras, pero incluso sin saber lo que decía, la expresión de su rostro le desgarraba el corazón. Entonces percibía sus palabras con claridad, y eran siempre las mismas, con sutiles variaciones. Le rogaba que no la dejara, que no volviera a abandonarla. Cada vez que tenía ese sueño, él le prometía que no lo haría, y entonces, como en una pesadilla, no un sueño, se veía a sí mismo cogiendo una maleta y marchándose de todos modos, y lo único que podía ver a continuación era la cara de Jane, llorando después de que él la hubiera dejado.

Cuando se despertaba, a la hora que fuese, aún podía oír sus sollozos, y

las palabras de la que fuera su esposa resonaban en el interior de su cabeza durante horas. «Quinn, no me abandones... Por favor, Quinn...», le decía, con los brazos extendidos y los ojos arrasados en lágrimas. Y cada vez que él despertaba del sueño, era presa del pánico. ¿Cómo podía haberse comportado con Jane como lo hizo? ¿Por qué la había olvidado tan a menudo? ¿Por qué sus propias actividades siempre habían sido más importantes que ninguna otra cosa? ¿Por qué no la había escuchado?

El sueño descartaba por completo las razones de sus viajes y arrasaba el imperio que estaba construyendo. Y todo lo que quedaba luego, en el sueño, era su propia sensación apabullante de culpabilidad y fracaso. Detestaba el sueño, y el hecho de que hubiera vuelto casi de inmediato, en cuanto llegó a San Francisco. En el sueño Jane tenía un aire muy trágico, aunque en la vida real había sido una mujer dulce y comprensiva, y nunca le había hecho reproches ni implorado como lo hacía la mujer del sueño. Quinn lo detestaba, y en ciertos aspectos sabía que el sentimiento de culpa era la cadena que lo ataba a ella, tanto como lo había sido el amor. Pero el hecho de que el sueño hubiera vuelto a normalizarse en cuanto llegó a casa no lo animaba. Era una carga que se veía obligado a soportar.

A la mañana siguiente se duchó, se afeitó, se vistió, tomó una taza de café, se arremangó y empezó a examinar los armarios. Todavía trataba de quitarse de la cabeza aquel sueño que lo acosaba. Empezó por los armarios fáciles de la planta baja, donde Alex había guardado los recuerdos de su infancia.

Durante años Jane le había instado a que se los llevara, pero ella prefería dejarlos en casa de sus padres. Había cintas y trofeos de la época en que practicaba la equitación, así como varios de los campeonatos universitarios de tenis en los que había participado. Innumerables fotografías de sus amigos, a la mayoría de los cuales Quinn no reconocía, desde el jardín de infancia hasta la universidad. Había cintas magnetofónicas y películas domésticas, unas pocas muñecas viejas y deterioradas y un osito de peluche. En el fondo encontró una caja que sacó del amontonamiento de objetos. Estaba herméticamente cerrada, y la abrió con un cortaplumas. Estaba llena de fotografías de Douglas, muchas de ellas en compañía de Alex. Los dos reían, sonreían y hacían cabriolas, y en varias estaban esquiando. Había también un paquete de cartas del muchacho, de cuando estuvo en el campamento de Maine

mientras que ella fue a uno de California, más cercano a casa. Y como si le dirigieran las alas de un ángel, Quinn abrió una vieja carta quebradiza y amarillenta y vio con un sobresalto que la fecha correspondía al mismo día de la muerte de Douglas. Este había escrito a Alex aquella mañana, unas horas antes del accidente náutico que acabó con su vida a los trece años. Las lágrimas se deslizaron por el rostro de Quinn mientras la leía, y de repente comprendió lo que todos sintieron luego, lo que él no se permitió sentir. Aunque había querido a su hijo, lo mantuvo a distancia. Quinn apenas se había permitido conocerlo.

Doug había sido un muchacho guapo, feliz, amable e inteligente, muy parecido físicamente a su padre, pero Quinn siempre había pospuesto el momento de intimar con él. Siempre había pensado que tendrían tiempo «más adelante». Había fantaseado con que serían amigos cuando se hiciera hombre, pero el chico se le deslizó de entre los dedos. E incluso entonces ni siquiera lloró apropiadamente su pérdida. Era demasiado doloroso admitir que se había perdido la oportunidad de conocer mejor a Doug. Y, una vez más, el sentimiento de culpa se había apoderado de él y huyó antes de hacerle frente.

Cada recordatorio del hijo perdido era como una acusación silenciosa. De hecho, había insistido en que Jane ocultara lo antes posible las cosas de Doug y vaciara su cuarto. Quinn había pensado que sería demasiado doloroso para ella dejar intacta la habitación de Doug y tratarla como si fuese un santuario. Se marchó a Hong Kong e insistió en que todo hubiera desaparecido cuando volviera a casa, supuestamente por el bien de ella. Jane era una esposa obediente e hizo lo que él le pedía, solo por complacerle, y solo Dios sabía cuánto debió de costarle.

A la tarde siguiente Quinn encontró casi todo lo que había contenido la habitación del muchacho en una gran dependencia destinada a almacén situada detrás del garaje. Todo estaba allí, incluso sus prendas de vestir, su equipo deportivo, sus trofeos y otros objetos. Jane lo había guardado todo, incluso la ropa interior. Veintitrés años atrás lo había puesto a buen recaudo, y, cuando se puso a buscar en el piso superior, Quinn encontró incluso tres suéteres de Doug en el fondo del armario de Jane.

Fue un viaje sentimental en el que estuvo inmerso durante semanas. Una y otra vez se enfrentaba a recuerdos y comprensiones acerca de sí mismo y de

Jane que eran muy dolorosos y le hacían sentirse más culpable todavía.

Llegó el día de Acción de Gracias, y telefoneó diligentemente a Alex, aunque ella no celebraba la festividad en Ginebra. Las respuestas que le daba eran breves y superficiales. Agradeció la llamada de su padre en un tono glacial, y Quinn se sintió tan desconcertado que ni siquiera le pidió que Horst y los niños se pusieran al aparato. El mensaje de su hija estaba claro: «No te acerques. No te necesitamos. Déjanos en paz». Y él así lo hizo.

No se molestó en preparar un pavo, puesto que no tenía a nadie con quien compartirlo, y ni siquiera se molestó en hacer saber a ninguno de sus amigos que había regresado a la ciudad. Pese a lo dolorosa que era la misión de cribar las pertenencias de los suyos y vender la casa, le parecía que el trato social sería aún más penoso. Jane había sido su vínculo con el mundo social. Era ella quien se mantenía en contacto con todo el mundo, a quien le gustaba agasajar a sus amigos y animaba suavemente a Quinn para que se relajara un poco y disfrutara de una tranquila velada entre personas a las que conocían bien. Y, en general, lo había hecho por ella. Pero sin la influencia y el afecto balsámico de Jane, prefería su soledad. Ahora estaba solo, y seguiría siempre así. No tenía el menor interés en ver a nadie. Eso solo agudizaría la ausencia de su mujer, la haría más dolorosa, por mucho que le costara imaginar tal cosa.

Durante el día examinaba los armarios de Jane, sus tesoros, sus recuerdos, y los suyos propios. Y de noche se sentaba en la cama, exhausto, y leía sus diarios y poemas. Se sentía como si estuviera macerado en su esencia, como un adobo en el que estuviese en remojo, hasta que todo cuanto ella había pensado, sentido, respirado, conservado, amado y atesorado formase ahora parte de él y se hubiera filtrado a través de su piel. Sus almas, fusionadas, se habían convertido en una sola. Nunca se había sentido más cercano a ella que en aquellos meses finales antes de su muerte. Y ahora volvía a sentir esa proximidad, mientras vadeaba a través de sus posesiones, no solo sus papeles, sino también sus vestidos de noche, las ropas que se ponía para cuidar del jardín, las desvaídas camisas con las que había dormido, sus prendas interiores, sus suéteres favoritos.

Y como había hecho con los suéteres de su hijo ocultos en el fondo del armario de Jane, Quinn apartó ciertas cosas para salvarlas, las cosas que habían sido más importantes para ella. No podía separarse de aquellos

objetos, y ahora comprendía muy bien lo que Jane debió de sentir cuando él insistió en que vaciara la habitación de Doug. Finalmente la vida le volvía las tornas, y le parecía que lo que ahora estaba experimentando era un castigo adecuado por todo lo que le había hecho. Se entregaba a la tarea con reverencia y humildad, y la aceptaba como la penitencia que se merecía.

Mediaba diciembre antes de que hubiera podido clasificar de un modo aceptable lo que quedaba, y decidido qué era lo que iba a descartar y lo que se quedaría. Había montones de cosas para regalar, o para embalar y almacenar, que llenaban la sala de estar. Y el desorden era todavía demasiado grande para llamar a un agente inmobiliario. Sus únicas distracciones eran sus llamadas semanales a Tem Hakker para informarse sobre los progresos del barco que le estaban construyendo. Por entonces Quinn había recibido una simpática carta de Bob Ramsay en la que le felicitaba por su nueva adquisición. También estaba encantado porque el barco al que había renunciado a medio construir había dejado de ser una rémora para él y ahora solo tenía que pensar en su nuevo velero mucho más grande. Según los Hakker, las cosas iban bien y la entrega se efectuaría en la fecha prevista. De momento, vaciar la casa de San Francisco parecía una tarea enorme, pero Quinn estaba satisfecho de hacerlo él mismo. Eso le proporcionaba una especie de comunión definitiva con Jane, un ritual sagrado que la mantenía cerca de él. Y todas las noches leía las palabras que ella había escrito con su caligrafía firme y cursiva. Muy a menudo luego soñaba con ella. Y

dos o tres veces a la semana tenía los sueños en los que Jane le rogaba que no la abandonara, una imagen que lo acosaba incluso durante el día.

Había encontrado millares de fotografías, desde la época infantil de los hijos, durante sus viajes, en ocasiones importantes, y otras más recientes de sus últimos viajes. Y ella había conservado todos los recortes de periódico que mencionaban a su marido. Casi cuarenta años de su vida guardados en archivos y cajas, algunos de los documentos tan frágiles que casi se deshacían al tocarlos, pero todos ellos organizados cronológicamente. Había sido meticulosa, llena de respeto y admiración hacia él, mucho más de lo que él sintió hacia ella. Al ver los logros que describían aquellos recortes, se percataba una y otra vez de lo egoísta que había sido, de hasta qué punto había estado totalmente absorto en su mundo, mientras ella le amaba desde lejos,

esperaba su regreso a casa, se lo perdonaba todo y lo excusaba ante los niños. Había sido una mujer admirable.

Aunque Quinn no era practicante, el día de Navidad por la mañana fue a la iglesia y encendió una vela por Jane. Lo hizo sobre todo porque sabía que el gesto habría significado algo para ella y que habría estado complacida. En el transcurso de los años ella había encendido millares de velas por Doug. Y cada vez que algo le preocupaba o le producía una inquietud especial, iba a la iglesia y encendía velas. Él se lo había tomado a broma, pero ahora le sorprendía la extraña sensación de paz que le embargaba al hacerlo por ella. Era como si el calor y el brillo de la velita supusiera un cambio real aunque imperceptible. Y

entonces se fue a casa, sintiéndose un tanto aliviado. Por entonces las cosas que donaría a instituciones benéficas estaban embaladas. Las que conservaba llenaban varias cajas apiladas en el garaje. Se proponía llevarlas a un almacén, junto con parte del mobiliario. Tenía varias piezas antiguas de mucha calidad, y pensaba que debía conservarlas para Alex. Dudaba que alguna vez volviera a tener un hogar donde siguiera usándolas. Si todo salía de acuerdo con su plan, cuando su nuevo barco estuviera terminado, se proponía pasar en él el resto de su vida.

La noche de Navidad por fin se permitió darse un gusto. El mes transcurrido desde su regreso había sido duro. Se bebió casi toda una botella de buen vino tinto que había encontrado en la bodega, lo remató con dos copas de coñac y se acostó. Se sintió mejor que de ordinario, pese a la resaca del día siguiente. Se alegraba de que las fiestas casi hubieran terminado. Pasó la Nochevieja ante su escritorio, revisando documentos que su abogado presentaría en el juzgado para obtener su autenticación en los primeros días del año.

Trabajó durante horas mientras escuchaba el sonido de la lluvia que azotaba las ventanas y el silbido del viento entre los árboles. Era medianoche cuando finalmente se levantó y miró al exterior. El viento era tan intenso que inclinaba los troncos más delgados hasta que casi estaban paralelos al suelo. No se molestó en encender el televisor, pero de haberlo hecho habría descubierto que se trataba de la peor tormenta que asolaba el norte de California en más de un siglo, tan violenta que había derribado torres del

tendido eléctrico en el condado de Marin, así como en East y South Bay.

Estaba en cama y profundamente dormido cuando le despertó un tremendo estrépito en el exterior de la casa a oscuras, seguido rápidamente por otros dos. Se levantó y miró de nuevo a través de la ventana. El árbol más corpulento del jardín había sido derribado. Se puso un impermeable sobre el pijama, salió de la casa y contempló asombrado lo ocurrido: el árbol había destrozado una esquina del edificio al caer. Entró en la sala de estar y vio el cielo a través de un enorme agujero en el techo por donde el agua entraba a raudales.

Era preciso cubrirlo con una lona impermeabilizada, pero no tenía ninguna. Lo único que podía hacer de momento era apartar los muebles para que la lluvia no los deteriorase. No había podido determinar a qué se debían los otros dos estrépitos. El viento agitaba con violencia los demás árboles alrededor de la casa, pero no había derribado ningún otro, y el resto del edificio parecía indemne.

No pudo conciliar el sueño durante el resto de la noche, y yació escuchando los aullidos de la tormenta. Cuando amaneció seguía lloviendo.

Quinn se levantó de la cama, se puso unas botas y el impermeable y dio una vuelta por el exterior de la casa para supervisar los daños. El agujero en el tejado tenía mal aspecto, varios postigos habían sido arrancados y dos ventanales estaban rotos. Había fragmentos de vidrio y cascotes por doquier, el garaje estaba muy dañado y se había inundado. Por suerte había colocado todas las cajas en largas mesas de madera, por lo que sus papeles y recuerdos se habían salvado, pero se pasó el resto de la mañana trasladándolos a la cocina. La sala de estar parecía una zona catastrófica. Había retirado las alfombras y los muebles en plena noche, y dispuesto tinajas y toallas para recoger el agua de la lluvia que penetraba por el agujero del techo. Era una parte de la sala que sobresalía más allá del armazón de la casa, y estaba atravesada por una rama. El impacto había astillado una porción de la madera noble que forraba las paredes. Cuando leyó el periódico de la mañana, supo que por lo menos había muerto una docena de personas, en general por la caída de las líneas del tendido eléctrico o de árboles, y que había centenares de heridos en todo el estado. Varios millares más se habían quedado sin hogar y se hacinaban en gimnasios escolares, pues las tierras bajas estaban

inundadas. Había sido una tormenta de proporciones gigantescas.

Cuando hizo un viaje más desde el garaje hasta la cocina, cargado con una gran caja, vio lo que debía de haber causado los otros dos estrépitos de la noche anterior. Dos árboles habían caído en el jardín de la casa vecina. Eran más pequeños que el suyo, pero de todos modos habían causado considerables daños al caer. Había una mujer menuda, de cabello oscuro, que parecía abatida y consternada mientras examinaba la destrucción, y miró a Quinn cuando este pasó por su lado.

—El mío ha atravesado el tejado a las cuatro de la madrugada —le dijo él cautamente—. Oí otros dos impactos, y supongo que fueron sus árboles al caer.

—La mujer asintió. No eran árboles pequeños, y verlos derribados resultaba impresionante—. ¿Son muy grandes los daños?

—Aún no estoy segura. Esto tiene muy mal aspecto. La casa parece un cedazo con tantas goteras, y en la cocina tengo unas cataratas del Niágara.

Parecía asustada y preocupada. Quinn ni siquiera sabía su nombre. Estaba enterado de que la casa se había vendido poco después de la muerte de Jane, pero él no había llegado a conocer a la familia que la había comprado; nunca le había interesado saber quiénes eran y seguía sin interesarle. Pero lo sentía por la mujer. Parecía enfrentarse sola a aquel desastre, y eso le hizo pensar en Jane, que, cuando él estaba ausente, tuvo que afrontar sin ayuda de nadie cualquier desastre o crisis que se presentara. Supuso que el marido de aquella mujer era de la misma casta que él, un hombre cuyo trabajo lo obligaba a estar lejos de casa en Año Nuevo. Por lo menos la mitad de las Nocheviejas de su matrimonio Quinn las había pasado en habitaciones de hotel de países extranjeros. Y, con toda evidencia, el marido de aquella mujer no era diferente.

—Tengo algunos cubos disponibles, si los necesita —le ofreció Quinn amablemente. No podían hacer mucho más el día de Año Nuevo, y era fácil imaginar que el lunes por la mañana todos los contratistas del estado no darían abasto.

—Necesito que reparen el tejado. Hace poco que me mudé aquí, en agosto, y me dijeron que el tejado estaba en perfectas condiciones. Me encantaría enviarles una foto de la cocina. Parece como si alguien hubiera dejado correr

la ducha.

La tormenta también había roto casi la mitad de las ventanas. La casa estaba incluso más expuesta que la de Quinn, y su construcción no era tan sólida.

Había cambiado de dueño varias veces en los doce últimos años, y Quinn no había prestado nunca atención a quienes vivían allí, aunque Jane siempre hacía algún pequeño esfuerzo para dar la bienvenida a los nuevos vecinos. Pero él nunca había visto a aquella mujer ni a su marido, ni siquiera de pasada. Tenía una expresión de comedia inquietud mientras trataba de apartar unas ramas.

Seguía lloviendo a cántaros y el viento aún era violento, aunque no tan feroz como lo había sido en las primeras horas de la mañana. Los daños se parecían a lo que él había visto tras el paso de huracanes en el Caribe o de tifones en la India. Desde luego, no era en absoluto lo que uno esperaba experimentar en San Francisco.

—Voy a llamar a los bomberos para que pongan una lona impermeabilizada en el tejado. ¿Quiere que también echen un vistazo al suyo?

—le ofreció.

Parecía que era lo menos que podía hacer, y ella asintió agradecida.

Estaba empapada y trastornada. Los daños sufridos por las casas eran sobrecogedores, y en la calle la gente hacía todo lo posible por retirar árboles caídos, recoger los escombros y asegurar todo lo que podían para evitar nuevos daños, pues la tormenta no cesaba.

—No creo que una lona sirva de gran cosa —replicó ella, desconsolada y confusa. Jamás había tenido que enfrentarse a una situación parecida. Quinn tampoco, y tenía la sensación de que Jane habría sido mucho más eficaz que él.

Pero ahora tenía que arreglárselas sin ayuda de nadie.

—Ellos le dirán lo que necesita. Les pediré que traigan varias lonas, por si acaso. —Entonces recordó sus modales—. Perdona —dijo a su vecina, tendiéndole la mano mojada por encima del seto bajo, mientras sujetaba precariamente la caja con el brazo izquierdo—. Me llamo Quinn Thompson.

—Y yo Maggie Dartman —dijo ella al tiempo que le estrechaba la mano con firmeza.

Era de baja estatura y tenía unas manos pequeñas y gráciles, pero su

apretón de manos era fuerte. El cabello oscuro y largo estaba recogido en una trenza que le pendía sobre la espalda, apelmazado contra la cabeza por la intensa lluvia. Vestía tejanos y anorak, y parecía completamente empapada.

Quinn no podía evitar un sentimiento de lástima hacia ella. Era muy pálida, y sus ojos grandes y verdes reflejaban cualquier cosa excepto felicidad. No podía reprochárselo, pues también él estaba afectado por los daños que había sufrido su casa.

—Qué mala suerte que su marido esté ausente —le dijo, comprensivo y suponiendo que tal era su situación.

La mujer parecía rondar los cuarenta años, pero no se veían niños por ninguna parte, lo cual le hizo pensar si no sería incluso más joven y aún no había formado una familia. En aquellos tiempos las parejas solían retrasar el momento de establecerse y tener hijos. Ella le miró de una manera extraña cuando le mencionó a su marido y empezó a decir algo, pero no terminó la frase. Al cabo de un momento Quinn llamó a los bomberos. Habían recibido centenares de llamadas similares, y le dijeron que irían al cabo de una o dos horas para cubrir el agujero del tejado. Él mencionó a su vecina, y luego, cuando fue al garaje en busca de la última caja y vio a la mujer apartando una rama del sendero de acceso, le informó de que los bomberos estaban avisados.

—Muchísimas gracias —le dijo ella, y asintió.

Parecía una rata ahogada, y él se sintió tentado de ofrecerle un viejo impermeable de Jane que iba enviar a una organización benéfica, pero no lo hizo. No era necesario que se mostrara demasiado amistoso. Ella parecía cortés, pero también era reservada, y al cabo de un momento regresó al interior de su casa. Quinn no estaba seguro, pero le pareció que estaba llorando. Se preguntó cuántas veces habría llorado Jane cuando tuvo que enfrentarse a emergencias sin que él estuviera presente. Y cuando volvió a su casa, pensando en ello, se sintió más culpable que nunca.

Los bomberos cubrieron el agujero del tejado de la casa de Quinn y luego fueron a examinar los daños sufridos por su vecina. Entrada la noche remitió la tormenta, pero las consecuencias en todo el estado habían sido tremendas. El lunes por la mañana Quinn hizo lo mismo que todo el mundo en la ciudad: llamar a un contratista y una empresa de reparación de tejados. Encontró sus nombres en una lista que Jane tenía en un tablero que pendía de una pared de la cocina.

—Veamos —le dijo el hombre, que a juzgar por su voz parecía agobiado pero buena persona—. Con la suya he recibido cuarenta y ocho llamadas esta mañana. Creo que podré ocuparme de su casa en agosto.

—Bromea usted —replicó secamente Quinn.

Aquello no le divertía. Tampoco estaba acostumbrado a enfrentarse a semejantes problemas. Ocurriera lo que ocurriese en la casa, incluso algo de tal magnitud, habría sido automáticamente un problema de Jane. Ahora era su problema, y debía admitir que no le hacía ninguna gracia. Había marcado el número del contratista de obras y el reparador de tejados más de una docena de veces antes de que pudiera comunicarse con cualquiera de ellos. Todos los que habían sido perjudicados por la tormenta trataban de encontrar a alguien que reparase sus viviendas lo antes posible, y él no era una excepción.

—Ojalá bromeara —respondió el hombre de la empresa de reparación de tejados—. No tenemos manera de hacerlo.

Dio a Quinn cuatro nombres para que probara suerte, todos, según le dijo, de empresas de prestigio. Y el contratista hizo lo mismo cuando Quinn lo llamó. Le dio el nombre de dos conocidas empresas, y un tercer nombre que era el de un joven carpintero que se había instalado por su cuenta unos meses atrás, pero que trabajaba muy bien y era altamente recomendable. Como cabía esperar, los dos contratistas estaban tan ocupados como el primero. Quinn aún no había encontrado a nadie que reparase el tejado y, exasperado, llamó al joven carpintero que le había recomendado el primer contratista. Empezaba a comprender que lograr que llevaran a cabo las reparaciones no iba a ser nada fácil.

Le respondió un contestador automático, y Quinn explicó lo que había sucedido e hizo una descripción concisa de los daños. Y el último reparador de tejados con el que se puso en contacto accedió a ir al día siguiente para echar un vistazo, pero advirtió a Quinn de que no podría ponerse manos a la obra hasta pasados seis u ocho meses. Daba la impresión de que Quinn tendría que vivir con un agujero en el tejado cubierto por una lona impermeabilizada durante largo tiempo. No era así como había pensado pasar sus últimos meses en San Francisco.

Por fin, a las ocho de la noche, lo llamó el joven carpintero. Parecía atareado y práctico, y le pidió disculpas por lo tardío de la hora. Le dijo que había estado supervisando los daños causados por la tormenta desde primera hora de la mañana. Quinn le agradeció la llamada, y el hombre se ofreció a presentarse al día siguiente a las siete de la mañana, si no tenía inconveniente.

—Mañana he de hacer un trabajo rápido para unos amigos. Se les han roto las ventanas de los dormitorios y tienen un hijo recién nacido. Pasaría por su casa de camino, si no le importa que sea tan pronto. Quiero arreglarles las ventanas antes de dedicarme a trabajos más complicados.

—¿Lo han contratado ya otros clientes? —Durante todo el día le habían dicho a Quinn que había listas de espera de tres a seis meses, dada la extensión de los daños causados por la tormenta, y empezaba a sentirse desesperado. Ni siquiera podía pensar en vender la casa hasta que la hubiera reparado.

—Todavía no. Hoy he visto a ocho o nueve clientes potenciales, pero aún no he firmado ningún contrato. No me gusta aceptar más trabajo del que puedo hacer. Y mucha gente prefiere las empresas importantes, de las que saben que cuentan con buenos equipos de trabajadores. Yo tengo tres ayudantes y recurro a ellos cuando los necesito, pero siempre que puedo hago el trabajo yo solo. Así lo controlo mejor, y mantengo los precios económicos. Es un poco más lento, pero no demasiado. ¿Por qué no echamos un vistazo por la mañana, señor Thompson, y vemos qué puedo hacer por usted?

—Me parece muy bien —respondió Quinn, sintiéndose aliviado.

Le habría recibido a las cinco de la madrugada, de haber tenido que hacerlo. Le gustaba aquel hombre. Parecía directo y sincero, honesto y responsable. Se llamaba Jack Adams. Y entonces Quinn le contó las

comprensibles dificultades que tenía para encontrar un reparador de tejados.

—Tengo una persona de confianza con la que trabajo en San José. Lo llamaré esta noche y veré el trabajo que tiene. Tal vez podría venir dentro de un par de semanas. Mañana le informaré de lo que me ha dicho.

—Perfecto.

Quinn le dio las gracias y colgó. Sería estupendo que pudiera poner todo el trabajo en manos de aquel hombre y confiar en que se ocupara de todo por él. Tal vez incluso podría hacer cuanto fuese necesario para poner la casa en condiciones y venderla.

Aquella noche se acostó en la cama que había compartido con Jane, y por una vez no leyó sus diarios y poemas. Se durmió enseguida, tras haber pensado de nuevo en el arreglo de la casa y confiado en que Jack Adams fuese el hombre indicado para hacerlo.

Se despertó a las seis, sintiéndose renovado, se puso unos tejanos y un grueso suéter, calcetines y botas, y bajó a prepararse una taza de café. Había terminado la segunda taza cuando Jack Adams tocó el timbre, a las siete en punto. Parecía un hombre limpio, pulcro y bien organizado. Tenía el cabello corto y oscuro, y unos ojos grandes y azules que parecían sinceros, amistosos y amables. Quinn le ofreció una taza de café, que él rechazó, pues quería examinar la situación lo antes posible y dar a Quinn una idea de qué podía hacer para ayudarlo. Cuando habló con él por teléfono le había gustado, y entre los dos se formó un vínculo instantáneo, mientras Quinn lo acompañaba desde la sala de estar hasta el garaje y alrededor de la casa, mostrándole los lugares en los que algo estaba roto, suelto, destruido o dañado. El joven no llevaba consigo un bloc y un bolígrafo, cosa que preocupaba a Quinn, pero este observó, a medida que avanzaban, que parecía recordar cada detalle de lo que acababa de ver, y luego lo reproducía de memoria con una exactitud sorprendente. Si su destreza manual se correspondía con la agilidad de su mente, Quinn estaba seguro de que había tenido la suerte de encontrar a un triunfador.

Jack Adams era un joven apuesto, de unos treinta y cinco años. Tan alto y esbelto como Quinn, había una curiosa similitud entre ellos mientras rodeaban la casa y recorrían sus habitaciones, pero ninguno de los dos era consciente de su parecido físico. A un transeúnte le habrían parecido padre e hijo. Aunque

Quinn tenía el cabello gris, en el pasado había sido tan negro como el de Jack, y tenían la misma constitución, la misma manera de moverse, casi los mismos gestos cuando hablaban de los problemas y las reparaciones que era preciso hacer. De hecho, Jack tenía casi la misma edad que habría tenido Douglas de haber vivido.

Contaba treinta y cinco años, y Doug habría tenido uno más. Y su aspecto era muy similar al que podría haber tenido Doug de haber llegado a la edad adulta.

Todo esto ni siquiera pasó por la mente de Quinn mientras los dos hombres hablaban. En su imaginación, Doug siempre tendría trece años.

—¿Cuánto tiempo cree que hará falta para arreglar todo esto? —le preguntó Quinn cuando regresaban a la casa. Esa era la pregunta clave, y esta vez Jack aceptó una taza de café.

El trabajo sería más extenso de lo que él había previsto, y Quinn le había hablado de tareas adicionales si aceptaba, a fin de poner la casa en condiciones para venderla. Desde la tormenta había recibido una docena de ofertas, pero le gustaba la idea de ceñirse a un solo trabajo hasta completarlo, y ciertos aspectos de lo que Quinn le ofrecía planteaban un reto. Su amigo de San José había aceptado encargarse del tejado y empezaría al cabo de dos días, y aquella noticia alivió enormemente a Quinn. Jack inspiraba confianza y daba a sus clientes la sensación de que lo controlaba todo. Tanto la seguridad en sí mismo que rezumaba como su evidente experiencia impulsaban a Quinn a asegurarse sus servicios lo antes posible, si Jack estaba dispuesto a ello.

—¿Todo lo que hay que hacer? —Jack entrecerró los ojos, reflexionó y entonces tomó un sorbo de la humeante taza de café que Quinn le ofrecía—. Yo diría que tres meses, tal vez dos, según el número de operarios. Hay dos con los que me gustaría contar en este encargo, por lo menos al principio. Yo mismo puedo terminar los cabos sueltos, según la cantidad de trabajo que desee usted que haga para ayudarle a vender la casa. Tal vez los tres durante los dos primeros meses, y entonces uno o dos durante el último. ¿Qué le parece?

—Estoy totalmente de acuerdo. ¿Supervisará también la reparación del tejado?

Quinn no deseaba convertirse en el capataz del trabajo, pero Jack tampoco

tenía intención de permitírselo, y no había necesidad de ello. Era muy competente y a los operarios que utilizaba les gustaba trabajar para él.

—Yo me ocuparé de todo, señor Thompson. Es mi trabajo. Usted solo tiene que extender los cheques, y le mantendré al corriente de lo que estamos haciendo.

Jack hablaba con propiedad y era inteligente, y enseguida se estableció una corriente de respeto mutuo entre los dos hombres. Quinn necesitaba su ayuda con urgencia, y él lo sabía. Y por todo lo que Jack había visto de Quinn, este le gustaba. Jack percibía que Quinn sería justo con él. Era un hombre de negocios, y probablemente bueno; lo era hasta la raíz del cabello. Se veía enseguida que estaba acostumbrado a mandar, y a Jack también le parecía correcto que no quisiera que lo molestaran con los detalles. Por lo que a él respectaba, no era necesario que se ocupara de ellos. Se preguntó si también había una esposa con la que tendría que tratar. En la casa había varias fotografías de una bonita mujer de edad mediana, pero Quinn no la había mencionado. Se ocupaba él solo del asunto, tal vez porque así le resultaba más fácil. Pero, fueran cuales fuesen las circunstancias, a Jack le parecía que no era asunto suyo, y no hizo ninguna pregunta de carácter personal. A Quinn también le gustó esta postura. Jack Adams era como él, un hombre que solo se interesaba por el trabajo que tenía entre manos.

—¿Cuándo cree que podrá enviarme un presupuesto? —le preguntó Quinn con naturalidad.

Sabía que, en manos de una de las grandes empresas, las reparaciones de la casa le costarían una fortuna, pero aquel hombre era joven e independiente, y esperaba que no pidiera una barbaridad. No creía que le planteara una cantidad exorbitante. Jack deseaba el trabajo, y parecía muy estimulado por la perspectiva de trabajar para él.

—Lo tendré esta tarde —respondió Jack mientras dejaba la taza y consultaba su reloj. Quería hacer cuanto antes el trabajo para su amigo y quedar liberado para emprender el nuevo—. Si le parece bien, se lo traeré a última hora.

Tengo una amiga que se ocupa de la administración, y así dispongo de más tiempo para trabajar. Luego le daré los datos para que haga el presupuesto y se lo traeré cuando termine la jornada. ¿Está de acuerdo?

—Perfectamente. Si le resulta más fácil, puede enviármelo por fax.

Quinn anotó su número de fax en un papel y se lo dio a Jack. Este se lo guardó en un bolsillo y le tendió la mano.

—Confío en que trabajemos juntos, señor Thompson.

—Yo también —dijo sencillamente Quinn, y le sonrió.

Todo en aquel hombre le gustaba, su aspecto, sus modales, lo inteligente que era, lo que le había dicho acerca del trabajo a realizar. Conocer a Jack Adams era lo mejor que le había sucedido desde que la tormenta asoló San Francisco.

Al cabo de unos minutos, Jack subió a su camioneta y se marchó.

Preso de un profundo alivio, Quinn hizo una llamada a Tem Hakker para informarse de los progresos de su barco en el astillero de Holanda. Y no pudo dejar de preguntarse, por extraño que pareciera, si a Jack le gustaría navegar o si sabía algo de barcos.

5

Al día siguiente Jack Adams se presentó tal como había prometido, y el trabajo empezó de una manera ordenada y eficiente. El día anterior le había presentado a Quinn un presupuesto muy razonable. El trato estaba hecho y el contrato firmado. Trajo consigo dos jóvenes fornidos y silenciosos que se pusieron enseguida manos a la obra. Cuando Quinn entraba o salía lo saludaban, pero Jack era el único que se relacionaba con él. El fin de semana se presentó el reparador de tejados. El árbol había causado más daños de lo que parecía al principio, y el técnico consultó con Jack y Quinn acerca de lo que era preciso hacer. Se trataba de un trabajo muy extenso, pero Quinn no tenía alternativa.

Había que reparar el tejado, y no estaba dispuesto a prescindir de la parte que sobresalía del armazón principal de la casa. Quería hacer las cosas bien, de la mejor manera posible, al margen de los gastos, aun cuando vendiera la casa. Y

Jack le respetaba por ello, como por todo lo demás. Desde el comienzo había imaginado que sería un placer trabajar para Quinn Thompson, siempre que uno jugara limpio con él y le dijera sinceramente lo que sucedía y lo que uno creía que debería hacerse. Lo que no le gustaban eran las tergiversaciones y las mentiras, y la gente que eludía sus responsabilidades. Pero todo eso era ajeno a Jack Adams, el hombre encargado de las obras. Era un profesional consumado, y cada pocos días ponía a Quinn al tanto de los avances.

A finales de la segunda semana entró en la casa para informar a Quinn y vio que este estaba sentado ante su mesa, examinando unos planos.

—¿Va a construir una casa nueva en alguna parte? —le preguntó en un tono agradable. Nunca hacía preguntas inapropiadas, pero Quinn estaba tan absorto en lo que miraba, que Jack no pudo evitar sentirse intrigado. No sabía de qué eran aquellos planos, pero se trataba de algo enorme.

Quinn alzó la vista y apareció en su rostro una sonrisa fatigada. Se había pasado la semana preparando la documentación de las propiedades de Jane, un trabajo tedioso y deprimente. Se había recompensado a sí mismo por aquella tarea dedicando algún tiempo a examinar los últimos planos del barco.

—No es una casa, Jack, sino un barco. ¿Sabe usted algo de embarcaciones?

—No tengo ni idea —admitió Jack con una sonrisa—. Los he mirado mucho, y he visto algunas regatas de veleros en la bahía, pero no he estado a bordo de un barco en toda mi vida.

—Pues se pierde algo fantástico —dijo Quinn, mientras daba la vuelta a los planos para que Jack pudiera verlos. Sabía que apreciaría la precisión con que habían sido trazados—. Estará listo en otoño. Viviré en él una vez haya vendido esta casa.

Jack asintió al tiempo que contemplaba los planos con detenimiento. No hizo ninguna pregunta, tan solo se limitó a admirar lo que estaba viendo.

—¿Adónde navegará en este velero? —inquirió Jack con interés.

—A todas partes. El Pacífico sur, la Antártida, Sudamérica, Europa, Escandinavia, África. Con un barco así puedo ir a donde quiera. Lo compré en noviembre, un día antes de que viniera a casa desde Europa.

—Debe de ser precioso —dijo Jack con admiración, pero sin rastro de envidia. Sentía un gran respeto hacia Quinn y pensaba que aquel hombre era merecedor de cuanto tenía.

—Aún no lo es, pero lo será cuando esté terminado.

—¿Dónde está?

La pregunta divirtió a Quinn. El nombre del astillero destacaba en la página, con las palabras PAÍSES BAJOS bien visibles, pero era evidente que Jack no se había fijado en ello. Quinn supuso que estaba demasiado deslumbrado por el exquisito diseño del barco para reparar en el detalle, y no podía culparlo. Él ya se sentía profundamente enamorado de su nueva embarcación, y estaba seguro de que le ocurriría lo mismo a todo el que la viese.

—La están construyendo en Holanda —respondió Quinn.

—¿Va allí a menudo?

A Jack le intrigaba. Todo en Quinn sugería clase, elegancia y poder. Le parecía un auténtico héroe.

—Lo haré hasta que esté terminado. Quiero supervisar personalmente los detalles.

—¿Cuándo pondrá la casa a la venta?

Habían hablado de ello, y Jack lo sabía, pero Quinn no le había mencionado ninguna fecha concreta. Ahora que había visto los planos del barco, Jack sabía que la partida de Quinn no era vaga o una mera posibilidad, sino real.

—La pondré a la venta en cuanto usted haya terminado, o hacia el final de la primavera. Supongo que tardaré unos meses en venderla. Quiero irme de aquí en septiembre u octubre. Por entonces el barco ya estará listo.

—Me encantaría verlo. Espero que lo traiga aquí.

Pero eso era precisamente lo que Quinn no quería. Deseaba alejarse todo lo posible de sus implacables recuerdos y del mundo que había compartido con Jane. Lo único que deseaba ahora era zarpar y llevarse consigo sus recuerdos.

Permanecer en la casa que había compartido con ella, en la ciudad donde habían vivido durante cerca de cuarenta años, era demasiado duro para él. Por la noche apenas dormía, e iba de un lado a otro de la casa, suspirando por Jane. Pensar en todo lo que jamás había hecho por o con ella era una carga demasiado pesada. Necesitaba un alivio, y estaba seguro de que el barco se lo procuraría.

Jack sabía que la esposa de Quinn había muerto, pues él mismo se lo había mencionado un día de la semana anterior, y Jack le había expresado con discreción sus condolencias. También le había dicho que tenía una hija residente en Ginebra.

—Tal vez un día irá usted a Europa y verá el barco —le sugirió Quinn mientras guardaba los planos.

Jack se echó a reír y replicó que un viaje a Europa era tan ajeno a su mundo como un viaje en cohete al espacio exterior, y más o menos igual de probable para él.

—Creo que aquí tengo suficiente trabajo para mantenerme ocupado.

Pero, desde luego, es un barco precioso —dijo en un tono respetuoso, y entonces Quinn tuvo una idea.

Cruzó la habitación hasta la estantería donde tenía una biblioteca completa de libros sobre navegación, algunos muy antiguos y otros de gran rareza. Sacó un grueso volumen y se lo ofreció a Jack. Era una introducción a la navegación que Quinn había utilizado como su biblia durante años, en sus primeros

tiempos de navegante.

—Con esto puede aprender todo lo que hace falta saber sobre los veleros, Jack. Creo que le gustará leerlo en su tiempo libre.

Quinn le tendió el libro, pero Jack titubeó.

—Temo perderlo o deteriorarlo.

El volumen parecía muy usado, y posiblemente era valioso. Era evidente que le resultaba incómodo tomarlo prestado.

—Eso no me preocupa. No tenga prisa por devolverlo, y a ver qué le parece. Nunca se sabe, podría tener la oportunidad de navegar con un amigo uno de estos días. Este libro le enseñará todo lo que necesita saber.

Jack tomó lentamente el libro y pasó varias páginas con dibujos y láminas. Las páginas estaban llenas de diagramas y términos náuticos. Era un libro extraordinario que Quinn siempre había atesorado. Se lo había dado a Doug para que lo leyera aquel fatídico verano antes de que partiera hacia el campamento, y Doug lo había estudiado y memorizado en parte a fin de impresionar a su padre, cosa que logró. Fue uno de sus pocos y grandes intercambios y preciosos momentos antes de su muerte.

—¿Está seguro de que quiere prestármelo? —le preguntó Jack, con una expresión preocupada.

Quinn sonrió e hizo un gesto de asentimiento, y poco después Jack se marchó con el libro bajo el brazo. Aunque era viernes por la noche, le había dicho que volvería por la mañana. Sus operarios solo trabajaban para él cinco días laborables, pero ya le había dicho a Quinn que iría los fines de semana sin que eso variase el precio estipulado. A veces le gustaba trabajar solo, y ocuparse personalmente de los detalles. Era incluso más concienzudo de lo que Quinn había pensado, y el trabajo iba bien. También supervisaba las obras de reparación del tejado, y Quinn estaba satisfecho de los resultados, aunque aún había mucho que hacer. Jack estaría allí durante varios meses, hasta que la casa no solo estuviera reparada, sino en condiciones de ponerla a la venta.

El sábado por la mañana, al levantarse, Quinn miró a través de la ventana y vio a Jack en el exterior. Llovía de nuevo, como llevaba haciéndolo la mayor parte del mes, pero a Jack no parecía importarle. Estaba acostumbrado a trabajar en malas condiciones atmosféricas, y el único problema que la lluvia representaba para él era que no podían terminar el tejado hasta que hubiera

dejado de llover. El tiempo húmedo retrasaba aquellas reparaciones. Pero había muchas otras cosas que hacer.

Después de leer el periódico y tomar café, Quinn salió de la casa para hablar con Jack y lo encontró en el garaje. Estaba comprobando las reparaciones que se habían visto obligados a hacer allí, y una hora después, cuando los dos hombres salieron del garaje charlando despreocupadamente, Quinn reparó en que su vecina se esforzaba por abrir una enorme caja que alguien había dejado en la entrada de su casa. Y como le sucediera antes, después de la tormenta, nadie le echaba una mano. Parecía no tener nunca a nadie que la ayudara, y, mientras Quinn la observaba, volvió a pensar en Jane y sintió una familiar punzada de dolor. Durante todos aquellos años no había pensado ni una sola vez en lo difícil que debió de ser la vida para ella, con su marido siempre ausente. Y ahora él no hacía más que pensar en eso. Su vecina era un recordatorio viviente de los retos a los que Jane tuvo que enfrentarse cuando él estaba totalmente volcado en su trabajo.

Y mientras pensaba en ello, Jack saltó con facilidad por encima del seto que separaba las dos casas y fue a ayudarla. Tomó las herramientas que ella sostenía y en pocos minutos abrió la caja. Entonces se ofreció a llevar su contenido, un mueble, al interior de la casa. Antes de que Quinn hubiera podido decir nada, los dos desaparecieron.

Al cabo de unos minutos, Jack estaba de regreso. Cuando mencionó a la mujer, lo hizo con cautela.

—No sé qué te parecerá, Quinn. —Por entonces se tuteaban y llamaban el uno al otro por sus nombres de pila, un tratamiento con el que Quinn se sentía cómodo. Le gustaba cuanto sabía de Jack, y por encima de todo la minuciosidad y la entrega con que realizaba su labor—. Me ha preguntado si podría trabajar para ella. Le he dicho que el trabajo que tengo aquí va para largo, y ella me ha planteado si podría hacerle algunas reparaciones los domingos. La verdad es que no me importa, es mi tiempo libre y da la impresión de que necesita ayuda de veras. Parece ser que no hay ningún hombre con ella.

—Es probable que la gente dijera eso mismo de mi mujer —replicó Quinn, y exhaló un suspiro—. ¿No necesitas algún tiempo libre? No puedes trabajar siete días a la semana, te agotarás.

Estaba preocupado. No le hacía ninguna gracia que Jack trabajase para la vecina. No regateaba esfuerzos y tenía necesidad de descanso, por lo menos los domingos, ya que los sábados hacía horas extras para Quinn.

—Creo que podré arreglármelas —replicó Jack, sonriente—. La verdad es que su situación me apena. El otro día estuve hablando con el cartero, y me dijo que su hijo murió el año pasado. Tal vez necesite reponerse y una mano que la ayude.

Quinn asintió. No podía discutir una cosa así. Y no hizo ningún comentario acerca del hijo. Él no le había hablado de Doug a Jack. No había ningún motivo para ello, y hacerlo le parecía sensiblero. Bastaba con que supiera que Jane había muerto. Pero él y la vecina tenían algo en común, aunque no fuese algo de lo que él deseara hablar.

—Como quieras, pero no dejes que se aproveche de ti, Jack —le advirtió Quinn, y Jack sacudió la cabeza.

Iba a ayudarla por su propia voluntad, no porque lo obligaran. Ella se las había arreglado para encontrar personal que le reparase el tejado y las obras básicas ya estaban hechas, pero faltaban una serie de reparaciones de segunda importancia, y aún no había encontrado a nadie que pudiera abordarlas. Al igual que Quinn, había observado lo diligente y competente que era Jack en su trabajo.

—Parece una mujer simpática. A veces uno ha de tender la mano, aunque le cueste algún tiempo. Los fines de semana no tengo nada que hacer, aparte de mirar el fútbol.

Era más de lo que Quinn tenía que hacer, pero eso no se lo dijo a Jack.

Al día siguiente observó que Jack entraba y salía de la casa de Maggie Dartman. Poco después, cuando apareció ella, se detuvo a hablar con Quinn y le agradeció que le hubiera permitido utilizar los servicios de Jack en su día libre.

—Es un gran muchacho —le aseguró él, reacio a verse involucrado en su acuerdo. Lo que Jack hiciera en su tiempo libre era asunto suyo.

A media tarde, Quinn vio que la camioneta de Jack había desaparecido.

Pensó que era en verdad una buena persona.

Cuando finalizaba la semana siguiente, Quinn recordó el libro que le había dado, y preguntó a Jack si había tenido tiempo de leerlo. Jack pareció un tanto

azorado, hizo un gesto negativo con la cabeza y explicó que no había tenido ni un momento libre.

—Lo comprendo, entre los seis días a la semana que trabajas para mí y las horas extra en casa de mi vecina, se comprende que no tengas tiempo —le dijo, apremiándole un poco pero en tono afable, y Jack se apresuró a cambiar de tema.

Quinn percibió que Jack se sentía culpable por no haber leído aún el libro de navegación, y no deseaba presionarlo. Había pensado que podría gustarle, pero el pobre hombre se estaba deslomando con los dos trabajos, sobre todo el que hacía para Quinn. Este no sabía por qué, pero tenía la sensación de que, si Jack quisiera, podría ser un marino nato. Había mostrado mucho interés por los planos del barco, y Quinn podría enseñarle los rudimentos de la navegación.

Confiaba en que leyera el libro en algún momento y no se limitara a decirle que lo había hecho pero que se había olvidado de mencionarlo.

Finalizaba el mes de enero y las obras avanzaban a buen ritmo, cuando Quinn se pasó toda una tarde haciendo una lista de proyectos adicionales para Jack y comentarios acerca del trabajo en marcha. Salió de la casa para dársela.

Era el primer día realmente soleado que tenían en varias semanas, y las reparaciones del tejado por fin estaban terminadas, aunque habían requerido más tiempo del planeado. Quinn quería que Jack le comentara la lista que había hecho, y aguardó a que la leyera, pero Jack dobló el papel, se lo guardó en el bolsillo y le prometió que lo haría aquella noche, una actitud que irritó un tanto a Quinn. Detestaba posponer las cosas y quería hablar de sus proyectos con él, pero Jack le dijo que aquella tarde tenía demasiado trabajo para concentrarse en la lista como era debido. Le prometió que hablarían al día siguiente, antes de que iniciara la tarea.

Pero aquella tarde, como aquel día el trabajo había ido especialmente bien y como detestaba la calma que se instalaba los viernes por la noche, cuando todo el mundo se marchaba, Quinn invitó a Jack a tomar una copa de vino y volvió a mencionarle la lista. Le pidió que se la sacara del bolsillo para examinarla juntos. Jack titubeó y trató de hacerle caso omiso, mientras Quinn insistía. Era como un perro con un hueso que no estaba dispuesto a soltar, y

por un momento creyó ver un brillo de lágrimas en los ojos de Jack y se preguntó si lo habría ofendido. En general, Jack era despreocupado y no se alteraba por nada, ni siquiera cuando las cosas se torcían en el trabajo, pero era evidente que la sugerencia de Quinn lo había molestado, hasta tal punto que Quinn se sintió muy preocupado, temeroso de que pudiera abandonar el trabajo.

—Perdona, Jack —le dijo con delicadeza—. No tengo ninguna intención de apremiarte, y sé que el fin de semana debes de estar muerto de fatiga. Mira, ¿por qué no te tomas libre la jornada de mañana?

Le hizo esta proposición con ánimo de apaciguarle y evitar que siguiera sintiéndose demasiado presionado por él, pero Jack se limitaba a mirarlo y sacudía la cabeza, y esta vez las lágrimas en sus ojos fueron inequívocas. La mirada que dirigió a Quinn era de profundo pesar y de confianza ilimitada, y su interlocutor no entendía qué le pasaba. La expresión de Jack lo turbaba. Era como si algo reprimido en lo más hondo del joven estuviera emergiendo y no hubiera modo de detenerlo. Y de repente llegó la explicación, para la que Quinn no estaba en absoluto preparado. Jack dejó la copa de vino sobre la mesita baja, miró fijamente al hombre que le había contratado y habló con una voz enronquecida por la emoción. Quinn le escuchaba con el corazón encogido.

Nada más lejos de su intención que herir al muchacho con sus preguntas y sugerencias, pero se daba cuenta de que había herido a aquel hombre al que respetaba y que tanto le gustaba. Era uno de esos momentos en los que no puedes retroceder, sino solo ir adelante. Como un péndulo que solo se moviera adelante y jamás hacia atrás.

—Mis padres me dejaron en un orfanato cuando tenía cuatro años —le explicó Jack en voz baja—. Recuerdo a mi madre, por lo menos así lo creo, y no recuerdo a mi padre, aunque creo que me daba miedo. Sé que tengo un hermano, pero no lo recuerdo en absoluto. Todo esto lo veo muy borroso. Y

nunca volvieron. Me crió el estado, como suele decirse. Al principio me colocaron en un par de casas de acogida, puesto que era muy pequeño, pero en ambos casos me devolvieron al orfanato. No podían adoptarme porque sabían que mis padres estaban vivos en alguna parte, y uno no puede permanecer en casas de acogida para siempre. En el orfanato estaba cómodo, y allí todo el

mundo era bueno conmigo. No tenía problemas, trabajaba duro. Hacia los siete años empecé a hacer trabajos de carpintería, y hacia los diez era francamente bueno. Me dejaban hacer lo que quisiera, y por mi parte hacía todo lo posible por ayudar. Y detestaba la escuela. Pronto me di cuenta de que, si trabajaba en el orfanato, me permitían saltarme las clases, y actuaba en consecuencia. Me gustaba estar con los adultos más que con los chicos de mi edad. Me sentía independiente y útil, y eso me gustaba. A los once o doce años apenas iba a la escuela. Solo iba cuando no tenía más remedio, y así seguí hasta los quince años.

A esa edad sabía que podía ganarme la vida como carpintero, así que hice uno de esos exámenes de equivalencia escolar. A decir verdad, una amiga me ayudó a hacerlo, una chica a la que conocía. Conseguí el diploma, abandoné el orfanato y nunca volví la vista atrás. Estaba en Wisconsin y tenía un poco de dinero, ahorrado de los trabajos que había hecho. Tomé un autobús y me vine aquí, y no he parado de trabajar desde entonces, hace veinte años. Ahora tengo treinta y cinco, y me gano bien la vida. Trabajo duro, y me gusta. Me satisface ayudar a la gente y trabajar para personas como tú. En estos veinte años nadie ha sido jamás tan amable conmigo como lo eres tú. —La voz se le quebró al decir estas últimas palabras, y Quinn lo escuchaba acongojado, pero seguía sin comprender—. Soy un carpintero, Quinn, y bueno. Pero eso es todo lo que soy y lo que seré jamás. Eso es lo único que sé hacer.

—No tenía intención de presionarte, Jack —le dijo Quinn con dulzura—.

Admiro mucho lo que haces. Yo sería incapaz de hacerlo. Tienes verdadero talento para encontrar soluciones y conseguir que las cosas funcionen. —Y Quinn había observado que tenía también habilidad para el diseño.

—Puede que sea así —replicó Jack, entristecido—, pero tú puedes hacer muchas cosas que yo nunca podré.

—He sido afortunado y he trabajado duro, lo mismo que tú —le dijo Quinn, mostrándole la clase de respeto que surge a veces entre dos hombres, al margen de sus orígenes o de lo sencillo o complicado que sea su campo profesional.

Quinn Thompson era una leyenda, y Jack Adams era un carpintero, y bueno, como él mismo decía, y también una buena persona. Eso era todo lo

que Quinn deseaba de él. Pero Jack quería mucho más para sí mismo, y sabía que jamás lo tendría. Las cargas de su pasado eran demasiado onerosas, en un grado que Quinn no podía imaginar. No podía hacerse una idea de la vida que Jack había llevado o del camino que había seguido para llegar allí.

—En tu caso no se trata de suerte —dijo Jack en voz baja—. Eres inteligente, educado. Eres mucho mejor que yo, y siempre lo serás. Lo único que yo puedo hacer es esto —concluyó con absoluta modestia.

—Si quieres, puedes ir a la universidad —le dijo Quinn, expectante.

Jack tenía un aire de desesperanza que nunca le había visto durante el mes que llevaba trabajando para él. Siempre se había mostrado muy práctico y alegre, pero la impresión que daba ahora era muy diferente. Era un atisbo del corazón y el alma de Jack, y del pesar que había ocultado allí en el transcurso de su vida. Por lo menos Quinn deseaba infundirle esperanza.

—No puedo ir a la universidad —dijo Jack, con expresión compungida, y sus ojos se posaron en los de Quinn. Este supo que jamás había visto semejante confianza—. Casi no sé leer.

Tras hacer esta confesión, se cubrió la cara con las manos y lloró en silencio. La vergüenza de toda una vida se volcaba al exterior, mientras Quinn lo miraba, sintiéndose impotente. Y, sin decir palabra, extendió el brazo y le tocó el hombro. Cuando Jack volvió a mirarlo, Quinn notó también el escozor de las lágrimas en sus ojos. Ahora estaba seguro de que nadie, en toda su vida, le había hecho una confesión tan importante. Aquel hombre al que apenas conocía, pero por el que casi sentía el afecto de un padre, se había atrevido a desnudar su alma. Era un precioso regalo.

—No importa —replicó Quinn, todavía con la mano en su hombro como para mantener la conexión entre ellos, y ciertamente lo lograba.

—Sí que importa. No puedo leer libros ni cartas ni tus listas. No sé qué dicen los volantes de Correos ni los formularios del banco. No puedo leer un contrato. Para sacarme el carnet de conducir hice un examen oral. Puedo leer las señales de tráfico, pero eso es todo. No soy capaz de leer los prospectos de medicamentos ni las direcciones, y los mapas se me hacen cuesta arriba. Apenas soy capaz de leer nada, y en cuanto a escribir, puedo firmar y ya está. Nunca seré más que un carpintero que ni siquiera sabe leer. Ni siquiera puedo estar con una mujer más de unas pocas semanas, porque si descubre que soy

analfabeto, no me querrá. Pensará que soy estúpido o ridículo. Lo único que puedo hacer es lo que hago, y esforzarme lo mejor posible. Pero eso es todo lo que está a mi alcance, y siempre será así.

Quinn comprendió enseguida que Jack quería obtener mucho más de la vida, pero no sabía cómo lograrlo. La expresión de sus ojos evidenciaba las limitaciones a las que siempre se había visto sometido, y lo que había dicho era tan abrumador que, al principio, Quinn no supo qué decirle. Quería rodearlo con sus brazos, como si fuese un niño. Pero Jack no era un niño, sino un hombre, un hombre tan decente, amable y capacitado como el que más entre cuantos había conocido Quinn. Quería ayudarlo, pero no estaba seguro de cómo. Lo único que podía hacer era aceptarle y tratar de hacerle comprender que, tanto si sabía leer como si no, se había ganado para siempre su respeto, en particular tras la confesión que acababa de hacerle. Siguió estrechando con firmeza el hombro de Jack, y poco después este se levantó y le dijo que debía marcharse. Parecía azorado por las revelaciones de aquella noche, y Quinn se percataba de su aturdimiento.

—Tengo un amigo que me lee las cosas —le dijo Jack en voz baja, mientras recogía su chaqueta—. Mañana sabré lo que contiene tu lista.

Quinn asintió y le vio alejarse. Había sido un momento que Jack le había dejado compartir con él, un atisbo no solo de sus puntos débiles sino también de su alma.

Por la noche, ya en cama, Quinn yació despierto pensando en Jack hasta las tres de la madrugada, profundamente conmovido por lo que le había revelado. Y por la mañana, cuando se despertó y vio la camioneta de Jack en el exterior, se puso unos pantalones y un suéter, se calzó unos mocasines y salió a su encuentro. Los dos hombres intercambiaron una larga y significativa mirada, y Quinn lo invitó a entrar en la casa. Jack parecía tan cansado como Quinn se sentía. También había yacido despierto durante horas, preguntándose si había sido acertado revelar a Quinn su secreto. La respuesta, ciertamente, era afirmativa. Lo que más temía, lo que lo había mantenido despierto toda la noche, era perder el respeto de Quinn.

—He memorizado la lista —dijo cuando entraron en la casa, y Quinn cerró la puerta.

Quinn hizo un gesto de asentimiento y se encaminó a la cocina, seguido por

Jack. Los dos hombres tomaron asiento.

—Necesito que hagas unas horas extra —dijo Quinn en voz baja, y Jack no pudo interpretar lo que veía en los ojos del otro hombre. No mencionaron nada de lo hablado la noche anterior—. Quiero que cada noche te quedes dos horas después del trabajo, y quizá también una o dos horas el sábado.

Se había expresado con severidad, aunque no se lo había propuesto, y Jack parecía preocupado. En la lista no figuraba nada de aquello.

—¿Crees que el trabajo no va lo bastante rápido? —inquirió Jack. En realidad iba más rápido de lo que había esperado, y había supuesto que Quinn pensaba lo mismo.

—Creo que las obras van bien, pero tenemos un trabajo adicional que hacer.

A Quinn le latía con fuerza el corazón al decir estas palabras. Era algo importante, y quería que Jack conviniera en hacerlo, por el bien de los dos.

Ahora era tan importante para Quinn como lo era para Jack. La noche anterior habían formado una sociedad, un contrato silencioso, un vínculo que no podía romperse. Jack había dado a Quinn algo precioso al confiarle la verdad. Y Quinn iba a respetarla y se sentía honrado en lo más profundo de su ser.

—¿Qué clase de trabajo? —le preguntó Jack, perplejo.

Hubo una larga pausa mientras los dos hombres se miraban. Flotaba algo en la atmósfera, un sentimiento sin ambages, en bruto. Era la esperanza.

—Si me lo permites —respondió Quinn con cautela—, si me concedes el privilegio de hacerlo, voy a enseñarte a leer.

Se hizo un silencio ensordecedor en la estancia, y Jack volvió la cabeza a un lado, pues las lágrimas le corrían por las mejillas. Quinn también lloraba.

Transcurrió un largo rato antes de que Jack lo mirase de nuevo, y más todavía antes de que pudiera hablar.

—¿Lo dices en serio? ¿Por qué harías una cosa así por mí?

—Porque quiero, los dos lo queremos. A lo largo de mi vida, Jack, he hecho muchas cosas absurdas, estúpidas, mezquinas y egoístas. Esta podría ser la primera cosa decente que he hecho jamás, y apreciaría que me dieras esa oportunidad.

Era Quinn quien le pedía algo a Jack, y ambos tenían mucho que ganar, no

solo Jack. Era una travesía en la que ambos se embarcaban, hacia un destino desconocido.

—¿Lo harás? —le preguntó Quinn, y Jack asintió lentamente y se enjugó las lágrimas con la mano.

—¿Bromeas? —Jack sonrió lentamente, y su expresión de júbilo se reflejó en los ojos de Quinn.

Durante toda su vida Jack había querido asistir a un curso de alfabetización, pero se había sentido demasiado avergonzado para hacerlo.

Ahora, sin embargo, no veía nada vergonzoso en aprender a leer con Quinn.

Todo lo que sentía era orgullo.

—¿Cuándo empezamos? —le preguntó con una ancha sonrisa.

—Ahora —replicó Quinn en voz queda. Empujó el periódico hacia él y movió la silla para poder sentarse al lado de Jack—. Cuando termines este trabajo, vas a leer mejor que nadie que conozca. Y no importa que requiera más tiempo que el de las obras que estás haciendo en la casa —le aseguró—. Había una razón para que te sincerases conmigo anoche, una razón para los dos. Ahora veamos qué se puede hacer.

Jack sonrió a su maestro, y Quinn preparó dos tazas de café y se sentó de nuevo. Las lecciones habían comenzado.

6

Las clases de lectura fueron bien durante las primeras semanas. Jack se pasaba los días trabajando en las reparaciones de la casa. Luego, durante un par de horas, y a veces más, los dos se sentaban a la mesa de la cocina y se iban abriendo camino, lenta y penosamente, a través del periódico. Finalmente, cuando Jack se sintió más cómodo, Quinn utilizó como libro de texto su viejo manual de navegación. Llevaban ya todo un mes practicando cuando Quinn le mostró los sencillos y deliciosos poemas de Jane. Fue una victoria cuando Jack no solo entendió el significado, sino que pudo leerlos en voz alta lentamente y sin tropiezos. Y entonces miró a Quinn con asombro.

—Esto es hermoso. Debió de ser una gran mujer —le dijo en voz baja, aún conmovido por lo que acababa de leer y emocionado porque había sido capaz de leerlo.

—Lo fue —respondió Quinn con tristeza—. La verdad es que durante mucho tiempo no conocí esa faceta suya. Solo descubrí quién era en los últimos meses que pasamos juntos. No creo que antes la conociera realmente.

Cuando desapareció, supo todavía más sobre ella gracias a sus poemas y diarios. Lo trágico era que durante los treinta y seis años anteriores, apenas la había conocido, y en general no la había valorado ni le había hecho caso. Era esta una admisión acerca de sí mismo que solo recientemente había llegado a aceptar, y no estaba orgulloso de ello.

—En las fotografías está muy guapa —comentó Jack.

Había sido una mujer delicada, de aspecto casi frágil, pero con más fortaleza de lo que nadie había sospechado jamás, y quien menos su marido.

Había tenido un carácter de lo más dulce y apacible.

—Fue muy guapa —admitió Quinn. A Jack le resultaba fácil ver cuánto la había amado—. Fue una mujer notable —añadió con una expresión nostálgica, mientras se disponía a concluir la lección.

Jack estaba haciendo unos progresos impresionantes, y Quinn le daba algo en lo que siempre había soñado. En cierto sentido, era un regalo de libertad, y Quinn le estaba ayudando a romper una tras otra las cadenas que lo habían mantenido atado. Su incapacidad de leer había sido para él como una

sentencia, o como mínimo una prisión solitaria. Ahora era Quinn el que estaba encarcelado, condenado para siempre a su propia soledad y a sus amargas recriminaciones. Seguía teniendo el sueño recurrente, pero con menos frecuencia desde que empezara a enseñar a Jack. Era casi como si hacer algo por otro ser humano lo ayudara a mitigar su culpa.

Un sábado, a finales de febrero, cuando estaban terminando la lección Jack mencionó a la vecina de Quinn, Maggie Dartman. Todavía trabajaba para ella los domingos, y reparaba poco a poco la casa que había estado muy abandonada cuando la compró. Cada vez que le prestaba sus servicios, le impresionaba la soledad en que vivía. La casa estaba llena de fotografías del hijo que murió. Ella había dicho a Jack que el muchacho se había suicidado dos días después de cumplir los dieciséis años. No le había explicado por qué, y Jack tenía ya la seguridad de que no había ningún hombre en su vida. Las reparaciones que él estaba haciendo podría haberlas realizado cualquier hombre que habitara en la casa, de haber habido uno para echarle una mano. En una ocasión le había mencionado que era profesora y que, tras la muerte de su hijo, había solicitado un año y medio de excedencia.

Entre Quinn y Jack se había establecido la tradición informal de cenar juntos el viernes por la noche, una vez finalizada la clase de lectura. Quinn cocinaba, Jack aportaba el vino y era una oportunidad para conocerse mejor. En unas ocasiones la relación era de amistad entre dos hombres, y en otras Quinn adoptaba una actitud paternal hacia él. A Jack le fascinaban los logros de Quinn.

Se había criado en una granja del Medio Oeste, y había estudiado con beca en la Universidad de Harvard. A partir de ahí había progresado rápidamente hasta alcanzar su enorme éxito. Jane había creído en él nada más conocerlo. Estuvo a su lado antes de que él empezara a ganar dinero, y jamás dudó ni un instante de sus capacidades. El éxito llegó pronto para él, y engendró más éxito. Consiguió su primer millón de dólares antes de los veinticinco años. Tenía el toque de Midas, como decían en el mundo financiero. A los no iniciados les parecía que no había hecho un mal negocio en toda su vida, pero lo cierto era que, cuando lo hizo, se las ingenió para transformarlo en algo mejor. Y siempre sabía por instinto cuándo debía frenar sus pérdidas. A su modo, era un genio. Pero, a juzgar por todo lo que Jack podía ver, el éxito no

le había aportado felicidad.

Había pocos hombres tan desdichados y solitarios como Quinn Thompson.

Y lo único que Quinn deseaba ahora era volverse incluso más solitario, en cuanto su barco estuviese a punto. Hablaba de ello a Jack como si se tratara de una mujer de la que estuviera enamorado y a la que esperase. El barco era lo único en que soñaba. Tras haber sido abandonado por Jane cuando esta murió y dada la atormentada relación que tenía con su hija, la embarcación que le estaban construyendo en Holanda era una especie de compañera que no representaba ninguna amenaza, que no podría atormentarlo ni hacerle reproches y a la que él, a su vez, no podría decepcionar ni herir. Estar solo en el barco, aislado del mundo, podría ser un inmenso alivio. Y mientras aguardaba ese momento, ayudaba a Jack a encontrar sus sueños.

Aquella amistad significaba mucho para los dos. Y mientras Jack iba conociendo mejor a Quinn, al mismo tiempo, con sus visitas semanales, iba cobrándole un profundo afecto a Maggie, una mujer llena de amabilidad y muy vulnerable. Los domingos, cuando trabajaba para ella, Maggie solía prepararle la comida. Y al igual que Quinn, tal vez por motivos similares, parecía estar completamente sola. Apenas la veía ir a alguna parte. Siempre estaba en casa, leyendo o escribiendo, o bien sentada y sumida en sus pensamientos. Él le veía la cara cada vez que pasaba ante una fotografía de su hijo, y la expresión de sus ojos desgarraba el corazón de Jack.

—Deberías invitarla alguna vez —le sugirió finalmente a Quinn—. Es muy simpática. Creo que te gustaría.

Quinn no recibió con agrado esta sugerencia.

—No me interesa conocer mujeres. Tuve la mejor que ha existido. No voy a salir con ninguna otra. Sería una falta de respeto hacia Jane y una burla a su memoria.

Ya sabía que jamás iba a traicionarla. Ya había herido a suficientes personas en el transcurso de su vida y no deseaba herir a más. Pero Jack se apresuró a aclarar sus propósitos, sorprendido por lo sensible que era Quinn.

—No me refería a eso, Quinn —replicó, corrigiendo la impresión que le había dado—. Es muy buena persona, y ha recibido algunos golpes muy duros.

No conozco todos los detalles, pero perder un hijo debe de ser suficiente para hundir a la mayoría de la gente. No creo que salga con nadie. Nunca va a

ninguna parte, no recibe llamadas telefónicas ni van amigos a visitarla. Podría ser agradable que viniera a cenar un viernes. Tiene mucho sentido del humor. Sería un acto de generosidad. Tampoco parece que esté interesada en conocer a nadie.

Por ciertas cosas que ella le había dicho, Jack había podido conjeturar con precisión su estado de ánimo. Maggie vivía con sus recuerdos y sus pesares tanto como Quinn.

—Creía que estaba casada. —Quinn parecía sorprendido—. Supuse que tenía un marido siempre ausente, dedicado por completo a sus negocios.

—También yo lo creía así al principio. Eso es lo que parece, y la casa es demasiado grande para una mujer sola. Debe de tener algo de dinero. No sé si es viuda o divorciada, pero, sea lo que sea, lo cierto es que está sola en esa casa un día tras otro. Tal vez su marido también murió, dejándole cierto dinero. —La casa era de considerables proporciones, y no pudo ser barata cuando ella la compró, pese al estado un tanto abandonado en que se encontraba. Y la mujer se mostraba cauta con los gastos de las reparaciones. Siempre hablaba con Jack de lo que costaría cada cosa—. Desconozco su historia, Quinn, pero, sea la que sea, me temo que es bastante penosa. Creo que serías un buen samaritano si la invitaras a cenar con nosotros un viernes después del trabajo.

—Sí, tal vez —replicó vagamente Quinn.

Pero dos semanas después, cuando sacó del horno un enorme asado de ternera, Jack lo miró consternado.

—Ni siquiera yo puedo comerme todo eso, y es un crimen desperdiciarlo.

—En lugar de reducirse, por una vez el asado había crecido de una manera exponencial cuando Quinn lo metió en el horno. Resultaba ser mucho más grande de lo que había esperado, y era una especie de experimento, la comida más lujosa que había preparado desde que iniciaron sus cenas de los viernes —.

¿Quieres que llame a Maggie para ver qué está haciendo?

Quinn titubeó, pues la proposición no le entusiasmaba ni mucho menos, y entonces cedió a regañadientes. Jack parecía decidido a invitarla, y Quinn empezaba a preguntarse si su amigo tendría un interés romántico por ella.

—De acuerdo, supongo que eso no puede hacer ningún daño. Dile que ha

sido idea tuya. No quiero que piense que la persigo o que estoy interesado por ella o que esto es una estratagema para presentarnos. Dile que soy un viejo y desagradable recluso con un asado de ternera demasiado grande para compartir con ella.

Jack se echó a reír y fue a llamarla por teléfono. Ella pareció sorprendida, y tan vacilante como lo había estado Quinn. Preguntó a Jack con franqueza si se trataba de alguna clase de montaje, pues en tal caso no iría. Él le aseguró que no era nada más que una cena la noche de un viernes compartida por tres amigos, dos de ellos vecinos. Finalmente, ella accedió a ir, y al cabo de diez minutos llamó a la puerta de Quinn con una expresión cauta.

Cuando le abrió la puerta, Quinn vio con sorpresa que era mucho más menuda de lo que él recordaba. Habían hablado por encima de sus respectivos setos, pero allí, en el umbral, ella no solo parecía frágil sino también diminuta. Y

había algo en sus ojos que le daba a Quinn la impresión de que estaba asustada y triste al mismo tiempo. Por lo menos le hacía experimentar el deseo de tranquilizarla. Comprendía por qué la mujer apenaba a Jack. Parecía necesitada de protección o, como mínimo, necesitaba un amigo.

Quinn se hizo a un lado y la invitó a pasar, y ella le siguió a la cocina, donde Jack estaba trinchando el asado de ternera. Maggie se animó visiblemente al verle, y la sonrisa que iluminó su rostro la hizo parecer más joven. Quinn se relajó en cuanto estuvieron sentados. Pasó los platos y llenó las copas de vino.

—¿Qué tal van las lecciones? —preguntó ella con naturalidad, tras haber dado a Quinn las gracias por invitarla. Jack le había confesado lo que hacían cada día después del trabajo y lo agradecido que estaba a Quinn. Maggie le dijo que debía de ser una buena persona.

—Avanzo lentamente pero con seguridad —respondió Jack, sonriente.

En realidad sus progresos eran considerables. Ya era capaz de leer con claridad, aunque muy lentamente, y todavía tropezaba con algunas palabras.

Conocía todos los términos náuticos, pero estaba deseoso de pasar a otros temas. Quinn tenía un gran empeño en que aprendiera los rudimentos de la navegación tanto como leer. Quería compartir ese tema con él, puesto que le apasionaba. Y Jack experimentaba el deseo creciente de leer otros libros.

Quinn también le había hecho leer muchos de los poemas de Jane, los cuales afectaron profundamente a Jack. Eran encantadores y, con toda evidencia, estaban llenos de sentimiento.

—Es un alumno fenomenal —replicó Quinn con orgullo, y Jack pareció ligeramente azorado—. Jack me ha dicho que eres profesora —dijo a Maggie, mientras servía el postre y preparaba el café.

—Lo fui —replicó ella con desenvoltura, pues disfrutaba de la compañía más de lo que había esperado. Eran un grupo abigarrado, reunido por la proximidad, las circunstancias y las buenas intenciones—. Hace casi dos años que no enseño —añadió en un tono algo nostálgico.

—¿Qué enseñabas? —le preguntó Quinn con interés. Podía imaginarla fácilmente rodeada de niños muy pequeños, tal vez párvulos.

—Física, en un instituto —respondió ella, sorprendiendo a Quinn—. La asignatura que todo el mundo detestaba. O quizá no. La mayoría de mis alumnos estaban muy dotados. No eligen la física a menos que tengan un don especial. De lo contrario optan por la biología, el cálculo o las ciencias integradas. La mayoría de mis alumnos se licenciaron en física en la universidad.

—Eso significa que hiciste un buen trabajo con ellos. Cuando iba a la universidad me gustaba la física, pero no la estudié en el instituto. ¿Por qué lo dejaste? —le preguntó con naturalidad, y su respuesta le sorprendió y entristeció.

—Mi hijo murió. Entonces todo se interrumpió bruscamente para mí —dijo sinceramente. No había en ella artificio alguno, y eso gustaba a Quinn—.

Se suicidó hace diecinueve meses. —Podría habérselo dicho en días o semanas, pero ya no hacía eso. Detestaba que ahora fuesen meses, y pronto serían años. El tiempo estaba creando una distancia ingobernable entre ellos. No podía controlarla, de la misma manera que al final no había podido controlar las acciones de su hijo—. Padecía una depresión grave. La mayoría de los chicos deprimidos no se suicidan, aunque piensen en hacerlo. Eso es más propio de los bipolares. Pero Andrew no pudo superarlo. Perdió la posibilidad de hacerlo cuando fue al instituto. Cuando murió, me resultó imposible seguir dedicándome a la enseñanza. Me dieron la baja por motivos familiares, a fin de seguir un programa de asesoramiento para paliar el dolor,

pero después de que lo hiciera comprendí que no estaba preparada para volver a la enseñanza. No estoy segura de que alguna vez vuelva a estarlo. — Pero sabía que más tarde o más temprano tendría que trabajar en algo, aunque no fuese la enseñanza.

—¿Qué haces ahora? —le preguntó Quinn. Ella suspiró antes de responder.

—He empezado a asesorar a otros padres en mi situación. No estoy segura de que sea de gran ayuda para ellos, pero al menos he pasado por lo mismo que ellos. Y tres noches a la semana atiendo una línea directa para adolescentes con tendencias suicidas. Es un centro de ayuda que deriva una línea para que pueda hacerlo desde mi casa. No sé si es efectivo o no, pero por lo menos me gusta creer que estoy haciendo algo por ayudar a alguien, en vez de quedarme sentada en casa sintiendo lástima de mí misma.

Quinn pensó que semejante actividad podría mantener su herida abierta, pero a pesar de la expresión apesadumbrada de sus ojos, Maggie parecía ser una persona bastante equilibrada. Sentía curiosidad por saber dónde estaba su marido, pero no quería preguntárselo. Poco después ella se lo dijo con toda naturalidad.

—A estas alturas probablemente habría vuelto a trabajar, pero lo cierto es que de alguna manera la muerte de Andrew desbarató mi matrimonio. Creo que mi marido y yo nos culpamos mutuamente de lo que no habíamos podido cambiar o detener. Desde hacía algún tiempo no nos llevábamos muy bien, y apenas un año después de la muerte de Andrew el matrimonio se desmoronó por completo. Él se marchó de casa dos días después del aniversario de la muerte del chico, y una semana después de Navidad nuestro divorcio fue definitivo.

—Lo dijo en un tono de voz que reflejaba una extraña serenidad, mientras Quinn se percataba de que la fecha coincidía con la primera vez que se vieron, y al cabo de un instante ella le confirmó lo que había pensado—. En Nochevieja, el día de la tormenta, recibí los papeles por correo. La tormenta parecía un fin adecuado a todo aquello. El día que hablé contigo debí de darte la impresión de que estaba loca —añadió en tono de disculpa—. Ni siquiera estoy segura de que fuese coherente. Estaba muy alterada.

—Pues a mí me pareció que estabas muy bien —le dijo Quinn de modo

tranquilizador, y la recordó en pie bajo la lluvia sin impermeable ni paraguas. Su rostro tenía una expresión de desconuelo cuando le dijo que en su cocina había unas cataratas del Niágara, y ahora su actitud de entonces era más comprensible para él. Maggie no parecía tener necesidad de ocultar sus sentimientos, y él suponía que ahora se encontraba mejor, por lo menos mejor para aceptar la cena, y de repente se alegró de que Jack hubiera insistido en que la invitara. Eran como tres almas en un bote salvavidas, y de momento quien remaba era Quinn.

De improviso decidió compartir algo con ella, aunque solo fuese para hacerle saber que no era la única que sufría y que llegaría a superarlo—. Mi hijo murió hace veintitrés años, en un accidente de barco —le reveló, dejando el tenedor sobre la mesa y mirándola, mientras Jack los observaba a los dos. Quinn no se lo había dicho hasta entonces, y se sentía profundamente conmovido. Tan solo le había mencionado a su hija Alex, la que vivía en Ginebra—. Tenía trece años, y creo que solo recientemente me he dado cuenta de lo mucho que su muerte nos cambió a mi mujer y a mí. Me recliné todavía más en el trabajo, y ella se volvió más extrovertida y permaneció así. Los dos estábamos desconsolados, pero cuando leí sus diarios, después de su muerte, comprendí mejor cómo le había alterado lo ocurrido. Por entonces yo estaba muy ocupado y probablemente era insensible al padecimiento de ella. Estoy seguro de que no la ayudaba gran cosa.

Me resultaba doloroso hablar de ellos, por lo que casi nunca lo hacía. Escribió unos relatos muy bellos acerca del chico.

Tenía lágrimas en los ojos mientras hablaba, y no le confesó que había obligado a Jane a esconder las cosas de Doug unas semanas después de su muerte, y que lo poco que ella no había guardado en cajas, lo metió en su armario, donde Quinn no lo vería. En cierto sentido, él la había obligado a actuar así, y ahora que comprendía lo que eso había significado para ella, lamentaba profundamente lo que había dicho y hecho. Había creído hacer lo correcto por ella, por sí mismo e incluso por Alex. Pero ahora tenía la seguridad de que se había equivocado. Era mucho lo que había aprendido acerca de ella y de sí mismo en los meses transcurridos desde su fallecimiento.

—Es lo que peor que puede sucederle a un matrimonio —comentó Maggie,

y sus ojos se clavaron en los suyos como taladros, planteándole en silencio una infinidad de preguntas. Quería saber cómo había sobrevivido a la catástrofe y cómo lo hizo su mujer. Ella aún se culpaba a sí misma por la ruptura de su matrimonio.

Siempre había pensado que su marido no había sabido comprender lo profunda que era la depresión de su hijo y que debido a ello, tal vez sin saberlo, había exacerbado la desesperación de Andrew. Y esa era también la razón de que ella nunca hubiera podido perdonar a Charles por la muerte de Andrew, y él lo sabía, tanto si lo admitía como si no. Él, a su vez, creía que ella debería haber desistido en su actitud. El último año que estuvieron juntos había estado presidido por implacables y silenciosas acusaciones, hasta que ya no pudieron soportarse mutuamente. Y al margen de lo que se hicieran el uno al otro o a sí mismos, nada les devolvería a su hijo. Aunque estaba desolada cuando Charles se marchó, le pareció que la decisión de su marido había sido lo mejor para los dos.

Al final, su matrimonio había estado tan muerto como su hijo. Charles se avino al mejor acuerdo que le fue posible, en forma de la casa cuya construcción le financió, a fin de que se alejara del lugar donde había muerto su hijo, y le había dado suficiente dinero para que pudiera mantenerse durante varios años. Al final ella tendría que volver a la enseñanza, pero de momento seguía oculta, lo mismo que Quinn. Eso era algo que él comprendía con toda claridad. Aquella mujer se había encerrado en un capullo para protegerse de las realidades y los golpes de la vida. Necesitaba sanar, y se tomaba tiempo para ello, lo cual parecía una actitud juiciosa. Pero cuando no hablaba, y a veces incluso cuando lo hacía, Quinn observaba la terrible tristeza de sus ojos.

—Has pasado por una experiencia muy traumática —le dijo Quinn, y ella asintió. No tenía necesidad de negarlo, ni tampoco quería mostrarse como una víctima. A él le parecía que, a pesar de las heridas que había recibido, era una mujer valiente y fuerte.

—Mucha gente pasa por experiencias traumáticas —replicó ella juiciosamente—. Mi trabajo como asesora es un constante recordatorio. El suicidio es la segunda gran causa de muerte juvenil en este país. Tenemos que recorrer un largo camino antes de que la mayoría de la gente lo comprenda.

Andrew lo intentó dos veces antes de conseguirlo.

—¿Se medicaba? —inquirió Quinn, solidario y preocupado.

—A veces. No siempre estaba dispuesto a tomar la medicina. Fingía muy bien que la tomaba, pero no lo hacía. No le gustaba cómo le hacía sentirse, o bien inquieto o bien demasiado letárgico. Muchos de los que me llaman para que los asesore se quejan de lo mismo.

Quinn admiraba el trabajo voluntario que estaba haciendo. Era una mujer agradable, y resultaba fácil ver por qué le gustaba a Jack. Era franca, sincera y no temía mostrar su vulnerabilidad. Hablar con ella le recordaba a Quinn que otras personas sufrían tanto como él. Entonces le habló de Jane, de los años durante los que había trabajado en exceso y casi siempre estaba ausente, de su retiro, de la repentina enfermedad de Jane y de su muerte.

—Todo terminó antes de que nos diéramos cuenta.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —le preguntó Maggie.

—Nueve meses. Murió en junio. Me pasé los cinco primeros meses viajando, y volví en noviembre. Vine para poner la casa en orden y venderla esta primavera.

—¿Y qué harás entonces? —le preguntó ella con interés.

Observó que él había optado por la cura geográfica, como la llamaban en los centros de asesoramiento, y no quería decirle que no servía de nada. En algún momento, dondequiera que estuviese, o por mucho que la hubiera defraudado, o así lo creyese él, tanto si era correcto como si no, debería enfrentarse al hecho de que ella había desaparecido. Lo más importante de todo era que tendría que perdonarse a sí mismo, como ella se había perdonado a sí misma y a Charles por la muerte de Andrew. Si no lo hacía así, Quinn jamás se libraría del sufrimiento que seguía experimentando.

—Me están construyendo un velero en Holanda —respondió Quinn, y le habló de los meses que había pasado aquel otoño a bordo del Victory y de su decisión de comprar el barco de Bob Ramsay y completarlo—. Pasaré un tiempo navegando alrededor del mundo, tal vez será eso lo que haga durante el resto de mi vida.

Al decir esto tenía una expresión de alivio, como si estuviera seguro de que a bordo del barco ya no tendría que enfrentarse a sus propios demonios.

Ella podría haberle dicho que las cosas no eran así, pero no lo hizo. Sabía que habría sido inútil. Pero el barco del que él le había hablado le estimuló la

imaginación, y sonrió con placer.

—A juzgar por lo que dices, debe de ser un barco precioso —comentó Maggie, llena de admiración y casi envidiosa.

—¿Navegas? —Quinn parecía sorprendido.

—Antes lo hacía. Crecí en Boston, y pasaba los veranos en el cabo Cod.

De niña me gustaba navegar. Hace años que no lo hago. Mi marido detestaba los barcos, y a Andrew nunca le gustaron mucho. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo hice.

—A Jane y a mi hija tampoco les gustaba navegar, sobre todo después de la muerte de mi hijo. Tuve un barco hace años, cuando nos vinimos a vivir aquí, pero estaba demasiado ocupado para usarlo. Lo vendí al año siguiente de la muerte de Doug. Esta va a ser una oportunidad única para entregarme a lo que me apasiona.

Sonrió a sus dos interlocutores. Jack disfrutaba del intercambio entre ellos, satisfecho porque había convencido a Quinn para que invitara a Maggie. Tenían mucho en común, más de lo que ellos, e incluso él, sabían. Y necesitaban compañía y amistad. Ambos pasaban demasiado tiempo solos y tenían muchos recuerdos dolorosos en los que ahondar. Una noche como aquella les hacía bien a los dos.

—Un queche de cincuenta y cinco metros de eslora es mucha pasión —bromeó Maggie—. Debe de ser muy emocionante —añadió con una expresión soñadora en los ojos.

—Lo es y lo será. Estará terminado en septiembre.

Entonces se ofreció a mostrarle los planos, y los examinaron sentados a la mesa, mientras Jack llevaba los platos al fregadero y regresaba a la mesa para sentarse junto a ellos. Era una velada muy agradable y, para gran sorpresa de Quinn, la cena de los viernes resultaba incluso más placentera con tres comensales. Era evidente que Maggie había aportado algo a la reunión, a pesar de sus sinceras confesiones, pero a todos se les levantó el ánimo cuando Quinn describió el barco con sus menores detalles. Maggie le hizo las preguntas apropiadas. Sabía mucho de veleros, y conocía a todos los constructores, arquitectos y diseñadores navales más importantes. Sus amplios conocimientos impresionaron considerablemente a Quinn. Después de que hubiera guardado los planos, Jack propuso una partida de dudo, que era lo que

él y Quinn solían hacer al final de sus veladas de los viernes. Maggie se echó a reír y pareció regocijada.

—Hace años que no juego —les advirtió, y logró vencer por lo menos una vez a cada uno. Entonces Quinn se puso al frente. Era el experto, y normalmente derrotaba también a Jack.

De todos modos se lo pasaron bien, y pasada la medianoche Maggie los dejó y volvió a su casa. A la una de la madrugada tenía que estar junto al teléfono para ocuparse del asesoramiento de adolescentes con tendencias suicidas, y estaba sorprendentemente animada.

Después de que ella se marchara, Jack solo permaneció unos minutos con Quinn.

—Es una mujer estupenda —dijo a Quinn, sonriente—. Ha pasado una época muy dura. Era su único hijo, y su jardinero dice que fue ella quien encontró el cadáver. —Ella no le había revelado ese detalle—. El marido no parece un hombre muy cabal, por abandonarla después de todo aquello —comentó, a pesar de que Maggie se había referido a su marido en términos caritativos. Era una buena persona, además de una mujer bonita, y merecía tener un hombre que estuviera a su lado. A Jack le resultaba difícil imaginar el trauma por el que habían pasado.

—En esas circunstancias los miembros de una pareja se hacen mutuamente daño —replicó Quinn con prudencia—. Lo más probable era que Jane también me hubiera dejado, pero, gracias a Dios, no lo hizo. Entonces yo no era muy sensible a sus necesidades. En lo único en que podía pensar era en lo que sentía por haber perdido a mi hijo. Creía que si no hablaba de ello el dolor desaparecería, pero en lugar de eso se hizo subterráneo y nos devoró a los dos.

Sin embargo, él había visto claramente en los diarios de Jane que esta había comprendido no solo su propia aflicción sino también la de su marido, y que le había permitido llorar la pérdida de la manera que él necesitaba hacerlo, a solas. Ella había cargado con el peso de su sufrimiento solitario, de manera parecida a la de Maggie cuando perdió a su hijo.

Jack se marchó pocos minutos después, y Quinn permaneció largo tiempo en la cocina, guardando cosas y fregando los platos. Finalmente, cuando subió al dormitorio, a través de la ventana vio encendida la luz en la cocina de

Maggie.

Sabía que estaba al teléfono, respondiendo a las llamadas que le hicieran los adolescentes en una situación límite. La luz seguía encendida cuando él se acostó.

Tomó uno de los diarios de Jane y se quedó dormido con el cuaderno entre las manos, pero aquella noche, por primera vez, se sintió más tranquilo al pensar en ella. Por muy necio e insensible que hubiera sido, de alguna manera sabía que ella realmente le había perdonado. O tal vez siempre lo había sabido. Lo que no sabía, y tal vez jamás sabría, era si él podía perdonarse a sí mismo.

A instancias de Quinn, la noche del viernes siguiente Maggie asistió a la cena con él y Jack. Los tres estaban de buen humor, pues la semana se había deslizado sin tropiezos. Hablaron del barco y volvieron a jugar a dudo. Ella trajo una tarta de chocolate que había horneado. Y durante el mes siguiente, la reunión de los tres para cenar la noche del viernes se convirtió en una agradable tradición y un buen comienzo del fin de semana.

Jack había progresado mucho en su alfabetización, y se ejercitaba con diligencia. Maggie había dado a Quinn algunos libros para ayudarlo a usar unas excelentes técnicas de enseñanza que le serían útiles a Jack, y Quinn les mostró los planos más recientes llegados de Holanda. El barco avanzaba velozmente hacia su terminación. Corría el mes de abril, y el trabajo de Jack estaba casi concluido. Lo habían prolongado el mayor tiempo posible. Quinn había llamado a un agente inmobiliario, que fue a visitar la casa. Sugirió algunas cosas más que el propietario debería hacer para que resultase más atractiva a los posibles compradores, y Quinn aceptó ponerla a la venta en mayo o junio. No quería venderla demasiado pronto, pues necesitaba algún lugar donde vivir hasta que el barco estuviera terminado en septiembre. El agente inmobiliario se mostraba convencido de que la casa se vendería con rapidez, y estaba deseoso de incorporarla a sus ofertas.

El viernes por la noche Quinn habló de ello a Maggie y a Jack. A este ya le había dado la lista de las mejoras adicionales propuestas por el agente inmobiliario, y esta vez fue capaz de leerla. Los dos hombres habían intercambiado una sonrisa. Por entonces, Jack leía con facilidad.

A la semana siguiente hubo un espectacular ascenso de la temperatura, y la noche del viernes los tres cenaron en el jardín de Maggie. Ella había colocado una mesa de jardín cubierta por un mantel azul. Cenaron a base de pollo frito y hamburguesas, y una ensalada de patata que Jack había preparado y traído desde su casa. La velada tuvo todo el aspecto de una comida campestre en verano. Maggie llevaba un vestido de lino blanco apropiado para el ambiente de la cálida noche, y por una vez se había soltado el pelo, que le caía en cascada por debajo de los hombros. El gran anuncio de la noche corrió a

cargo de Jack: en su iglesia había conocido a una joven muy agradable, y sus dos amigos bromearon con él. Maggie le dijo que se sentía muy contenta, y Quinn la acusó de ser irremediablemente romántica. Jack acababa de cumplir treinta y seis años, y ella consideraba que era hora de que encontrara a una mujer de la que enamorarse. Ahora que sabía leer, no tenía nada que ocultar ni nada de que avergonzarse. A la hora del postre dijo que confiaba en que se casara y tuviera hijos.

—¿Y qué me dices de ti? —replicó él, mientras tomaban el postre de sandía y cerezas.

—Ya he pasado por eso —replicó ella, dando poca importancia a la pregunta.

Había cumplido cuarenta y dos años y estaba convencida de que su vida sentimental había quedado atrás. Su matrimonio duró dieciocho años, hasta que llegó el divorcio, y aseguraba que no tenía interés en casarse de nuevo. La muerte de su hijo y el abandono de que había sido objeto por parte de su marido la habían curado, o eso decía ella. Afirmaba que estaba contenta de vivir sola para siempre.

—Solo tienes seis años más que yo —señaló Jack, y Quinn se echó a reír.

—Vosotros dos deberíais unirlos —sugirió. Jack ya había pensado en ello, pero no había querido dar al traste con su amistad, y ahora el destino lo había llevado por una dirección distinta con la chica que había conocido en la iglesia.

—No creo tal cosa —replicó Maggie, riéndose de la posibilidad de emparejarse con Jack apuntada por Quinn.

Formaban un trío de miembros afectuosos y serviciales pero, en definitiva, peculiares. A los tres les entristecía que al cabo de pocos meses sus reuniones de los viernes cesaran. Por entonces Quinn iría al encuentro de su barco, y ahora Jack iba a estrechar la relación con una mujer, si no aquella muchacha, indudablemente otra. Los únicos planes que Maggie tenía eran los de volver a la enseñanza en septiembre. En las últimas semanas había hablado de ello varias veces. No tenía nada más que hacer, ningún lugar al que quisiera ir ni nadie con quien deseara estar. Su soledad se había convertido en un capullo seguro y cómodo en el que ocultarse, como lo era el de Quinn. Pero Maggie pensaba que debía volver al trabajo.

El viernes siguiente, Quinn los sorprendió. El tiempo era todavía cálido, aunque no tanto como lo había sido la semana anterior, pero los días eran largos y soleados y el verano parecía hallarse a la vuelta de la esquina.

—¿Qué vais a hacer los dos mañana? —les preguntó en un tono inocente, pero él ya lo sabía. Lo había planeado, aunque la idea se le había ocurrido de improviso, cuando fue a mirar una regata de yates el miércoles por la noche desde el club náutico.

—Trabajar para ti —respondió Jack sin vacilar.

Aquella noche tenían una cita. Ya le había dicho a la mujer con la que salía que los viernes por la noche no estaba disponible. Decía que era una noche de póquer, para no tener que darle explicaciones sobre Quinn y Maggie y las lecciones de alfabetización. Ella no sabía nada de eso, y a él aún le habría azorado decírselo. Semanas atrás Maggie le había dicho que no era necesario que hablase de ello. No era asunto de nadie, aunque ella consideraba que aprender a leer era un gran logro por su parte, y le decía que debía sentirse orgulloso de sí mismo.

—He pensado que mañana trataré de arreglar el jardín —dijo Maggie con naturalidad.

Estaban cenando en la cocina de Quinn, como lo hacían casi siempre. Él era el mejor cocinero del grupo, y el que contaba con más material. Maggie casi nunca cocinaba, y se alimentaba de fruta y ensaladas. Cierta vez admitió a los dos que no había cocinado ni una sola vez desde la muerte de su hijo, y no quería hacerlo. La idea de cocinar para alguien le evocaba demasiados recuerdos de todo lo que había perdido y de lo que había sido su vida. Tanto ella como Jack preferían la cocina de Quinn, y de todos modos él aseguraba que le encantaba hacerlo.

—Tengo una idea mejor —replicó Quinn con una expresión misteriosa—.

Quiero que mañana, a las nueve en punto de la mañana, los dos estéis aquí y vestidos. Llevad calzado de deporte —añadió crípticamente, y Maggie se rió y enarcó una ceja.

Era una mujer encantadora, aunque Quinn no parecía notarlo. Se había convertido para él en una hermana menor, mientras que para Jack en una mayor. Sus lazos habían llegado a ser como los de una familia. Eso era lo que necesitaban, más que cualquier otra cosa.

—Si no te conociera, Quinn, pensaría que nos llevas a navegar.

Trataba de conjeturar lo que iban a hacer, y Quinn se echó a reír.

—Mi barco está en Holanda, demasiado lejos para ir a navegar. Venid con zapatillas de deporte y no hagáis demasiadas preguntas.

—¿Estás seguro de que no quieres que termine el trabajo con las barandillas del piso superior? —inquirió Jack, preocupado.

—Eso puede esperar —respondió Quinn. Parecía muy satisfecho de sí mismo, y Maggie estaba inquieta.

—Espero que no se trate de hacer una excursión a pie. Soy demasiado perezosa y no estoy precisamente en forma. Además, tiré mis botas el invierno pasado. Juré que no volvería a hacerlo.

—Lo único que has de hacer es confiar en mí —replicó Quinn con suavidad. Aquella noche ella le venció en la partida de dudo, y se fue a casa victoriosa, con tres dólares, para trabajar en la línea de asesoramiento hasta las tres de la madrugada.

A la mañana siguiente pulsó el timbre de la puerta de Quinn a las nueve en punto. Llevaba tejanos, un viejo suéter y un anorak. La mañana era fresca y soplaba una brisa, pero el sol brillaba. No había ni rastro de niebla en la bahía, y Quinn y Jack ya estaban tomando café. Cuando Quinn abrió la puerta, ella observó que llevaba tejanos, un grueso suéter, un pañuelo al cuello y zapatos.

—Dijiste zapatillas de deporte —le dijo ella en tono acusador, señalando los zapatos. Ella se había puesto unas zapatillas de lona de un rojo intenso, tal como él le había pedido, y un suéter rojo a juego, y los ojos le brillaban de ilusión—. Quiero saber adónde vamos.

—Todo a su debido tiempo, querida. No seas tan entrometida —le reconvinó Quinn. Habían llegado a tratarse como hermanos.

—Me siento como si me estuvieran raptando —dijo ella cuando se reunió con los dos hombres en la cocina y se sirvió una taza de café.

Gracias a sus reuniones los viernes por la noche, cada uno se sentía totalmente cómodo en compañía de los demás. Maggie nunca se molestaba en vestirse bien ni maquillarse cuando estaba con ellos. Su largo cabello, recogido en una trenza, estaba limpio y brillaba. A Quinn le gustaba que lo llevara suelto, pero nunca se lo había dicho. Y ahora, al mirarla, se preguntaba

qué aspecto tendría con los labios pintados. Tampoco se tomaba jamás la molestia de pintárselos. No trataba de atraer a ninguno de los dos. La seducción no figuraba ni siquiera remotamente en su orden del día.

Poco después subieron a la camioneta de Quinn, y Maggie comentó que era la primera vez que iban juntos a alguna parte. Los límites físicos de su relación en los últimos meses no habían pasado de la cocina de Quinn, y a ella le parecía que era divertido salir juntos, sobre todo bajo las misteriosas circunstancias que Quinn había creado. Él estaba de buen humor y parecía feliz y juguetón, mientras bajaba por Vallejo y giraba a la izquierda al llegar a Divisadero. Se dirigían al mar, y giraron de nuevo a la izquierda para avanzar por Marina Boulevard, a lo largo de la costa. Maggie se preguntó si iban a cruzar el puente Golden Gate e ir a algún lugar de Sausalito, pero entonces Quinn giró a la derecha y entró en los terrenos del Club de Yates Saint Francis. Tal vez, se dijo ella, iban a almorzar en la terraza del club y ver una regata, que sin duda era lo mejor después de navegar.

—Esto es divertido —comentó risueña, y Jack le sonrió. Estaba sentada al lado de Quinn, y Jack en el asiento trasero.

—Tengo una cita esta tarde a las siete —le recordó Jack a Quinn—. Será mejor que esté de vuelta a esa hora, o ella me matará.

—Estarás antes de vuelta, te lo prometo —le aseguró Quinn. Aparcó el coche y los dirigió al muelle, donde estaban atracados los barcos, y entonces Maggie lo vio y supo por instinto que había acertado.

Había allí un espléndido yate amarrado, mucho mayor que los que solía haber en el club de Yates. Era más pequeño que el que le estaban construyendo a Quinn, pero de todos modos medía treinta y seis metros de eslora y era una hermosura.

Quinn subió confiadamente a bordo por la pasarela y tendió una mano a sus dos compañeros.

—Vamos, subid. Es nuestro durante todo el día. No perdáis tiempo ahí con la boca abierta.

Jack estaba asombrado y Maggie extasiada mientras le seguían a bordo.

Les esperaba una tripulación de cuatro miembros. Era un velero muy bonito.

Tenía cuatro camarotes, una hermosa zona para comer en la cubierta y un

elegante puente de mando al que se accedía por una corta escala. El salón principal era lujoso y cómodo, con un comedor que podían utilizar de noche o cuando hacía mal tiempo. Se llamaba Molly B, el nombre de la hija del propietario. Este era un viejo amigo de Quinn, y acababa de traer del barco desde La Jolla para pasar el verano. Quinn lo había tomado en préstamo por un día, tanto para divertir a Maggie como para iniciar a Jack en la navegación.

Recorrieron el barco, y Jack examinó con detenimiento hasta los más pequeños detalles. Lo que más le impresionaba era la carpintería, mientras que Maggie estaba deseando que zarparan para navegar por la bahía. Al cabo de diez minutos estaban en marcha, y Quinn parecía tan feliz como ellos. Dividía su tiempo equitativamente entre sus dos amigos, y le divirtió ver que Jack charlaba con la camarera, que era una bonita joven de Inglaterra. La atención que le dedicaba dejó a Quinn tiempo para sentarse con el capitán y Maggie y hablar de navegación. Aquel día el viento era perfecto. Pasaron bajo el Golden Gate y se dirigieron a Farallones, y a ninguno de ellos le importó cuando el mar se picó un poco. A Quinn le alivió que Jack no se marease.

—Vaya sorpresa que nos has dado —le dijo Maggie, sentada en la cubierta a su lado, disfrutando del viento y el sol en el rostro. A pesar de que el viento era un poco fresco, la temperatura era bastante alta—. Qué agradable es lo que has hecho por nosotros —le dijo, agradecida.

Por la tarde, cuando regresaron a casa, se sentían felices y fatigados.

Quinn estaba contento porque a los dos les había gustado la salida y, durante el trayecto de regreso en coche, no habían dejado de referirse a lo estupendo que había sido. Lamentaban separarse, como habían lamentado abandonar el Molly B. Jack había dado efusivamente las gracias a todos los miembros de la tripulación y a Quinn. Maggie no sabía cómo empezar a agradecersele. Se ofreció prepararle la cena, pero él le dijo que tenía cosas que hacer. Todavía estaba batallando con asuntos legales tras la muerte de Jane. Parecía como si no fueran a resolverse jamás.

Jack los dejó para ir a su cita, y Maggie dio de nuevo las gracias a Quinn antes de volver a su casa. Con la trenza, los tejanos blancos, el suéter rojo y las zapatillas parecía una niña. Quinn sonrió, como lo había hecho durante todo el día, mientras la miraba. Era evidente que le encantaba navegar, pero ¿a quién no le encantaría con un barco tan lujoso como aquel? Ella ni siquiera

podía imaginar lo fabuloso que sería el barco que le estaban construyendo a su vecino en Holanda, y deseaba poder verlo, aunque él había dicho que no lo llevaría a San Francisco, excepto tal vez en algún momento, cuando navegara rumbo al Pacífico sur. Pero antes de eso quería navegar alrededor de África y Europa.

Quinn estaba sentado apaciblemente en la sala de estar, con una taza de té en la mano, leyendo una revista de navegación, cuando Maggie tocó el timbre. Aún vestía la ropa que se había puesto para la salida y tenía el pelo suelto. Parecía un tanto azorada.

—Perdona que te moleste —se disculpó—. Solo quería darte las gracias.

—Llevaba un gran cuenco cubierto y una barra de pan bajo el brazo. Le había preparado a Quinn su pasta favorita—. Te he traído esto. He pensado que tendrías hambre.

Él la tenía, en efecto, y había estado pensando en la cena, pero se sentía demasiado perezoso y relajado para prepararla, así que ella se la había hecho.

—No había pasado un día así desde que era niña —le dijo con entusiasmo—. Gracias, Quinn. Has hecho algo estupendo. No tenías por qué haberme llevado, pero me alegro de que lo hicieras.

Ambos sonrieron, recordando lo mucho que a Jack le había gustado.

Había sido una magnífica sesión introductoria a la navegación, y el hombre más joven se había comportado como pez en el agua. Ni siquiera le importó que el mar se picara, ni los movimientos del barco cuando daban bordadas o trasluchaban y la nave se escoraba. Todo eso había encantado a Maggie, y le había recordado los mejores días de su infancia.

—Eres una marinera muy eficiente —la alabó Quinn, mientras llevaba el cuenco de pasta a la cocina. Contenía tomates, albahaca, trozos de salchicha y setas frescas. Lo había preparado para él una vez en su casa, una noche de viernes en la que, excepcionalmente, se reunieron allí, y él le dijo que le había gustado mucho.

—Hoy no he tenido ocasión de hacer gran cosa —replicó ella con modestia, pero, a juzgar por lo que había dicho a la tripulación, él se daba cuenta de que, de haber tenido oportunidad, habría sabido qué hacer. Y tenía esa expresión de puro júbilo y de excitación que tienen los ávidos marineros siempre que se encuentran a bordo de un velero.

—Tendremos que hacer otra salida uno de estos días. Mis amigos han dejado el barco aquí, pero están en Europa.

La persona a la que pertenecía el barco era otra de sus relaciones comerciales. Alzó la tapa del recipiente, percibió el olor de la pasta y, mirando a Maggie con agradecimiento, la invitó a cenar con él. Ella se mostró azorada.

—No tenía intención de que me invitaras. Solo quería darte las gracias por un día tan encantador. He disfrutado de veras.

—Todos hemos disfrutado. ¿Por qué no compartimos la pasta y luego jugamos al dudo? Necesito el dinero —bromeó, y ella se echó a reír.

Maggie titubeó un momento, pero él insistió y finalmente ella accedió a quedarse. Quinn sacó dos platos, y se sentaron a la mesa de la cocina. Mientras él empezaba a comer, ella preparó una ensalada. En el transcurso de la cena hablaron de barcos y de navegación. Era fácil ver lo mucho que significaba para él. Se animaba cada vez que hablaba de barcos, más que de cualquier otra cosa, de negocios, amistades o viajes. Siempre que hablaba de Jane se ponía nostálgico, y tenso cuando mencionaba a Alex. Pero cuando hablaba de navegación, parecía relajarse, irradiaba felicidad y se volvía al instante muy comunicativo.

A ella le sorprendió la rapidez con que pasó la velada a su lado. Cuando terminaron de jugar a los dados, eran las diez de la noche, y él se sentía culpable de haberle impedido hacer lo que se hubiera propuesto aquella noche. Tras ayudarle a limpiarlo, ella tomó su cuenco de pasta, y él la acompañó a su casa.

—Gracias por un día extraordinario —le dijo ella, risueña.

—Gracias por la cena. Me debes diez dólares —le recordó. Aquella noche ella no había podido ganarle, pero no le importaba haber perdido. Había sido el mejor día que pasaba en varios años, con toda seguridad desde la muerte de Andrew, y mucho antes—. ¿Has de atender esta noche la línea de asesoramiento? —le preguntó, sintiéndose cómodo con ella.

Siempre se sentía así con aquella mujer que era medio hermana y medio amiga. Aquella noche, mientras hablaba de navegación con ella, había tomado una decisión. Esperaría a ver cómo salía, y se lo diría cuando volvieran a encontrarse, probablemente la semana siguiente, el viernes por la noche. No

solían encontrarse en la calle, puesto que ninguno de los dos salía mucho de casa. Jack era el mensajero, que enviaba a cada uno noticias y saludos del otro durante la semana, ya que los veía a los dos y trabajaba en ambas casas.

—Pasadas las doce estaré al teléfono —le dijo ella—. Hay un muchacho que me llama siempre que atiendo la línea. Es un chico encantador. Tiene catorce años, y hace uno que murió su madre. Ha pasado una época muy difícil.

Creo que empiezo a añorar la compañía de los niños.

Ya había decidido volver al trabajo en septiembre, y había conseguido recuperar su trabajo anterior, por lo menos durante tres meses, pues a la profesora que la había sustituido iban a darle permiso de maternidad. La dirección de la escuela le había prometido que luego tratarían de encontrarle otro puesto. Pero era un comienzo, y Quinn convino en que volver al trabajo sería saludable para ella.

—Que tengas buena suerte con el teléfono esta noche —le deseó con voz queda. Era fácil imaginar la habilidad que tenía en el trato con los adolescentes.

Era afectuosa, infundía confianza, y él se daba cuenta de que, desde que se conocían, su estado de ánimo había ido mejorando lentamente y volvía a ser la mujer que sin duda había sido. Aquellas reuniones nocturnas de los viernes los habían beneficiado a los tres, incluso a él.

—Gracias de nuevo, Quinn —le dijo, y entonces se volvió hacia él y, prescindiendo de toda cautela, le dio un abrazo.

Él pareció sorprendido mientras ella le sonreía, y un instante después entró en la vivienda, cerró la puerta y él regresó a su casa. Su cabello le había rozado la mejilla, y pudo notar el perfume que llevaba. Era un aroma fresco y etéreo que parecía característico de ella. Maggie era como un soplo de aire, una brisa veraniega que había pasado por su vida, llevándose consigo la tristeza que le había abrumado durante tanto tiempo. Y él había hecho lo mismo por ella. Se había convertido en el ancla a la que ella se aferraba cuando intentaba no ahogarse. En cuanto a Jack, era el pegamento que los mantenía unidos. Quinn estaba agradecido por haberlos conocido, y sabía que los echaría de menos cuando se marchara. Al cabo de cinco meses, cuando su barco estuviera terminado, cada uno seguiría su camino, pero confiaba en que

por entonces las cosas serían distintas y mejores que cuando se conocieron. Y la experiencia los habría enriquecido. La tormenta que se desató en Nochevieja y los reunió había resultado ser una bendición para todos ellos.

8

La siguiente vez que, como de costumbre, cenaron juntos un viernes por la noche, Quinn les dio la noticia. Había alquilado el Molly B para todo el verano, hasta septiembre, cuando se marcharía, y les invitó a acompañarle el siguiente fin de semana. Esta vez Jack no podría sumarse, pues había aceptado ir de excursión con su novia y unos amigos de esta, pero Maggie se mostró entusiasmada en extremo.

—¿Lo dices en serio, Quinn? No quiero ser una molestia ni un fastidio. No quiero entrometerme.

—Si no lo dijera en serio, no te lo ofrecería, Maggie. Parto mañana.

¿Quieres venir?

Con una tímida sonrisa, ella admitió que lo deseaba.

El día siguiente, sábado, era perfecto para navegar. Ella se reunió con Quinn en la entrada de su casa, vestida con un grueso suéter blanco, tejanos y las zapatillas rojo brillante, el atuendo con el que a él le daba la impresión de que era una niña. El día era fresco y soplaban un fuerte viento que imprimió velocidad a la nave en cuanto salieron del puerto. El mar estaba movido, y él se dio cuenta de que a ella le encantaba. La camarera se mareó, y uno de los marineros les preparó el almuerzo. Tomaron bocadillos y té, y comieron uno junto al otro, sentados en la cubierta. El sol se puso al atardecer. Cenaron a bordo, y cuando regresaron a casa se sintieron felices y relajados.

—Has sido muy amable al compartir el barco conmigo. No sé qué he hecho para merecer todo esto —le dijo Maggie con gratitud durante el trayecto.

Él había cambiado su vida con su amabilidad y generosidad, y ahora con sus aventuras en el Molly B. No sabía cómo agradecersele, y cuando se lo dijo así, él replicó que había disfrutado de su compañía y que al día siguiente volvería a navegar, y la invitó a acompañarle de nuevo—. Eso sería abusar demasiado, ¿no crees? —le preguntó sinceramente, y él se echó a reír. Últimamente su tono era más ligero y alegre. La amistad con Jack y Maggie había aligerado su carga.

Parecía más feliz y mucho menos sombrío.

—No es ningún abuso. Puedo navegar a solas siempre que lo desee. He pensado en navegar un par de días esta semana. Mañana no tengo necesidad de estar solo. ¿Por qué no te vienes?

Ella podía ver en sus ojos que lo decía en serio, y también gozaba de la compañía de Quinn, de modo que fue con él.

El tiempo era perfecto y soplabla una suave brisa. Echaron el ancla al abrigo de la isla del Angel y tomaron el sol en la cubierta. Quinn se había traído unos pantalones cortos y ella llevaba traje de baño. Aquella noche, cuando desembarcaron, ella tenía la sensación de que eran amigos desde siempre.

Durante el trayecto a casa, Quinn le habló de Jane, de los poemas que le había escrito, la mayor parte de los cuales él no había visto hasta después de su muerte.

Pero ahora, al hablar de ello, parecía más orgulloso que desolado. Estaba más equilibrado que nunca desde la desaparición de su mujer.

—Resulta sorprendente que creas conocer a alguien y entonces resulte que no es así —comentó pensativo, y Maggie, mirándolo, sonrió y dejó escapar un suspiro.

—También a mí me ocurrió eso con Charles, pero no de la manera positiva a la que te refieres. Después de que se marchara, me pregunté si había llegado a conocer al hombre con quien estuve casada dieciocho años. Es una curiosa sensación, y en este caso no precisamente agradable. Creo que empezó a odiarme después de la muerte de Andrew. Necesitaba culpar a alguien, así que me culpó a mí.

Maggie había sufrido el doble trauma de perderlos a los dos, y Quinn solo podía conjeturar cómo le había afectado. Lo había visto en sus ojos el día que se conocieron, pero los papeles del divorcio le habían llegado el día anterior. No fueron una sorpresa para ella, pero de todos modos debió de sentirse dolida, y él solo podía suponer hasta qué extremo. Su marido le había propinado el golpe definitivo, dejándola fuera de combate durante un tiempo, pero parecía estar recuperándose lentamente. La amistad de Quinn se había revelado una estupenda fuente de fortaleza y de paz para ella, lo mismo que la de Jack. Pero era Quinn quien, en ciertos aspectos, representaba el ancla del grupo. Jack era el vínculo común que compartían, y Maggie era la luz, la

alegría y la diversión para Quinn, mucho más de lo que ella suponía o sabía. Él gozaba de su carácter risueño, su energía, su humor seco y, de vez en cuando, sus muestras de intuición e ingenio. Pero, por encima de todo, él apreciaba su ternura y su talante solidario, que compartía con él y con Jack. Representaba el toque maternal que tanto él como Jack necesitaban y a veces anhelaban, sin saberlo siquiera. Era la Wendy de Peter Pan para los dos muchachos perdidos que eran cuando los conoció. Y ahora todos se estaban volviendo más fuertes.

Jack informó a Maggie de que Quinn había salido a navegar aquella semana y de que había recorrido la costa durante un par de días. Regresó a casa el viernes por la mañana, y la noche de ese día, cuando se reunieron, estaba muy animado. Les habló de su periplo y de cómo iban los trabajos de su barco en Holanda. Todo se estaba desarrollando de acuerdo con los planes, y Maggie se alegró por él, aunque empezaba a temer lo que sentiría cuando él se marchara para siempre. Continuaría la relación con Jack, pero este y la mujer a la que había conocido parecían ir en serio, y ella sabía que llegaría un momento en que él no tendría espacio para ella en su vida y no la necesitaría. Finalmente, cada uno por su lado, todos tendrían que ir al encuentro de su destino. Pero de momento, tal como estaban las cosas era muy agradable.

Aquel fin de semana Maggie navegó de nuevo con Quinn en el Molly B, y la noche del sábado, cuando él la acompañó a casa, la invitó a la salida que haría aquella semana. Habían empezado a mostrar la casa a posibles clientes y él no quería estar presente. Era difícil creer que ya estaban a comienzos de mayo. Ella no tenía nada más que hacer, de modo que aceptó. Le dijo que se estaba convirtiendo en una trotamundos marinera, y que le encantaba.

La tripulación los dejaba solos casi todo el tiempo, excepto cuando Quinn y Maggie querían charlar con ellos. Y después de comer, cuando navegaban apaciblemente a lo largo de la costa, ella se tendió en la cubierta cerca de Quinn y se quedó dormida, y al despertarse vio que él estaba tendido junto a ella, profundamente dormido. Lo miró sonriente, pensando que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había yacido al lado de un hombre, aunque fuese un amigo.

—¿Por qué sonríes? —inquirió él. Su voz era un murmullo bajo y suave mientras ella lo miraba.

—¿Cómo sabes que estoy sonriendo? Tienes los ojos cerrados.

Deseaba acurrucarse contra él, pero no quería que la considerase extraña.

Tan solo ansiaba contacto y afecto humanos. Hacía mucho tiempo que no los tenía. La proximidad de Quinn se los recordaba, y era muy agradable.

—Lo sé todo —le dijo él prudentemente, mientras abría los ojos y la miraba. Estaban cerca de la proa del barco, sobre unas cómodas colchonetas, bajo el sol. La tripulación estaba en el puente superior y la cubierta de popa, y era agradable estar solos—. ¿En qué pensabas cuando sonreías? —le preguntó, volviéndose hacia ella, y la miró con la cabeza apoyada en un brazo. Era casi como si estuviera acostado en la cama a su lado, pero los dos vestidos.

—Sonreía porque has sido tan amable conmigo... Y me encanta estar aquí contigo, Quinn. Te echaré de menos el próximo invierno, cuando te hayas ido.

—Por entonces estarás ocupada, habrás vuelto a la enseñanza. —Se interrumpió un momento y la miró, y entonces habló con voz muy queda, en aquel lugar donde estaban a resguardo del viento, bajo las velas. Era el sitio ideal—. También yo te echaré de menos —le dijo sinceramente, y se sorprendió a sí mismo al constatar que lo decía en serio.

—¿No te sentirás muy solo siempre en medio del mar? —le preguntó ella, mientras se acercaba a él de una manera imperceptible. Ninguno de los dos se dio cuenta de ello. Tan solo parecía facilitar la conversación.

—Es lo que necesito —replicó Quinn en voz baja—. Aquí estoy fuera de lugar. Mis raíces han desaparecido... como los árboles de tu jardín que cayeron el invierno pasado... He caído, y la corriente me arrastra al mar.

Estas palabras entristecieron a Maggie. Quería tenderle la mano, pero no estaba segura de que eso surtiera en él algún efecto. No podía retenerlo, y en cualquier caso no tenía derecho a hacerlo. Todo lo que podía hacer era despedirle y desearle lo mejor en sus viajes. El tiempo que pasarían juntos era limitado y estaba destinado a terminar pronto.

—También era así cuando estaba casado —siguió diciendo Quinn—. Iba y venía continuamente, pero nunca tenía la sensación de pertenecer a ninguna parte. Siempre quería ser libre. Mi familia pagaba un alto precio por ello, pero no podría haber actuado de otra manera. Creo que Jane lo comprendía, pero debió de herirla terriblemente. —Ese había sido el tema de la mayor

parte de sus poemas, el de dejarle marcharse y saber que necesitaba la libertad más que a ella—. Siempre me sentía desgraciado cuando pensaba que me tenían atado.

—¿Y si no tuvieras ataduras? —le preguntó ella en un tono suave.

—Navegaría y probablemente acabaría por volver, como una botella en el océano con un mensaje en su interior —respondió él, sonriéndole. Notaba de nuevo su perfume, y el calor de su cuerpo junto a él.

—¿Cuál sería el mensaje? —inquirió en voz baja, y él, sin pensarlo, la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí, mientras yacían boca arriba, contemplando el cielo y las velas por encima de ellos. No había ningún otro lugar de la tierra donde cualquiera de los dos deseara encontrarse, y ninguna otra persona con la que hubieran querido estar. Él se sentía completamente satisfecho tendido a su lado, y no se había sentido así en muchos años, lo mismo que ella.

—El mensaje sería... —dijo pensativo, sopesando las palabras—, no podría ser otro más que estoy... aunque quisiera... el mensaje sería que te quiero, pero he de ser libre... de lo contrario, me moriré... como un pez fuera del agua, boqueando porque le falta aire... Necesito el océano y el cielo, y la bella línea del horizonte sin nada más en ella que el sol que se hunde... Eso es todo lo que quiero ahora, Maggie... el espacio ancho, abierto, vacío. Tal vez es todo lo que siempre he querido, pero antes no era tan sincero conmigo mismo. Ahora tengo que serlo. —Y entonces miró a la mujer que tenía la cabeza apoyada en su hombro, y sonrió—. ¿Has visto alguna vez el destello verde cuando el sol se pone? Sucede en un instante, y has de estar mirando en el momento preciso. Es el momento más perfecto de toda puesta de sol, y si parpadeas te lo pierdes...

Eso es todo lo que deseo ahora... ese instante perfecto, el destello verde cuando el sol se pone y llega la noche... he de seguirlo adondequiera que me lleve...

—Tal vez el destello verde que estás buscando esté dentro de ti. Tal vez no necesites irte tan lejos como crees.

Sabía que aún huía de, tanto como huía hacia, pero solo él mismo podía descubrirlo.

Ella había librado sus propias batallas interiores por Andrew, y tanto si

había podido cambiar las cosas, como si no, o impedir que el muchacho hiciera lo que hizo, o salvarlo, o ser responsable de su muerte, como Charles le había dicho. Finalmente había llegado el momento en que sabía con toda certeza que ella no podía haber hecho nada. En su caso, la verdad había llegado en un millar de momentos brevísimos, como las esquirlas que formaran una ventana a través de la que por fin pudiera mirar. Llegó a hablar con otros como él, por teléfono, a altas horas de la noche, y en largas noches de introspección. Llegó en momentos de plegaria y noches de amargas lágrimas, pero al final lo que había visto, cuando miraba en su interior, le había aportado la paz. No habría podido salvarlo, no habría podido cambiar el curso de los acontecimientos. Todo lo que podía hacer era aceptar el hecho de que su hijo había desaparecido por voluntad propia. Lo único que podía hacer era aceptarlo, rendirse, y amar a alguien lo suficiente para que pudiera ser siempre así. Ese había sido el destello verde para ella, y confiaba en que algún día Quinn lo encontrara también. Aún estaba atormentado por lo que no había hecho, lo que no había sido y lo que no había podido hacer, y hasta que se rindiera y lo aceptara y supiera que no podría haber cambiado nada, ni siquiera a sí mismo, tendría que huir. Permaneciendo inmóvil era como uno encontraba la verdad, no huyendo, pero era imposible explicarle eso a nadie. Tenía que encontrar las respuestas por sí mismo, adondequiera que tuviese que ir para encontrarlas, y hasta entonces nunca sería libre, al margen de adónde fuera en busca de la libertad.

Entonces, pensando en todo lo que aquel hombre había hecho por ella, llena de sentimiento y gratitud, volvió la cara hacia él y lo miró. Y él se inclinó hacia ella y la besó, y permanecieron abrazados durante un instante interminable con los ojos cerrados, sintiendo su propio destello verde. Fue un momento en el que dos mundos se aproximaban suavemente y se fusionaban, y ninguno de ellos quería que el momento terminase. Transcurrió largo tiempo antes de que él abriera los ojos y la mirase. La quería, pero tenía que ser sincero con ella, o todo lo que compartían los dañaría a los dos.

—No tengo ni idea de qué significa esto —dijo suavemente, y Maggie asintió. Durante los meses de su amistad, ella había llegado a comprender quién era Quinn—. Soy un hombre sin pasado ni futuro, todo lo que puedo darte es el presente. Mi pasado es indigno, mi futuro todavía no existe, y

probablemente nunca existirá, no sin ti. Todo lo que puedo darte es este momento, ahora mismo, antes de que me marche. ¿Es suficiente para ti, Maggie?

Quería que fuese así, pero temía que no lo fuera. Mientras la miraba, recordó la época en que Jane lo miraba con tanta decepción y tanto dolor.

Ahora sabía que, por mucho que la hubiera amado, ella había necesitado de él más de lo que él podía darle, y no quería volver a hacer lo mismo a nadie. Pero aquella mujer era diferente, y tal vez durante una hora o un momento de aquellos escasos meses antes de que se marchara, podrían compartir lo poco que le quedaba para dar. Ella no quería más que eso de él.

—Es suficiente, Quinn... Estoy en el mismo barco que tú.

El pasado era demasiado doloroso, el futuro era inseguro, todo lo que tenían era el momento presente y lo que les trajera, fuera lo que fuese. Habían aprendido sus lecciones por separado y con sufrimiento, y ninguno de ellos quería infligir o recibir más dolor del que ya habían soportado y con el que habían tropezado.

—Me marcho en septiembre, sin que importe lo que ocurra entre nosotros. ¿Comprendes eso?

Su voz era firme, y ella asintió de nuevo, con una expresión serena.

—Lo sé —susurró, y se dijo que, pasara lo que pasase, por mucho que llegara a amarlo, si ocurría tal cosa tendría que dejarle marchar. Era la única manera de amarlo. Amarlo significaba no retenerlo nunca, así como permitir que se fuera, y lo sabía en lo más profundo de su ser.

Entonces él pareció relajarse, y la atrajo más hacia sí. Yacieron uno al lado del otro, contemplando las velas, sin decir nada. No tenían nada que decirse. Los dos se sentían colmados. Lo único que necesitaban era yacer juntos, mirando arriba, al cielo abierto, por encima de las velas.

9

Cuando el trío volvió a reunirse la noche del viernes, Jack percibió algo diferente entre ellos, pero no podía imaginar qué era. Quinn parecía más feliz y más relajado de lo que había estado en varios meses. Y cuando Maggie se reunió con ellos para cenar, llevaba el largo y oscuro cabello suelto en la espalda. La noche anterior habían pasado la noche juntos en el Molly B. Ninguno de ellos estaba agobiado por cualesquiera obligaciones, y podían disponer de su vida y su tiempo, un tiempo que cada vez más pasaban juntos en el barco.

Como era habitual cuando jugaban a los dados, Quinn ganaba casi siempre. Jack se quedó hasta casi la medianoche, y Maggie insistió en marcharse cuando él lo hiciera. A la mañana siguiente, ella y Quinn se dirigieron al barco.

Nunca habían pasado la noche en la casa de uno u otro de ellos. A Quinn le apuraba mucho dormir con Maggie en la cama que compartiera con Jane, por lo que no lo hacían. Pero el Molly B les proporcionaba un terreno neutral, y habían empezado a sentirse allí a sus anchas. A los dos les sorprendía su pasión compartida. Quinn no se había sentido así desde hacía años, y, aunque no se lo habría dicho a ella, con Maggie tenía la sensación de que había recuperado la juventud. Maggie había encontrado en él algo que nunca había conocido hasta entonces. Por encima de todo, la pasión y el amor que compartían les había aportado paz. Era una unión que inundaba de serenidad sus almas. Ninguno de los dos habría estado preparado para ella unos años atrás, pero su relación se había producido en un momento en que restañaba las heridas de ambos.

Al cabo de un mes Jack los vio uno junto al otro preparando la cena, y finalmente comprendió qué ocurría. No podía imaginar por qué no había pensado antes en ello. Pasaron varios días antes de que tuviera el valor de mencionárselo a Quinn.

—¿Me he perdido algo? —le preguntó, sonriendo con timidez, no del todo seguro de cómo debía preguntarle lo que deseaba saber. Quinn era, como siempre, el veterano estadista del grupo, pero captó enseguida lo que

pretendía.

—¿Qué crees que te has perdido? —le preguntó sonriente al hombre más joven. Jack leía como si lo hubiera hecho toda su vida, y Quinn estaba orgulloso de él.

—¿Tú y Maggie? ¿Es lo que pienso?

—Podría serlo. —Quinn le sonrió y le ofreció una copa de vino.

Acababan de concluir la lección, y todo lo que Quinn hacía ahora era pulir la gema en que Jack se había convertido. Estaban leyendo a Robert Frost, Shakespeare y todos los poetas a los que Jane había amado y Jack ansiado leer —. No sé qué es —le dijo con sinceridad—. Sea lo que sea, a los dos nos hace felices, y eso nos basta.

Le encantaba la manera en que ella lo comprendía instintivamente, la manera en que le dejaba ser quien era, pero, al mismo tiempo, se respetaba a sí misma. Dejarle ser quien era no suponía para ella el sacrificio que había significado para Jane, por lo que no tenía necesidad de sentirse culpable. Y como era tanto lo que había perdido en la vida, Maggie esperaba menos de él. Era tierna y amorosa y, a la vez, independiente. Lo amaba, y lo hacía con los brazos abiertos, que era exactamente lo que Quinn deseaba de ella. No quería herir ni decepcionar a nadie nunca más, como lo hizo con Jane.

—¿Estás enamorado de ella? —le preguntó Jack, muy interesado, pues eso era lo que les deseaba a los dos. Había reparado en lo feliz que Maggie parecía últimamente. O bien cantaba en el jardín, o bien lo hacía alegremente en casa.

Durante el pasado mes había florecido como una flor al sol.

—Ya no estoy seguro de lo que significa esa palabra —respondió Quinn, pensando en ello mientras miraba a Jack. Casi se había convertido en un hijo para él—. El amor es una palabra que atraviesa el corazón del hombre como un dardo envenenado, y entonces gira y envenena a alguien más. No quiero hacerle eso nunca más a nadie.

Durante el año en que estuvo ausente había comprendido del todo lo mucho que había herido a Jane. Ella lo perdonó, pero él no se perdonaría jamás a sí mismo. Y no quería volver a causarle a nadie semejante dolor.

—En nombre del amor se cometen delitos atroces, como guerras santas.

No hay nada peor.

—No seas tan duro contigo mismo —le aconsejó juiciosamente Jack.
Sabía quién era Quinn.

—Tengo que serlo, Jack. De lo contrario, seré duro con otra persona. No puedo volver a hacer eso, y mucho menos a Maggie. Ya ha sufrido bastante en la vida.

La amaba, pero la última persona a la que se lo admitiría sería a sí mismo.

—¿La llevarás contigo en septiembre? —le preguntó Jack con interés. La noticia le satisfacía. Pensaba que se necesitaban mutuamente y que ambos eran merecedores de felicidad, más que la mayoría de la gente que conocía. Y los quería a los dos.

—No, no lo haré —respondió Quinn sin vacilar. Estaba seguro de ello, y se lo había dicho a ella desde el principio. Ella lo comprendía—. Esto es temporal. Ninguno de los dos pide más que eso. Aquí no hay ningún futuro.

Estas palabras entristecieron a Jack, pero confió en que los dos llegaran a cambiar de idea. Y al día siguiente mencionó discretamente a Maggie que le alegraba lo que estaba ocurriendo con Quinn. Ella sonrió, besó a Jack en la mejilla y no dijo nada más. Pero se alegraba de que él lo supiera. Había querido darle ella misma la noticia, pero no encontró la manera de hacerlo. No deseaba ser indiscreta acerca de su relación con Quinn.

A la semana siguiente tenía lugar el aniversario de la muerte de Jane, que era una fecha difícil para él. Maggie ya había pasado por el de Andrew y sabía lo duro que era ese día. Y el Día de la Madre, ahora que había perdido a su único hijo, era incluso peor. Maggie dejó solo a Quinn la mañana del aniversario, y por la tarde salieron a dar un paseo. Luego pasó la noche a solas en el barco.

Cuando regresó, a la mañana siguiente, parecía sentirse mejor.

Un día después del aniversario, como si la mano del destino volviera a inmiscuirse en su vida, Quinn vendió su casa. Obtuvo por ella el precio que deseaba, los nuevos dueños se trasladarían desde el este en otoño, y convinieron en esperar hasta el primero de octubre, lo cual a él le iba de perlas. Esta circunstancia hizo enfrentarse a Maggie a la realidad de su partida, pero él sabía que, en cualquier caso, ella lo había aceptado sin reservas, o por lo menos eso decía.

A finales de junio, Quinn la invitó a viajar a Holanda con él, para ver el

barco. Él había estado allí tres o cuatro veces aquella primavera, a fin de examinar los progresos de la construcción, pero esta vez quería enseñárselo a ella. Le dio el pasaje de avión como un regalo. Ella titubeó antes de aceptarlo, pero era caro para sus posibilidades, y Quinn lo sabía. Insistió en que le permitiera invitarla, y se emocionó mucho cuando partieron. Volaron a Londres de noche, y desde allí lo hicieron a Amsterdam. Él había reservado una hermosa suite en el Amstel, y ella se sentía como si hubiera muerto y estuviera en el cielo.

Estaba deseando ver el barco. Tras haber examinado los planos con él durante meses, quería verlo en la realidad, y a él le emocionaba enseñárselo. Era como si la llevara a su nuevo hogar.

Durmieron unas horas en el Amstel y luego, después de comer, fueron al astillero. El día en Amsterdam era hermoso y soleado, algo que, como Quinn sabía, era allí infrecuente. Y en el momento en que vio el barco, Maggie contuvo la respiración. Permaneció unos minutos sin hablar, y entonces las lágrimas afloraron a sus ojos. Nunca había visto nada tan hermoso en toda su vida, y la emocionaba que él lo hubiera compartido con ella.

—Dios mío, Quinn, es increíble.

Visto desde donde estaba, alzado en el dique seco, a Maggie le parecía más un transatlántico que un velero. El barco que estaban construyendo a Quinn era enorme. Subieron en ascensores hidráulicos para acceder a bordo, y a Maggie le sorprendió lo muy avanzados que estaban los trabajos en el interior, y le recordaron una vez más lo poco que faltaba para que Quinn se marchara. Pero ahora no pensaba en eso, y compartía con él la satisfacción de examinar el barco con él. Maggie experimentaba un placer auténtico y puro al verle tan contento, y una enorme admiración hacia él. Era una gran empresa, y le encantaba que él la hubiera emprendido.

Pasaron la tarde en el astillero con Tem Hakker y sus hijos, y Quinn estudió con ellos más diseños. Esperaban ilusionados sus visitas para caminar con él alrededor del barco y sugerirle mejoras en los planos más recientes.

Aquella noche Quinn y Maggie cenaron en el hotel, y a primera hora de la mañana regresaron al astillero. Ella se levantó al mismo tiempo que él, y durante el trayecto hasta el astillero contempló con placer el paisaje urbano.

Estaba inmensamente agradecida de que Quinn la hubiera invitado a

acompañarlo. Sabía que esa era la manera que él tenía de demostrarle cuánto significaba para él. Su emoción era evidente mientras recorría de nuevo el barco con los Hakker. Maggie le seguía en silencio, escuchando sus sugerencias y las de Quinn. Y le asombraba una vez más el volumen del trabajo que habían hecho.

El salón principal estaba forrado de madera, lo mismo que los camarotes.

El de Quinn le pareció a Maggie palaciego, y los baños eran del mejor mármol italiano. Las cubiertas, por supuesto, eran de madera de teca. Todavía estaban trabajando en la superestructura. Pintarían el casco de color azul oscuro, y la superestructura era plateada. Quinn había pensado en un centenar de nombres para la nave, y se decidió por *Vol de nuit*, tomado de un libro de Antoine de Saint-Exupéry que a Quinn le gustaba desde su juventud. Significaba vuelo nocturno, y era apropiado al barco de elegantes líneas y el fin para el que su dueño lo quería. Maggie podía imaginarlo fácilmente navegando por la noche de un lugar exótico a otro, entregado a sus aventuras solitarias, como un piloto en un cielo nocturno, bajo las estrellas, sintiéndose unido a su Creador. Incluso el color del barco recordaba un cielo nocturno con las estrellas plateadas. El nombre de la embarcación había estado pendiente durante largo tiempo. Y por la tarde, cuando la pareja se marchó, todas las preguntas más apremiantes de los Hakker habían sido respondidas.

Al anoecer recogieron el equipaje en el hotel y fueron al aeropuerto, adonde llegaron justo a tiempo de tomar el avión de París. Habían hablado de pasar un día en París, pero decidieron que no lo harían. Maggie se daba por satisfecha con haber visto el barco, que era el motivo del viaje. Pasaron una hora en el aeropuerto Charles de Gaulle, y entonces tomaron un vuelo nocturno a San Francisco. Debido a la diferencia horaria, llegarían a su destino a medianoche. El viaje había sido breve, pero significativo para los dos. Cuando se acomodaron de nuevo en sus asientos, ella lo miró con una larga y lenta sonrisa de gratitud y lo besó.

—¿A qué viene esto? —le preguntó él, complacido. Ella había sido una excelente compañera de viaje.

—Es por haberme llevado a ver a tu criatura —contestó ella feliz—. Es incluso más hermosa de lo que había pensado.

Incluso había visto muestras de la cama y los manteles de mesa, la vajilla,

la cristalería y la porcelana. Todo lo que él había elegido para el barco era exquisito. Era una embarcación mucho más espectacular de lo que habría sido si la hubieran completado para Bob Ramsay. El gusto y el tino de Quinn eran absolutamente impecables.

—Gracias por haberme acompañado —replicó Quinn gentilmente, mientras se acomodaba en su asiento, satisfecho, al lado de Maggie.

Le había encantado mostrarle el barco. Nunca había conocido otra mujer con una pasión similar por los veleros. E incluso él mismo tenía que admitir que aquel era especial. No había otra embarcación igual. Significaba mucho para él que Maggie lo entendiera así. El Vol de nuit iba a ser un yate que nadie olvidaría una vez lo hubiera visto. A él le habría gustado compartirlo con Jane, pero en el fondo de su corazón sabía que ella no lo habría apreciado ni disfrutado tanto como Maggie; a ella los veleros nunca le habían apasionado. De hecho, él sabía que, si ella hubiera vivido, no habría comprado aquel barco. En particular, después de la pérdida de Doug, Jane no había querido saber nada de los veleros.

Pero incluso antes de la desgracia no le habían agradado. El gusto por navegar era algo innato, casi nunca una pasión adquirida. Y, como le sucedía a Quinn, el amor por los barcos corría por las venas de Maggie.

Cada uno seleccionó una película para verla en la pantalla individual, y pidieron la cena. Charlaron en voz baja acerca de los detalles del barco mientras comían, y luego Maggie echó su asiento atrás y miró la película hasta que se durmió. Quinn volvió la cabeza, la vio dormida a su lado y, con una sonrisa, la cubrió cuidadosamente con la manta. Había sido un viaje relámpago, durante el que Quinn había conseguido mucho, pero, sobre todo, había llegado a conocer a Maggie todavía más. No solo su amor por los barcos o su comprensión de los más nimios detalles del proyecto: lo que había descubierto era mucho más importante y profundo. Había descubierto la verdadera generosidad de su espíritu, al ser capaz de alegrarse por él y de celebrar su logro, cuando sabía muy bien que el barco que había visto acabaría por apartarlo de ella. Había contemplado directamente a su rival, lo había saludado y admirado, y estaba dispuesta a apartarse con discreción cuando él la dejara. Eso era algo que Quinn no había encontrado jamás en ninguna mujer, ni siquiera en Jane, y le hizo comprender que amaba a Maggie.

10

El avión procedente de París llegó a San Francisco con cierto retraso, a la una de la madrugada. Maggie había dormido durante casi la mayor parte de la noche, y estaba descansada cuando Quinn se despertó, poco antes de aterrizar.

Él había cumplimentado la tarjeta de declaración de aduana de ella y se la dio, mientras ella le sonreía soñolienta. Lamentaba estar de nuevo en casa, y se decía que ojalá hubieran pasado la noche en París. Ahora el viaje le parecía como un sueño, pero también sabía que Quinn estaba ocupado. Tenía mucho que hacer antes de marcharse, y quería ultimar los trámites legales de las propiedades de Jane antes de septiembre, una tarea que, como Maggie sabía, no era pequeña.

Así pues, se adaptó a la agenda de Quinn, dándose por satisfecha con que él la hubiera llevado a ver su velero.

Dado lo tardío de la hora pasaron por la aduana con rapidez y tomaron un taxi hasta la ciudad. A mitad del trayecto él la miró. No tenían ningún motivo para ir a casa aquella noche, y de repente él no quiso ir. Le gustaba dormir junto a ella, y aún era reacio a pasar la noche con Maggie en cualquiera de sus casas.

La suya parecía aún la casa de Jane, y se daba cuenta de que lo sería hasta que se marchara de allí.

—¿Te gustaría dormir esta noche en el Molly B? —le preguntó sonriente mientras la rodeaba con un brazo, y ella asintió.

Tampoco Maggie quería dormir sola aquella noche. Estaba cada vez más acostumbrada a él, y le echaba de menos las noches que no pasaban juntos. Pero también era consciente de que finalmente debería acostumbrarse a la soledad.

Por mucho que le gustara dormir con Quinn, estar a su lado y hacer el amor con él, no tardaría mucho en marcharse.

—Me encantaría —respondió entusiasmada. Sabía que el recuerdo de los meses que pasaban juntos en el Molly B sería imborrable.

—Podemos navegar por la mañana. No tengo que ver a mi abogado hasta las cuatro y media.

El barco estaba bien amarrado cuando llegaron, pero Quinn tenía las llaves de las puertas y la alarma. La tripulación se encontraba a bordo, pero sin duda dormían. El primer oficial estaba de guardia cuando llegaron, y llevó el equipaje al camarote de Quinn. Les ofreció algo de comer, pero ninguno de los dos tenía apetito.

Se dieron una ducha y, en cuanto se acostaron, Maggie se acurrucó contra él y Quinn la rodeó con un brazo.

—Gracias por un viaje tan maravilloso —le susurró ella—. Creo que tú y el Vol de nuit vais a ser muy felices juntos.

Quinn deseaba decirle cuánto significaba para él la generosidad de su espíritu, pero por alguna razón no lo hizo. No sabía qué decirle. Estaba enamorado de ella, pero eso no cambiaba nada, y no quería alimentar falsas esperanzas o ilusiones. Temía que si le manifestaba sus sentimientos ella pensaría que podría quedarse o volver a su lado, y él sabía que eso no era posible. Era como si de alguna manera tuviese una deuda con Jane que le hacía estar solo y aventurarse a sus viajes en solitario. Después de todo lo que había hecho y lo que había dejado de hacer en su vida, sabía que no era merecedor de pasar con Maggie los años que le quedarán. Ella era lo bastante joven para encontrar a otro, vivir plenamente y olvidarle.

Nunca se lo había dicho, pero le preocupaba tener veinte años más que ella. Podría ser su hija, lo cual le parecía ridículo. No notaba la diferencia de edad, pero había tenido su vida, sus hijos, su profesión, su matrimonio, y le parecía que ahora debía expiar sus pecados. Unirse a una mujer que tenía dos tercios de su edad y llevarla con él alrededor del mundo le parecía tan egoísta como lo que había hecho a Jane, y como la vida egocéntrica que había llevado y que Alex no estaba dispuesta a perdonarle. Sabía que estaba haciendo lo correcto al dejar libre a Maggie cuando él se marchara. No dejaba de pensar en ella, se sentía feliz a su lado, pero no le decía nada en aquel sentido.

A la mañana siguiente, cuando ella se despertó, Quinn ya se había levantado y estaba vestido. Habían salido del puerto a las ocho de la mañana, y el Molly B ya navegaba. Era un brillante día de junio, y al levantarse Maggie pensó con asombro que la mañana anterior había estado en Amsterdam. Sonrió para sí misma, pensando en ello, como si fuera un delicioso sueño, y, con una bata sobre la camisa de dormir, fue a reunirse con Quinn en la cubierta.

—Cielos, ¿qué hora es? ¿Dónde estoy? —le preguntó mientras lo miraba con los ojos entrecerrados para protegerlos del sol.

El cabello revuelto le caía en cascada por la espalda, tal como a él le gustaba. Apenas parecía mayor que su hija, y no solía parecerlo. Solo había ocho años de diferencia entre Maggie y Alex, pero Maggie parecía toda una generación mayor. Había sufrido mucho a lo largo de su vida y sobre todo en los últimos años, y por ello era más madura, mucho más juiciosa y más sensible que su hija.

—Son las diez. Estamos en la bahía de San Francisco, ahí delante tienes el Golden Gate, y yo soy Quinn Thompson —replicó él en broma.

—Hola. Soy Maggie Dartman —dijo ella, siguiéndole el juego—. ¿No nos hemos conocido en Amsterdam? Eres el propietario de ese fabuloso yate, el Vol de nuit... ¿o acaso estaba soñando?

Ahora todo aquello parecía un sueño, pero no lo era.

—Debes de haber estado soñando —le aseguró él.

La camarera preguntó a Maggie qué deseaba para desayunar, y ella sonrió, pensando que se estaba acostumbrando mal. Se volvió hacia Quinn:

—Y pensar que solía desayunar esos bizcochos rellenos de crema que, según dicen, nunca se estropean y salchichas sobrantes del día anterior...

—No me invites nunca a desayunar —sonrió él a su vez—. Seguiré conformándome con la cena.

—Sabia decisión —dijo ella, mientras la camarera le ofrecía un capuccino tal como a ella le gustaba.

La tripulación del Molly B era magnífica. Iba a resultarle duro acostumbrarse de nuevo a la vida real, cuando Quinn se hubiera ido. Por el hombre, claro, no por el desayuno.

Quinn ya había empezado a contratar a su tripulación para el Vol de nuit.

Uno de los marineros era italiano, otros dos franceses y los restantes siete miembros británicos. Había contratado al capitán del Victory de John Barclay, de quien recibió una carta en abril en la que le preguntaba si podría haber un puesto para él. Había seguido con interés los avances del Vol de nuit. Quinn le había enviado un fax ofreciéndole el puesto de capitán, y a continuación hablaron por teléfono. El hombre se llamaba Sean Mackenzie, y llegaría a Amsterdam con el resto de la tripulación en septiembre, cuando tuvieran lugar

las pruebas con el barco. Hasta entonces, los trabajos proseguían de acuerdo con los plazos acordados.

Maggie se sentó junto a Quinn, al timón del Molly B, durante el resto de la travesía, y regresaron a puerto a las tres de la tarde, a tiempo para que Quinn se reuniera con su abogado. Antes de desembarcar, decidieron pasar a bordo aquella noche. Tanto el barco como el hombre se estaban convirtiendo en un peligroso hábito para Maggie. Cuanto más tiempo pasara con él, tanto más duro sería verlo marcharse a comienzos de octubre. Tras haber efectuado las pruebas de navegación del nuevo barco, regresaría una última vez a San Francisco, y entonces todo habría terminado. Eso ella lo sabía perfectamente bien, pero no se permitía pensar en ello, le había prometido que, cuando se marchara, lo dejaría irse sin un murmullo, y ella tenía la firme intención de mantener su promesa, por muy duro que le resultara o por muy dolorosa que fuera su ausencia. Él era un regalo que había aparecido inesperadamente en su vida y cuando se quedara sin el regalo, como sabía que iba a ocurrir, lo aceptaría con dignidad y elegancia.

Eso era todo lo que Quinn le había pedido, y ella se lo debía, o por lo menos así lo creía. Perder a los seres amados, dejar que salieran de su vida, por mucho que le costara, parecía ser su destino.

—¿Estás bien? —le preguntó Quinn en voz baja, en el coche conducido por un miembro de la tripulación que los llevaba a casa, y ella asintió—. Estás muy callada.

Él había percibido algo en su silencio, y no se equivocaba, pero ella no tenía intención de decirle qué pensaba acerca de su partida.

—Es solo el desfase horario —replicó ella, sonriente—. ¿Y tú?

—Estoy bien. —Aún estaba entusiasmado tras su visita al Vol de nuit, y vigorizado por ella—. Ojalá no tuviera que reunirme con el abogado. Estaré de vuelta hacia las siete.

Habían dejado las maletas en el barco, por lo que ella no tenía que deshacer el equipaje ni nada en que ocuparse hasta que él regresara en su busca.

Ahora su vida era muy sencilla, aunque sabía que estaría más ocupada a partir de septiembre, cuando volviera a la enseñanza. Reanudaría su trabajo más o menos por la misma época en que él partiera para realizar las pruebas

de navegación.

Jack estaba en la casa terminando unas reparaciones en la cocina cuando Quinn entró, y lo miró con una expresión de pesadumbre.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Quinn, con el ceño fruncido, preocupado.

Jack sacudió la cabeza. Su aspecto era terrible.

—Acabo de terminar.

—¿Qué es lo que has terminado? —inquirió Quinn, y buscó el maletín que contenía los documentos legales.

—Todo —respondió Jack. Quinn se detuvo y lo miró.

—¿Todo?

Habían prolongado las obras el máximo posible. Jack había trabajado allí seis meses, y no solo la casa estaba impecable en todos los detalles, sino que él se había convertido en un lector competente.

—Está todo hecho —le confirmó Jack—. Lo hemos conseguido.

—No —replicó Quinn con una lenta sonrisa, mirando al hombre que había llegado a ser su amigo y para quien él no era solo su maestro sino también su mentor—. Tú lo has conseguido, Jack, y no lo olvides. —Fue a su encuentro y le estrechó la mano—. Vamos a tener que celebrarlo —añadió en un tono que revelaba su firme intención de hacerlo.

—¿Podré seguir viniendo a cenar los viernes por la noche? —Ni siquiera podía imaginar no ver a Quinn todos los días.

—Tengo una idea mejor. Hablemos de ello por la mañana. ¿Por qué no vienes a desayunar? —Entonces recordó que estaría en el barco con Maggie y que quería pasar el día navegando—. No, mañana no estaré aquí. ¿Por qué no vienes a cenar al barco el viernes por la noche?

Jack sabía dónde estaba amarrado el barco en el club de yates.

—¿Podría traer a Michelle?

La relación iniciada con aquella muchacha se había convertido en algo serio y eran inseparables, pero Quinn confiaba en que fuese un enamoramiento pasajero, pues tenía importantes proposiciones que hacer a Jack.

—Por supuesto. —Entonces un pensamiento cruzó por la mente de Quinn—. ¿Está ella enterada de nuestro proyecto especial?

Quinn no quería azorarlo en caso de que la joven no lo supiera.

—¿Te refieres a lo de la lectura? —Quinn asintió—. Se lo dije. Temí

decepcionarla, pero le pareció estupendo.

—Bueno, la chica ya me gusta. —Quinn aún no la conocía, pero ahora sabía que la vería el viernes.

—¿Qué tal ha ido en Amsterdam?

—Impecable. Todo va sobre ruedas. El barco tiene un aspecto espléndido.

—Y entonces, como si se le hubiera ocurrido de repente, añadió—: Llevé a Maggie conmigo.

—Pensé que podría ser allí donde se encontraba. Ha estado ausente toda la semana, pero no estaba muy seguro.

Los dos hombres intercambiaron una larga mirada. En los ojos de Jack había un solo y silencioso interrogante, y Quinn lo comprendió.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, nada ha cambiado. Ella lo entiende. Sabe que me marcho.

Jack exhaló un suspiro mientras lo miraba. Había aprendido mucho de Quinn en los últimos seis meses, pero ahora pensaba que era Quinn quien tenía que aprender la lección.

—Una mujer como ella no aparece en tu vida todos los días, Quinn...

Hagas lo que hagas, no la pierdas.

—Nunca la he tenido —dijo Quinn en voz baja—. De la misma manera que ella no me tiene. Eso de «tenernos» unos a otros es una ilusión. —Jane nunca le había tenido, jamás, o por lo menos no le tuvo hasta que murió. Y él solo la había encontrado después de perderla. Estaba totalmente dispuesto a prescindir de lo que había encontrado con Maggie y a llevarse consigo lo mejor de ella, en los recuerdos que atesoraría. No necesitaba más que eso. Estaba convencido de ello—. Soy demasiado mayor para ser romántico —añadió, tratando de convencerse a sí mismo—, o para estar atado a las faldas de una mujer. Ella lo comprende.

—Creo que estás rechazando algo precioso —replicó Jack con obstinación, y Maggie se habría sentido profundamente conmovida si le hubiera oído.

—Voy a devolverlo, Jack. Eso es diferente. —Jack sacudió la cabeza mientras Quinn recogía su maletín y le sonreía—. Nos veremos el viernes.

Faltaban dos días, y Quinn lo esperaba ilusionado. No tenía intención de prescindir de sus veladas de los viernes, y se preguntaba si Jack querría traer

consigo a Michelle cada semana o preferiría que siguieran siendo un trío. Aunque Quinn estaba dispuesto a aceptar a la muchacha en el grupo, también le gustaba la intimidad de los tres amigos, y lo dejaba en manos de Jack.

—Piensa en lo que te he dicho —le dijo Jack, pero Quinn hizo caso omiso y cerró la puerta con firmeza tras él.

11

El viernes Michelle y Jack se presentaron en el muelle a las siete en punto, y Maggie y Quinn estaban preparados para recibirlos. La tripulación les ofreció champán en la cubierta de popa, donde colgaban globos y farolillos, una decoración de la que se habían encargado personalmente Maggie y Quinn. No le habían dicho nada a Jack, pero era la fiesta de su graduación. Quinn se había procurado un diploma en el que había inscrito con esmero su nombre y la fecha, refiriéndose a él como un alumno de éxito. Jack se dio cuenta enseguida de lo que sucedía, y las lágrimas asomaron a sus ojos cuando, al final de la cena, Quinn le entregó el diploma. Por entonces Maggie había tenido ocasión de charlar con Michelle y estaba satisfecha porque la chica le gustaba.

Y cuando Quinn le dio a Jack el diploma que había extendido para él, los ojos de los dos hombres se nublaron. Quinn le estrechó la mano, le puso la otra en el hombro y las lágrimas le asomaron mientras lo abrazaba.

—Bien hecho, amigo mío... bien hecho...

Jack estaba tan conmovido que ni siquiera pudo responderle y se limitó a asentir. Nadie había sido jamás tan amable con él, excepto Maggie. Los dos se habían convertido en los mejores amigos para él, y sabía que nunca olvidaría a Quinn por los horizontes que le había abierto. Su vida había cambiado para siempre. Michelle permanecía sentada, mirándolos en silencio, y besó a Jack cuando volvió a sentarse junto a él. Se sentía intimidada por Maggie y Quinn, que parecían mucho mayores que ella. Solo tenía veinticuatro años, pero era evidente que estaba profundamente enamorada de Jack, por el que sentía una gran admiración.

Tras tomar otra copa de champán, Quinn invitó a Jack a dar un paseo por la cubierta, mientras las dos mujeres charlaban. Maggie se sentía como si estuviera hablando con una hija. Michelle acaba de terminar los estudios en la escuela de enfermería, y pensaba que Jack era su sueño convertido en realidad.

Jack siguió a Quinn a la cubierta superior, donde se sentaron y estuvieron largo rato contemplando las estrellas. Desde hacía algún tiempo, Quinn quería

hablar seriamente con Jack.

—Tengo una idea que quería compartir contigo —empezó a decirle Quinn mientras encendía un cigarro, y permaneció un momento contemplando la brillante brasa que iba convirtiéndose en ceniza—. Puede que sea más bien una proposición, y confío en que la aceptes. —A Jack le pareció que se trataba de algo importante, y lo era, o lo sería, para los dos. Quinn contaba con él, y eso era el regalo más grande que podría hacerle—. Acabo de contratar a la tripulación y capitán para el nuevo barco. Todos embarcarán en septiembre para hacer las pruebas náuticas, y lo que iba a pedirte... u ofrecerte... era que confiaba en que te unieras a nosotros.

—¿Para las pruebas náuticas?

Jack pareció sorprendido a su pesar, y Quinn se echó a reír, con una risa que era más bien un murmullo largo, bajo y satisfecho.

—No, amigo mío. Como miembro de la tripulación del Vol de nuit.

Podrías integrarte como aprendiz, y si aprendes a navegar con la rapidez con que has aprendido todo lo demás, llegarás a ser capitán.

—¿Lo dices en serio? Quiero decir lo de unirme a la tripulación.

Por un momento sintió deseos de hacer el equipaje y huir con su querido mentor, pero entonces pensó en la realidad y pareció decepcionado.

—Puedes hacerlo, lo sé. —Quinn había malinterpretado su expresión y creído que estaba asustado—. Será la experiencia de toda una vida.

—Sé que lo será —dijo Jack en voz baja—, o que lo sería. Pero no puedo, Quinn.

—¿Por qué no? —Quinn pareció asombrado y bastante decepcionado.

Había esperado que Jack pensara en ello, y que por lo menos sintiera la tentación de aceptar. Y ciertamente la sentía, pero Quinn había cambiado la vida de Jack en más aspectos de los que él creía. Tal vez incluso en más de los que se había propuesto.

—Voy a ir a la universidad estatal, a seguir un curso elemental de arquitectura. Iba a decírtelo esta noche pero me olvidé, porque estaba demasiado emocionado con el diploma. Tengo un largo camino por delante.

Quiero llegar a ser arquitecto. Jamás habría podido pensar en tal cosa sin ti. Y

empiezo a estudiar muy tarde. No puedo tomarme un año libre para

navegar contigo alrededor del mundo, a pesar de lo mucho que me gustaría. — Lo dijo con auténtica emoción.

—Sabía que no debería haberte enseñado a leer —replicó Quinn con vehemencia y una sonrisa compungida, dividido entre el orgullo y la decepción.

Había querido realmente que Jack lo acompañara. Tanto como sabía que no habría sido correcto llevarse a Maggie con él, le habría encantado tomar a Jack bajo su tutela y convertirlo en un marino. Pero de todos modos le impresionaba lo que su amigo estaba haciendo. Jack nunca le había dicho que hubiera solicitado matricularse en una universidad.

—Bien, en ese caso te felicito.

Tendió la mano y estrechó la de Jack, pero de repente no supo cómo reaccionar, como si su hijo se marchara de casa y no para ir a la universidad sino para casarse. Era un doble mazazo, y comprendió que no había ninguna esperanza de que Jack se le uniera. Pero Quinn se lo tomó con deportividad, y cuando los dos hombres fueron al encuentro de las mujeres, miró con tristeza a Maggie. Esta no sabía lo que Quinn iba a pedirle a Jack, pero lo sospechaba, y vio en la expresión de sus ojos que las cosas no habían salido como él deseaba.

—El tercer mosquetero de nuestro club de cenas de los viernes por la noche tiene unos importantes anuncios que haceros —dijo de un modo grandilocuente, disimulando la consternación que sentía con una actitud jovial mientras servía champán a los cuatro—. Jack no solo va a ir a la universidad —le reveló a Maggie, que escuchaba con afectuoso interés—, este otoño irá a la universidad estatal, sino que además se casará con Michelle en Navidad.

La joven prometida de Jack se ruborizó en cuanto Quinn dijo estas palabras, y Maggie emitió una exclamación de placer. Besó primero a Jack por sus éxitos y luego a los dos por su compromiso. Y Quinn se animó después de tomar otra copa de champán y un coñac. La joven pareja los acompañó hasta la una de la madrugada y entonces se marcharon. Quinn parecía triste cuando fueron a la cama. Maggie ya había comprendido lo que había pasado.

—Querías contratarle como miembro de la tripulación, ¿no es cierto? —le preguntó suavemente, mientras Quinn se ponía el pijama y se acostaba.

—¿Cómo lo sabías? —La miró sorprendido, y apoyó la cabeza en la

almohada.

—Te conozco. Me intrigaba el resultado de tu intento. Jack lo habría hecho bien, pero le has dado una nueva vida, ¿sabes? Cuando termine lo que está haciendo será maravilloso para él. Le has proporcionado lo que necesitaba para tener una vida mejor de la que jamás habría tenido antes de que te conociera. Mejor que la navegación.

—Sonrió a Quinn, y nunca lo había amado más que en aquel momento.

Amaba su vulnerabilidad, su generosidad, la inquebrantable amabilidad de su carácter. En su vida anterior, no era así como la gente se habría referido a él.

Pero aquel era el hombre al que ella conocía y al que había llegado a amar, el mismo que había sido el mentor de Jack. No el hombre al que conocieron sus antiguos socios comerciales, ni el que conoció Jane, ni aquel a quien su hija odiaba. El Quinn de ahora se regía por el corazón, y, a pesar de su inmenso poder y su fuerza, había sido humillado y, en consecuencia, era incluso más grande de lo que había sido.

—¿Estás muy decepcionado? —le preguntó ella.

—Supongo que sí, de una manera egoísta, pero también me siento contento. Creo que ir a la universidad será muy positivo para él. ¿Qué te ha parecido Michelle? ¿Te gusta?

—Es muy agradable, y lo adora.

A Maggie le había parecido demasiado joven, pero también lo era el mismo Jack a su manera. Compartían cierta inocencia e ingenuidad, y ella imaginaba que serían felices, o por lo menos confiaba en ello.

—Hace falta más que eso —replicó Jack juiciosamente—. Hace falta mucho más que eso para casarse.

Ahora sentía un profundo respecto por el papel de marido, que en su caso creía haber representado tan mal. Era su propio y peor crítico.

—Tal vez no sea así —dijo suavemente Maggie—. Tal vez al principio lo único que se debe hacer es confiar en uno mismo y cada uno en el otro.

—Sé muy bien que jamás volveré a confiar en mí —replicó Quinn, y se volvió para mirarla—. Pero confío en ti, Maggie. —La miraba de tal manera que ella se sintió profundamente conmovida al oírle decir aquellas palabras.

—Tienes razón al confiar en mí. Y yo confío en ti, Quinn. Totalmente.

Lo único que él podía pensar mientras ella lo decía era que deseaba replicarle que no.

—No estoy seguro de que eso sea juicioso por tu parte. ¿Y si te hago daño?

Ya sabía que iba a hacérselo cuando la dejara. Pero ella había aceptado la relación voluntariamente, sabiendo cuáles eran las reglas del juego y cuál sería el resultado final.

—No creo que me dañes —replicó ella sinceramente—, por lo menos no lo harás con intención. Estaré triste cuando te vayas, muy triste, lo sé. Pero es diferente de estar herida. No me has mentado, no has falseado tu personalidad, no has tergiversado nada que yo sepa. Esas son las cosas que hieren. El resto son accidentes de la vida que nadie puede prever ni prevenir. Lo que haces acerca de ellos es lo que importa. No hay ninguna garantía entre dos personas, Quinn.

Solo puedes hacer lo mejor que te es posible.

Lo que estaba matando a Quinn, lo que lo devoraba por dentro, era que no creía haber hecho lo mejor. No había manera de cambiar eso ahora, no podía hacer que el tiempo retrocediera. Era Jane quien había hecho lo mejor. Y

también Maggie, a juzgar por cuanto sabía de ella. Pero él no. Ni el marido de Maggie tampoco. Y ahora Quinn solo podía asumirlo. Nunca podría eliminar el dolor que había causado a quienes lo amaban. Y no quería que Maggie fuese otra de sus víctimas, aunque ella se ofreciera de buen grado a serlo. Quería algo mejor para ella, aunque eso significara protegerla de sí mismo. No se consideraba merecedor de su amor. Tampoco creía que hubiera merecido el de Jane. Sus diarios, y el dolor que reflejaban, eran una abundante prueba de ello.

—No seas tan duro contigo mismo —le dijo Maggie, mientras se acurrucaba contra él en la oscuridad.

—¿Por qué no? No seas generosa conmigo —replicó él con tristeza.

Lo entristecía que Jack no hubiera accedido a acompañarle, como le entristecía abandonar a Maggie. Pese a la inmensa alegría que su barco iba a darle, sabía que eso no sería una señal de victoria, sino de derrota, cuando por fin zarpara. Sabía que no había logrado dar a Jane lo mejor que podía, y que, en cierto sentido, eso iba a repetirse con Maggie. Ella estaba dispuesta a

aceptar su relación durante el breve tiempo en que podían estar juntos. Y estaba haciendo lo que él le había pedido que hiciera, amarlo durante un tiempo y entonces, precisamente por ese amor, permitir que se marchara. Sería el acto de amor definitivo, y ella también estaba dispuesta a concedérselo. Él sabía que era mucho pedir. Con toda franqueza, probablemente era demasiado.

—Te quiero, Quinn —le susurró, mirándolo.

Una delgada franja de luz de luna había penetrado en la habitación, y ella podía verle la cara con claridad, grabada contra la negrura que los rodeaba. Él permaneció en silencio durante largo rato, abrazándola. Quería decirle las mismas palabras, porque expresaban lo que sentía, quería devolvérselas. Pero las palabras que deseaba decirle estaban atascadas en su garganta y no podían llegar a su boca. Y mientras la abrazaba y notaba el cabello en su cara, una lágrima que se había formado en el rabillo del ojo se deslizó lentamente por la mejilla.

12

Julio y agosto fueron unos meses idílicos para ellos. Quinn había finalizado la mayor parte de los trámites relativos a las posesiones de Jane, había clasificado el contenido de la casa y enviado una parte del mobiliario a la sede de Sotheby's en Nueva York para que lo subastaran. Había llamado varias veces a su hija Alex en Ginebra para preguntarle qué muebles deseaba quedarse. Ella se conformó con algunos favoritos y un retrato de su madre, y le pidió que almacenara el resto. Le dijo que de momento no disponía de espacio en su casa.

Cada vez que él la llamaba, Alex colgaba el aparato con la mayor rapidez posible. Una vez completadas sus transacciones comerciales, siempre tenía prisa por finalizar la conversación. Hacía más de un año que Quinn no la veía, desde el funeral de su madre, y un día habló de ello a Maggie, cuando estaban tendidos en el barco, disfrutando del sol veraniego y de la navegación a última hora de la tarde. Por entonces se pasaban la mayor parte del tiempo en el barco, y Jack seguía yendo a cenar con ellos cada viernes. No iba acompañado de Michelle, pues le gustaba estar solo con Quinn y Maggie. Pero decía que era feliz con ella, y que aceptaba de buen grado que pasara una noche a la semana con sus amigos.

—¿Qué voy a hacer con mi hija? —preguntó Quinn a Maggie hablando de Alex—. No puedo comunicarme con ella, se aísla por completo de mí.

Le habló de las llamadas acerca de los muebles. Una vez había respondido a sus preguntas, Alex le agradecía la llamada y colgaba tan rápido como podía.

—Un día lo pensará en serio. Tal vez cuando le ocurra algo, o cuando esté asustada por algún motivo. No puede desentenderse de ti para siempre, Quinn, es tu hija. Te necesita tanto como tú a ella.

—No, no me necesita —replicó él, con una expresión preocupada.

También en eso le había fallado a Jane. Sabía que la habría desolado conocer el distanciamiento entre padre e hija, sobre todo después de su muerte —. Tiene a su marido y a sus hijos. No me necesita.

—Te está castigando, y no puede hacer eso eternamente. Uno de estos días

comprenderá quién eres realmente, y aunque no siempre estuviste junto a ella en su infancia, verá con claridad por qué te ausentabas.

—Probablemente ni siquiera yo mismo comprenda por qué lo hacía. En aquella época me pasaba la vida huyendo. Creía que estaba construyendo algo, y así era realmente. Era más importante para mí que mis hijos o que Jane. Mis prioridades estaban trastornadas. Lo único que me importaba era el imperio que estaba levantando, el dinero que amasaba y el próximo negocio sobre la mesa.

Entonces no lo sabía, pero confundía por completo el objetivo de la vida.

Al decir esto pensó en Doug y Jane, en la rapidez con que cambia la vida y en las oportunidades que se pierden para siempre. Cuando finalmente lo había comprendido, era demasiado tarde.

—Muchos hombres hacen eso, Quinn —replicó Maggie, solidarizándose con él, y por un momento Quinn sintió el extraño deseo de que hubiera sido ella, y no Jane, quien entonces hubiera estado casada con él. Enseguida se sintió culpable por haber pensado tal cosa, pero Jane había sido su víctima. Maggie, después de lo que había sufrido, era más perspicaz y le comprendía incluso mucho mejor que él mismo. Era una mujer muy diferente de la que había tenido—. No eres el único que ha hecho lo que hiciste. A veces las esposas abandonan a sus maridos en estos casos, y los hijos se enfadan. La gente se siente engañada por lo que no ha conseguido. Lo que no ven es lo que tuvieron, y que eso era lo mejor que el hombre podía darles en su momento. No puedes hacerlo todo, ni ser perfecto para todas las personas a las que amas. Hoy en día hay mujeres que se comportan del mismo modo, que se concentran en sus profesiones y dejan de lado a sus familias. Es difícil mantener tantas pelotas en el aire. —Pero las pelotas que a él se le habían caído eran sus seres queridos. Ahora lo sabía, pero también sabía que lo había comprendido demasiado tarde—. ¿Por qué no invitas a Alex a que vaya a Holanda para ver el barco?

—Detesta los barcos —respondió Quinn sombríamente, y yació con los ojos cerrados, acariciando el cabello de Maggie, que apoyaba la cabeza en su pecho.

—¿Qué me dices de sus hijos?

—Son demasiado pequeños. Tienen siete y diez años, y ella nunca me los

ha confiado. Además, nunca estuve con mis hijos cuando tenían esas edades.

¿Cómo sabría qué hacer con un par de críos en el barco? —La idea le parecía absurda.

—Estoy segura de que te divertirías mucho con ellos. Tienen la edad apropiada para que les enseñes a navegar. Y en un barco tan grande como el Vol de nuit estarían perfectamente seguros. Ni siquiera Alex pondría objeciones. La tripulación podría ayudar a cuidarlos, si se lo pidieras. Se lo pasarían de miedo.

¿Por qué no te ofreces a llevarlos en las pruebas náuticas?

Él lo pensó, pero no podía imaginar que su hija accediera, sobre todo después de lo que le había ocurrido a Doug. Los veleros eran un anatema para ella, pero Maggie tenía razón, desde luego. En un barco del tamaño del Vol de nuit, los chicos no correrían ningún peligro, a menos que saltaran a tierra antes de que estuviera bien amarrado, cosa que no harían. Eran juiciosos y estaban bien educados.

—Pensaré en ello —le dijo vagamente, y se volvió de lado para poder besarla—. Qué buena eres conmigo —le susurró, como si pensara hacerle el amor aquella mañana.

La relación que se establecía entre ellos era serena y cálida, y en ocasiones pícaro, como lo era la misma Maggie. Era una extraordinaria combinación de todas las cosas que un hombre podría desear. Y en la intimidad de la habitación que compartían, ella le inspiraba una pasión que él jamás había conocido hasta entonces. Cada vez estaba más enamorado de ella y, sin embargo, no se atrevía a decírselo.

Invitaron a Jack y Michelle a pasar un fin de semana en el barco, y navegaron por la costa hacia Santa Bárbara. El mar estaba picado, y a Maggie le gustaba. Le parecía más excitante, pero durante el regreso Michelle se mareó, y Jack le pidió disculpas a Quinn por la carencia de dotes marineras de su novia.

Cuando se marcharon, ella aún parecía azorada.

—Pobrecilla —le dijo aquella noche Maggie a Quinn durante la cena—. Es una buena chica. —Pero a los dos les parecía demasiado joven, y a Quinn le preocupaba que no fuese lo bastante inteligente para Jack—. Será adecuada para él —le aseguró Maggie.

Podía ver algo que, con toda evidencia, a Quinn se le escapaba. Él todavía deseaba que Jack lo acompañara en el Vol de nuit. Pensaba que sería la experiencia más emocionante de su vida. Pero Jack no quería emociones, sino raíces y estabilidad, una familia y una educación, todo aquello que él jamás había tenido y que ahora estaba a su alcance, en gran parte gracias a Quinn.

—Le has dado algo mucho mejor que un crucero alrededor del mundo.

Has facilitado que sus sueños se hicieran realidad. Nadie más podría haber hecho eso por él.

—Lo único que he hecho ha sido enseñarle a leer. Eso está al alcance de cualquiera.

Quinn lo dijo modestamente, pero ella sacudió la cabeza.

—La cuestión es que nadie lo hizo.

Él imitó su gesto negativo con la cabeza, pero se alegraba de que las cosas hubieran salido tan bien como lo habían hecho. Sabía que siempre compartirían su vínculo, y nunca olvidaba que era Jack quien le había puesto en contacto con Maggie. ¡Qué tímida, triste y asustada le pareció la primera vez que ella entró en su cocina! ¡Y cómo había florecido y disfrutado navegando con él! Sabía que a veces la invadía la tristeza al pensar en su hijo, pero sus ojos ya no tenían aquella expresión de sufrimiento que los nublaba la mañana en que se conocieron tras la gran tormenta.

—Aquella tormenta fue una suerte para mí —le dijo un día a Maggie, cuando pensaba en ello—. Abrió un boquete en mi tejado y te hizo entrar por él.

—Yo fui incluso más afortunada —replicó ella, y lo besó.

En los últimos meses le había cobrado más afecto de lo que jamás podría haber imaginado. Su relación con Jane había sido muy diferente. El suyo había sido un vínculo de respeto y lealtad, de serena compañía cuando estaban juntos, de profundo afecto y de interminable paciencia por parte de Jane. Lo que compartía con Maggie era más joven y más alegre, y mucho más apasionado, como lo era la misma Maggie.

Los últimos días de agosto fueron mejores que nunca para ellos.

Navegaban casi constantemente, y a cada día que pasaba su afecto era más profundo, tal vez porque sabían que la separación se aproximaba. Esa perspectiva, en vez de distanciarlos, parecía unirlos más: Maggie lo amaba

con mayor abandono cada día y Quinn se sentía cada vez más unido a ella y ya no tenía ningún deseo de resistirse. Jamás había experimentado con ninguna otra mujer la sensación de seguridad que lo embargaba al lado de Maggie. Era como si en lo más profundo de su corazón supiera que podía confiar del todo en ella.

Y, afortunadamente, en las últimas semanas, por fin su sueño recurrente había desaparecido. Todavía añoraba a Jane, pero de una manera diferente. Ahora se sentía más en paz.

Solo dejó a Maggie cuando llegó el equipo de mudanzas para llevarse el contenido de la casa. Quinn enviaba todo lo que quedaba a un depósito donde estaría almacenado. Ya había enviado a Alex las cosas que deseaba, y había preparado el equipaje con prendas de vestir y documentos que se llevaría a Holanda en septiembre, cuando tuvieran lugar las pruebas náuticas. Una vez estuviera vacía la casa, se proponía alojarse en el Molly B hasta el momento de partir. Ver a los operarios que vaciaban la casa le producía una extraña sensación. Cada vez que veía un mueble o un objeto favorito que cargaban en el camión, sentía una punzada de dolor. Era como si se llevaran los hitos de su vida. Y cuando la casa quedó por fin vacía, miró a su alrededor y sintió una terrible opresión en el pecho.

—Adiós, Jane —dijo en voz alta, y oyó el eco de su voz en la habitación vacía donde ella había muerto. Era como si la abandonara allí, y por primera vez en catorce meses tuvo la sensación de que la dejaba atrás.

Aquella noche, cuando se encontró de nuevo con Maggie en el barco, estaba sombrío.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ella con dulzura, preocupada.

Él asintió, pero apenas dijo palabra hasta después de la cena.

Prácticamente vivía con ella en el velero que había alquilado. Nunca se habría sentido tan cómodo con Maggie en su propia casa. Siempre le había parecido que era la vivienda de Jane. E intentó explicarle la extraña sensación que había experimentado al ver cómo se llevaban sus pertenencias y se había quedado solo en la casa vacía.

—Yo sentí lo mismo cuando me fui de la casa donde Andrew había muerto. Tenía la sensación de que lo dejaba allí abandonado, y era espantoso.

Miraba cómo los operarios se llevaban las cosas y lloraba. Pero luego me

alegré de haberme trasladado a la casa de Vallejo. Allí nunca podría haberme recuperado. Charles y yo habíamos vivido en aquella casa. Andrew había muerto allí. Era demasiado duro sobrevivir un día tras otro. Vivir en el barco te hará bien —le dijo generosamente.

Aún no le había planteado la menor objeción a su marcha, y Quinn estaba impresionado. Ella había cumplido todo aquello que había prometido.

Solo lamentaba que él no pudiera llevarla para participar en las pruebas náuticas.

Quinn se marcharía pasado el Día del Trabajo, y ella volvería a su trabajo docente un día después de que él partiera hacia Holanda. Luego volvería a San Francisco por solo dos semanas. E incluso la víspera de su partida, aún no había decidido qué iba a hacer respecto a Alex. Maggie seguía insistiendo en que debería llamarla, pero él no se decidía. Era como si temiera hacerlo. Aquella noche, antes de que se acostaran, se sentó ante su escritorio y la llamó. En Ginebra era de mañana.

—He recibido los muebles —le dijo ella con total naturalidad en cuanto oyó la voz de su padre—. Te lo agradezco mucho. Todo ha llegado bien. Debe de haberte costado una fortuna. —Él se los había enviado por transporte aéreo.

—Tu madre habría querido que los tuvieras —le aseguró él. Pero notó que Alex se ponía rígida al oírle mencionar a Jane.

—Me alegro de tener su retrato —musitó Alex, y entonces se le ocurrió algo—: ¿Dónde vives?

Él acababa de decirle que lo había almacenado todo en un depósito.

Había querido hacerlo antes de marcharse para las pruebas náuticas. Quería pasar sus últimas dos semanas en la ciudad apaciblemente con Maggie, sin preocuparse por los últimos detalles. Y había convenido en entregar la casa a los nuevos propietarios dos semanas antes de lo acordado.

—He alquilado un barco para el verano. Me alojaré en él cuando regrese.

Solo estaré aquí un par de semanas, antes de ir a Holanda en busca del barco.

—Ya había decidido que África sería la primera etapa de sus aventuras—. A decir verdad —le dijo cautamente—, por eso te he llamado.

—¿Por el barco que has alquilado? —Ella pareció sorprendida, pero un

poco menos fría que en sus recientes conversaciones, lo cual parecía esperanzador.

—No. Te llamaba por las pruebas náuticas. Mañana viajo a Amsterdam. Me preguntaba si te importaría que hiciera un alto en Ginebra.

—No soy la dueña de la ciudad —replicó ella de manera cortante, y su padre tuvo la sensación de que se le caía el alma a los pies.

—Iría a verte, Alex. No he visto a los niños desde el verano pasado. Ni siquiera me conocerán. —Su hija estuvo a punto de decirle que ella nunca lo había conocido, de modo que era lo mismo, pero por una vez se resistió al impulso de herirlo—. La verdad es que he tenido una idea mejor. Me estaba preguntando si... si te gustaría... si no te importaría... si me permitirías llevármelos a las pruebas náuticas. Tú y Horst también podéis venir, por supuesto, aunque sé que no tienes muchas dotes marineras, pero podría ser una gran experiencia para Christian y Robert. Me encantaría que vinieran.

Al final se hizo una pausa interminable. Ella estaba tan desconcertada que no sabía qué responderle, y durante largo rato guardó silencio.

—¿Las pruebas náuticas, dices? —replicó finalmente—. ¿No crees que son demasiado pequeños? No podrías quitarles la vista de encima ni un momento. ¿Y

es seguro el barco?

Pero mientras le hacía estas preguntas, el tono de dureza desapareció de su voz. A pesar de sí misma, le conmovía que él quisiera llevarse a los niños.

Sabía muy bien que él jamás habría hecho antes tal cosa.

—Espero que el barco sea seguro —respondió él con una risita—. De lo contrario, tendré muchos problemas cuando navegue en octubre. Es un barco magnífico, Alex. Creo que a los chicos les encantará. Y, naturalmente, también tú puedes venir —repitió, pues quería que a su hija le quedase bien claro que sería bienvenida.

Pero sabía lo mucho que ella detestaba los veleros, y cuál era la razón. Lo mismo que le había sucedido a Jane, por los mismos motivos. Jane consiguió poner a su hija totalmente en contra de la navegación. Y era evidente que el gen que determinaba el gusto por navegar no se había transmitido a Alex, sino solo a Doug.

—Tengo que hablar de ello con Horst —replicó. Parecía confusa acerca

de la decisión, pero por lo menos aún no se había negado. Y, milagrosamente, él percibía algo diferente en su voz, como ella en la suya.

—¿Por qué no me llamas mañana, antes de que me marche? Volaré a Londres. Desde allí, el salto a Ginebra y luego a Holanda es rapidísimo.

De momento se sentía esperanzado, aunque se preguntaba si la consulta con su marido no sería una táctica dilatoria. Todavía le resultaba difícil creer que le permitiría llevarse a sus nietos a Holanda. Pero estaba convencido de que Maggie tenía razón y de que por lo menos valía la pena preguntarlo. No le había dicho nada de Maggie a su hija. Ésta no tenía necesidad de saberlo. Dentro de cinco semanas él y Maggie se separarían, y Alex no tenía por qué saber que había pasado varios meses con ella. Decírselo parecía una falta de respeto hacia su madre, de modo que no lo hizo. Y cuando colgó el teléfono miró esperanzado a Maggie. Ella le sonreía.

—¿Qué te ha dicho?

—Tiene que comentarlo con su marido. Pero no me ha colgado ni me ha dicho que he perdido el juicio y que preferiría morir antes que permitir que sus hijos pasen una temporada conmigo. Eso ya es algo.

—Espero que te deje hacerlo —le dijo Maggie sinceramente.

Durante el resto de la noche, él apartó de su mente a Alex y a sus nietos y se concentró en la mujer a la que amaba. Le dolía profundamente abandonarla, y deseaba que pudiera acompañarlo a las pruebas náuticas. Iban a hacer que el Vol de nuit demostrase de qué era capaz. Quinn estaría a bordo durante tres semanas, y entonces regresaría a San Francisco. Le había dicho a Maggie que usara el Molly B con tanta frecuencia como quisiera, y ella se lo agradeció, pero replicó que la entristecería estar a bordo sin él, y Quinn se sintió conmovido.

Pasaron una larga y apasionada noche de amor, y Maggie no se permitió pensar en que aquellos eran casi sus últimos momentos juntos. Dispondrían de otras dos semanas cuando él volviera, y sabía que incluso entonces tendría que despedirse de él para siempre. No iba a ser nada fácil, pero era lo que ella le había prometido al principio.

A la mañana siguiente, nada más levantarse, Quinn telefoneó a su hija en Ginebra. Cuando ella le respondió, contuvo el aliento. En Suiza era casi la hora de cenar, y él oía las voces de los niños en el fondo.

—¿Qué te ha dicho Horst? —le preguntó, ayudándola a salir del paso si ella lo necesitaba. Podría culpar a su marido si rechazaba la invitación que él había hecho a sus nietos.

—Yo... él... se lo he preguntado a los niños —le dijo sinceramente, con la voz entrecortada—. Dicen que quieren ir contigo —admitió, mientras las lágrimas asomaban a los ojos de Quinn.

Hasta entonces no había comprendido cuánto significaba aquello para él, y lo vulnerable que era para su hija. Aunque eso era lo que había esperado de ella, ahora sabía que su negativa le habría dolido. Aún no le había dicho que sí, y estaba casi seguro de que no lo haría.

—¿Les dejarás? —le preguntó cautamente, rogando por que lo permitiera.

Apenas conocía a Christian y a Robert, y aquella era una oportunidad única de hacerlo, de una manera que ellos siempre recordarían.

—Sí, papá, lo haré —respondió ella en voz baja. Era el primer gesto de confianza y respeto que le mostraba en toda su vida. Él solo la recordaba enojada y resentida. Ahora su postura era muy diferente—. Cuídalos bien. Chris es todavía una criatura, pero Robert es muy independiente. No le dejes trepar a los mástiles ni hacer ninguna locura.

Era el regalo de amor más grande que ella podía hacerle, confiarle a sus hijos. La guerra entre ellos había terminado por fin, o por lo menos se había izado la primera bandera blanca.

—¿Quieres venir con ellos?

Prescindía de toda prudencia al invitarla, pero ella se apresuró a decirle que no.

—No puedo. Estoy embarazada de seis meses.

La noticia sobresaltó a Quinn, y le recordó de nuevo lo poco que su hija compartía con él, apenas nada. Pero aquella mañana habían avanzado mucho en su relación, y él confiaba en que fuese el inicio de una nueva era en sus vidas.

—Cuidaré bien de ellos, te lo prometo. —Los protegería con su vida, por ella. No quería volver a experimentar jamás la tragedia que vivieron Jane y él, y que también fue la tragedia de Alex, cuando perdió a su hermano. Había quedado traumatizada para siempre, y Quinn sabía a través de Jane que Alex tenía una extrema cautela con sus hijos, lo cual hacía aún más significativo que

se los confiara, en particular después de la hostilidad entre ellos. Era un espléndido gesto de perdón y de confianza—. Gracias, Alex. No sabes lo que esto significa para mí —le dijo, y ella pareció brusca al responderle.

—Creo que mamá habría querido que lo hiciera.

Él no estaba seguro de ello, dado lo mucho que Jane detestaba los barcos, pero no quería discutirlo con su hija. Sin duda a Jane le habría complacido el acercamiento entre los dos.

—Cambiaré los pasajes en el aeropuerto y mañana estaré en Ginebra. Te llamaré para comunicarte la hora de mi vuelo y cuándo volaremos a Holanda.

Nos encontraremos en el aeropuerto. Cuando los traiga de regreso a Ginebra podría visitarte, si te parece bien. —No estaba seguro de que fuese bien recibido.

—Estupendo —dijo ella en voz baja. El ofrecimiento de llevarse a sus hijos consigo había sido una especie de manifestación divina para ella, tal vez para los dos. Aparte de sus hijos y de su marido, él era todo lo que tenía ahora —.

¿Cuánto tiempo estarán contigo? —Había olvidado preguntárselo antes, y se sorprendió cuando él se lo dijo.

—Las pruebas náuticas duran tres semanas, pero puedo traerlos antes de regreso, si han de ir a la escuela. Si quieres yo mismo los acompañaré en el avión, o podría enviar a un miembro de la tripulación con ellos. Pero me gustaría verte.

—Quédatelos todo el tiempo que quieras, papá.

Era una oportunidad única para los hijos de Alex, y a su tierna edad, faltar unos días a clase no resultaba problemático. Estaba segura de que sus hijos estarían entusiasmados con el barco del abuelo. Debían de llevarlo en los genes, pues siempre estaban hablando de navegación y les encantaban los barcos.

—Gracias, Alex. Te llamaré luego.

El vuelo de Quinn era a las seis de la tarde, y aún tenía una serie de cosas que hacer antes de partir hacia el aeropuerto, entre ellas la de firmar unos documentos en el bufete del abogado. Cuando colgó el aparato, Maggie aguardaba expectante la decisión de Alex.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó con inquietud. Durante la mayor parte

de la conversación había estado ausente de la estancia.

Quinn le respondió con lágrimas en los ojos.

—Vienen conmigo.

Ella le echó los brazos al cuello, lo besó y lanzó una exclamación de alegría, y él se echó a reír mientras ella daba brincos en el camarote. Estaba tan satisfecha como él. Sabía lo que significaba para él tener pruebas del perdón de su hija. Era el mejor regalo que podría haberle hecho.

Quinn hizo la maleta a bordo y al cabo de media hora partió hacia el bufete del abogado. A las tres de la tarde iría a casa de Maggie y ella le conduciría al aeropuerto. Vestía traje y corbata y sostenía su portafolio. Se había traído la maleta del barco, y los dos estaban preparados. Ella llevaba un vestido negro corto y zapatos de tacón alto, tenía un aspecto juvenil y estaba guapa. Él detestaba abandonarla, y se lo dijo así en el coche, camino del aeropuerto.

—Me gustaría que vinieras conmigo.

—También a mí me gustaría ir —replicó ella en voz baja, recordando su breve viaje a Holanda tres meses atrás, cuando vio el Vol de nuit por primera vez. El yate era el único rival por su afecto, pero de todos modos era un formidable adversario, y al final el barco saldría victorioso. O más bien, la libertad de Quinn. Y Maggie no hacía nada por oponerse. Con aquel hombre, era una realidad insoslayable y, como le quería, la aceptaba.

Una vez en el aeropuerto lo acompañó hasta el control de pasaportes, y él la besó antes de alejarse. Le dijo que la llamaría en cuanto estuviera en el barco, y confió en que el sistema de comunicaciones de a bordo estuviera en pleno funcionamiento.

—De lo contrario, te llamaré desde una cabina —bromeó. Más probablemente, lo haría desde la oficina de Hakker.

—Disfruta al máximo —le dijo ella generosamente, mientras volvía a besarlo—. ¡Goza de tus nietos! —le gritó, y él se volvió, sonriente, y le habló en voz clara y fuerte mientras la miraba a los ojos y asentía.

—Te quiero, Maggie.

Era la primera vez que se lo decía. Pero ella le había dado muchas cosas, entre ellas la sugerencia de que llamara a Alex. No cometería una vez más los mismos errores, no mantendría en secreto sus sentimientos. Y, además, ella se lo había ganado. Le había sido muy difícil obtener de él aquellas palabras que

tanto se merecía.

13

Quinn telefoneó a Alex desde la sala de espera de primera clase, y cuando ella le respondió parecía soñolienta. Para ella era la una de la madrugada, y él se apresuró a decirle a qué hora llegaría y el número de su vuelo desde Londres.

Entonces le dijo que volviera a dormirse y colgó el aparato. Estaba emocionado porque muy pronto la vería, y satisfecho de que ella estuviera embarazada. Sabía que Jane también se habría sentido feliz. Pero por una vez sus pensamientos, mientras permanecía sentado aguardando su vuelo, no se concentraron en Jane.

Ahora solo podía pensar en Maggie, y empezaba a percatarse de lo duro que sería abandonarla. La separación no iba a ser tan fácil como había creído que lo sería al principio. Tendría que arrancarla de su piel como una venda pegada a una herida. Durante los meses pasados había protegido su corazón, y dejar a Maggie volvería a ponerlo en peligro. Pero sabía que no tenía alternativa.

Retrasar el viaje solo empeoraría las cosas, y no podría llevarla consigo. Sabía que llevársela sería lo peor que podría hacer. Había hecho un juramento a la memoria de Jane, el de expiar sus pecados y estar solo. Estaba convencido de que por esa razón los sueños recurrentes habían desaparecido. Él y su conciencia habían hecho un trato, y finalmente habían hecho las paces para honrar la promesa que le hiciera a Jane, pues de lo contrario el sentimiento de culpa lo habría devorado sin remisión. Necesitaba la soledad de su vida en el barco y la libertad de marcharse tal como le había dicho a Maggie que lo haría al principio.

Por encima de todo necesitaba su libertad. Le parecía que no tenía derecho a vivir siempre en compañía. Debía marcharse. Y Maggie debía recuperar su propia vida, con los amigos y las personas a las que conocía, y tenía que volver a la enseñanza. No podía llevarla con él alrededor del mundo. Tenía que hacer lo que había dicho que haría. Por muy doloroso que fuese para los dos, debía abandonarla. Pero, por primera vez en su vida, empezaba a poner en tela de juicio lo mucho que deseaba su libertad.

Sin embargo, una vez a bordo del avión y rumbo a Londres, se sintió mejor, y se dijo que el fuerte apego que tenía a Maggie era un signo de la edad y que sería mejor para los dos que le pusiera fin. En cierto sentido, percibía su amor como una debilidad, y no podía permitirse el abandono a sus sentimientos.

Durmió durante el vuelo, cosa extraña en él. Y una vez en Londres, tuvo que darse prisa para abordar el avión de Ginebra, adonde voló a las cinco de la tarde, hora local. En cuanto bajó por la escalerilla, vio a Alex. Llevaba una larga cabellera rubia, lo mismo que Maggie, y le sorprendió constatar que Maggie parecía casi tan joven como su hija. Al ver la señal inequívoca de su embarazo se sintió conmovido. Nunca la había visto así, ni en el caso de Christian ni en el de Robert. Ella se le acercó con cautela, y los chicos caminaron unos pasos por detrás de su madre, cargados con sus mochilas, los dos casi el vivo retrato de su madre. Eran dos rubitos vivaces que se daban empellones y reían.

Los ojos de Alex tenían una expresión seria cuando vio a su padre.

—¿Qué tal el vuelo? —le preguntó, sin tocarle.

No lo besó ni tendió los brazos para abrazarle, sino que los mantuvo a los costados mientras se miraban. Quinn no la había visto desde que ella se marchó después del funeral de Jane, y en aquella ocasión ni siquiera se despidió de él.

Este era su primer encuentro.

—Estás muy guapa —le dijo Quinn, sonriente. Apenas podía resistir el impulso de abrazarla, pero sabía que la invitación a hacerlo debía proceder de ella, o por lo menos el gesto.

—Gracias, papá —replicó, mientras le afloraban las lágrimas a los ojos y los de Quinn se nublaban. Y entonces ella le tendió los brazos y él la estrechó entre los suyos, como cuando era una niña, algo que ya no recordaba—. Te he echado de menos —le dijo, ahogando un sollozo.

—Yo también, pequeña... yo también...

Los niños se apiñaban a su alrededor y tiraban del vestido de su madre.

En el momento en que la soltó, Quinn tuvo a sus nietos tirándole de los brazos y haciéndole una infinidad de preguntas. Le sorprendió que los dos tuvieran acento suizo cuando hablaban en inglés. Horst y Alex hablaban en

francés entre ellos, pero los niños se expresaban en un inglés fluido a pesar de su acento. Aún sostenía la mano de Alex mientras respondía a las preguntas de sus nietos.

Disponían de una hora antes de que saliera el avión hacia Holanda, y él propuso que fueran al restaurante más cercano para tomar un helado, algo que a los chicos les pareció una excelente decisión. Los dos hablaban por los codos, y Alex sonreía mientras caminaba al lado de su padre. Era bella, joven y se encontraba en un estado de gestación muy avanzado, y por un instante Quinn deseó que Maggie pudiera haberla visto. Estaba seguro de que se habrían gustado mutuamente.

—Tienes un aspecto estupendo, papá —lo elogió mientras comía el helado con sus hijos.

Quinn pidió una taza de café, pues empezaba a notar el efecto de los dos vuelos que había realizado hasta entonces y el desfase horario. Pero mientras la miraba, tuvo la sensación de que todo el enojo que ella había sentido hacia él durante tanto tiempo se había disipado. No sabía adónde había ido, pero se alegraba de su desaparición.

Media hora después subió al avión con los chicos. Estarían en Amsterdam a las siete y media, y en el barco dos horas después. Ya había advertido de su llegada a la tripulación, y la jefa de azafatas le ayudaría a vigilarlos. No quería que les ocurriera ningún percance. Eso era algo que le debía a Alex, y se lo había vuelto a asegurar antes de subir al avión. Le dijo que se relajase y disfrutara de tres semanas de paz con su marido. Le prometió que si los niños sentían añoranza del hogar, se los devolvería antes de lo acordado. Subió a bordo con la imagen de su hija agitando la mano y enjugándose las lágrimas todavía en la retina. Estuvo atareado con los niños durante todo el vuelo, y agradeció las distracciones que les procuraron las azafatas. Les dieron cuadernos de dibujos y lápices de colores, y sirvieron a cada uno un vaso de zumo de fruta. Y los niños le mantuvieron risueño y divertido. Aunque no lo habían visto desde hacía más de un año, parecían sentirse totalmente cómodos con él. Querían saberlo todo de su nuevo velero. Quinn permaneció del todo despierto y entretenido, respondiendo a sus preguntas.

Cuando llegaron a Amsterdam, les recibió el capitán, el primer oficial y Tem Hakker. Habían traído una camioneta, y el primer oficial mantuvo

divertidos a los niños durante todo el trayecto hasta el barco. Una vez a bordo, les sorprendió su tamaño, y la camarera se los llevó a la cocina para darles la cena.

Quinn estaba satisfecho en extremo por todo lo que veía, se interesó por una infinidad de detalles y las respuestas de Tem le dejaron satisfecho. Tanto él como sus hijos lo acompañarían durante las pruebas náuticas. Habían trazado el rumbo y tenían una lista de maniobras que Quinn había ideado a fin de comprobar a fondo el comportamiento del Vol de nuit. Era casi medianoche cuando Quinn se retiró a su camarote, se sentó exhalando un suspiro y llamó a Maggie.

—¿Cómo va? —Para ella eran casi las tres de la madrugada, y había confiado en que él la llamara. Cuando lo hizo, la emocionó oír su voz—. ¿Cómo están los chicos?

—La mar de bien. Actúan como si me hubieran visto la semana pasada, y les encanta el barco.

Había ido a su camarote y los había encontrado profundamente dormidos. Era como si alguien les hubiera conectado un enchufe y su energía permaneciera inactiva mientras recargaban las baterías. Quinn sospechaba que al día siguiente, apenas amaneciera, ya estarían en pie.

—¿Qué tal el Vol de nuit? —inquirió Maggie, emocionada.

—Más hermoso que nunca. —Deseaba que ella pudiera verlo, pero sabía que eso no era posible, y ella también lo sabía. Lo había visto una vez, y él le prometió mostrarle muchas fotografías de las pruebas náuticas.

Charlaron durante media hora y Quinn le dio todos los detalles. El barco era incluso más espléndido de lo que él había esperado. Ahora que estaba en el agua, parecía increíble. Todavía tenían que bautizarlo, pero lo harían en el astillero cuando él regresara en octubre. Tem Hakker organizaría una pequeña ceremonia, y su esposa sería la madrina. Quinn habría pedido a Alex que lo fuera ella, pero le resultaba demasiado difícil trasladarse desde Ginebra.

—¿Cómo estaba Alex? —le preguntó Maggie, en tono preocupado, y Quinn sonrió al responder.

—Es una mujer diferente, tal vez la única a la que nunca conocí. Creo que me ha perdonado, o por lo menos se ha mostrado muy amable y cariñosa. No me lo merezco, pero le estoy agradecido.

Maggie le había instado a que salvara la brecha y la llamara, y él también le estaba agradecido por ello. Muchos eran los beneficios que había aportado a su vida, y el más importante de todos era que Alex había vuelto a relacionarse con él. Hasta entonces no se había percatado de lo mucho que la había añorado.

Ver a su hija había sido un poco como ver de nuevo a Jane. Alex tenía un asombroso parecido con su madre, excepto que era ligeramente más alta.

—Claro que te lo mereces —le recordó Maggie, y entonces se acordó de lo que había dicho antes de dejarla en el aeropuerto—. Gracias por lo que me dijiste —añadió, al parecer, todavía conmovida por aquellas palabras. Había sido el mejor regalo que él podía haberle hecho, y el único que ella quería.

—¿Qué te dije? —replicó él en broma, y se tendió en la cama mientras hablaban.

Él aguardaba con ilusión las semanas siguientes, así como verla de nuevo en San Francisco. Ese era el globo sonda de su libertad, y el trato que había cerrado con sus sueños angustiados. Sacrificaba el amor que había encontrado con Maggie para pagar la deuda que aún creía tener con Jane.

—Dijiste que me querías —le recordó ella—, y eso ahora no puedes retirarlo.

—No tenía intención de hacerlo.

Pero de todos modos nada cambiaba. En cualquier caso la abandonaría.

Pero sabía que la querría aunque lo hiciera, y tal vez era mejor que ella lo supiera. No había querido ser cruel con ella y reforzar su vínculo antes de romperlo, pero sabía cuánto significaba para Maggie, y era lo mínimo que podía hacer por ella: decírselo por lo menos. La amaba, sí, y ella era feliz al saberlo.

Charlaron durante unos minutos más y entonces colgó. Diez minutos después dormía profundamente en su nueva cama. Estaba exhausto, pero se sentía feliz en su nuevo hogar, el Vol de nuit. Ese era ahora su mundo.

Las pruebas náuticas se desarrollaron a la perfección. Todos los sistemas funcionaron incluso mejor de lo esperado. Sus nietos se lo pasaron en grande. La tripulación le sorprendió por su eficiencia, y las semanas transcurrieron en un abrir y cerrar de ojos. Quinn no podía creer lo rápido que había pasado el tiempo, y había hablado con Maggie varias veces. Ella, desde San Francisco, le había dicho que estaba exhausta y abrumada, pues se había olvidado de lo que era la enseñanza y lo revoltosos que podían llegar a ser los alumnos, pero parecía feliz y atareada, y le dijo que ardía en deseos de verle. Él la había llamado con menos frecuencia de lo que deseaba. Sabía que debía empezar a distanciarse, o la ruptura final sería mucho más dolorosa. Y el momento de la ruptura se acercaba con rapidez. Volvería a verla, y no tenía intención de abandonarla por completo. La llamaría de vez en cuando, pero estaba decidido a no incorporarla a su nueva vida. Tal había sido su acuerdo desde el principio, y lo cumpliría, tanto por su bien como por el de Maggie. Pero seguía esperando con ilusión las dos últimas semanas que pasaría con ella en San Francisco. Sería el último regalo que se harían mutuamente.

Cuando llegó el momento de abandonar el barco, lo lamentó, y los niños lloraron al despedirse de la tripulación, pero Quinn les prometió que volverían tan a menudo como se lo permitieran sus padres. Al desembarcar con ellos, tuvo una aguda conciencia de la continuidad de la vida, y se dio cuenta de lo mucho que Doug se había parecido a Robert. Solo el color del pelo era distinto. Jane siempre había dicho que se parecía a Quinn, pero este, al mirar a su nieto, comprendía que era muy parecido a Jane, salvo que su cabello tenía el mismo color que el de Quinn. Sin embargo, ahora estaba convencido de que sus facciones habían sido las de su madre. Y, por primera vez en veinticuatro años, se dio cuenta de lo mucho que lo añoraba. Finalmente se había permitido sentirlo. Por entonces parecía tener abiertos todos los poros, y casi lloró de nuevo cuando vio a Alex esperándolos en el aeropuerto.

Pasó la noche con ellos, y los chicos entretuvieron a sus padres con los relatos de sus aventuras. No había habido un solo momento de riesgo, y los

niños recordarían durante mucho tiempo el viaje que habían hecho con su abuelo. Se habían comportado perfectamente con todo el mundo, y eran unos muchachos afectuosos, inteligentes y encantadores. A la mañana siguiente, antes de marcharse, Alex le dio de nuevo las gracias y le dijo cuánto había significado para ella verle de nuevo. Era como si la cólera se hubiera esfumado, como una enfermedad que se hubiera curado, una curación milagrosa que Alex hubiera experimentado durante el año en que no la vio. Ella le dijo que había rezado para conseguirlo.

—¿Estarás bien en el barco, papá?

La vida a bordo le parecía solitaria, pero la noche anterior él había vuelto a decirles que eso era lo que quería.

—Estaré más que bien —respondió lleno de confianza—. Seré completamente feliz.

Ahora estaba seguro de ello. Le había encantado cada momento que había pasado a bordo en las tres últimas semanas. El barco había satisfecho absolutamente sus expectativas. Y la decisión de pasar la vida a bordo le parecía correcta, a pesar de Maggie. O tal vez incluso debido a ella. Sentía que no tenía derecho a una nueva vida con una mujer distinta a Jane. Maggie había sido una aventura del corazón, un momento de sol en medio de la lluvia, y era hora de que él continuara su camino solitario. Estaba del todo seguro de que eso era lo que quería.

Antes de marcharse prometió a Alex que intentaría ir a verla cuando tuviera el bebé. Podría volar desde dondequiera que se encontrase. Por entonces se proponía estar en África, disfrutando del invierno y de todos los lugares que planeaba visitar. Se había pasado horas hablando de ello con el capitán, y Sean Mackenzie le había hecho algunas sugerencias excelentes. Ahora Quinn estaba concentrado en ello, y en cierto modo ya había abandonado la vida que había llevado hasta hacía poco en San Francisco.

Maggie lo notó cuando él estuvo de regreso. Exteriormente, parecía el mismo que había sido cuando se marchó tres semanas atrás, pero ya se habían producido en él sutiles diferencias. Ella no sabía a ciencia cierta qué era, pero incluso en la primera noche que pasó con Quinn percibió que una parte de él ya se había evadido. No le comentó nada, pero cuando él la estrechó entre sus brazos, lo hizo sin la pasión de solo unas semanas atrás. El águila ya

remontaba el vuelo y se disponía a abandonarla.

Ella estaba ocupadísima en la escuela, e intentaba tener tiempo para dedicárselo a él. Se habían trasladado de nuevo al barco y, por mucho que lo lamentara, Maggie tenía que pasarse una parte considerable de cada noche corrigiendo ejercicios. Tenía la intención de asignar a sus alumnos la menor cantidad de trabajo posible durante las últimas semanas de Quinn con ella, pero aun así estaba atareada. Y también Quinn tenía muchos cabos sueltos de los que ocuparse. Solo cuando se acostaban ella tenía la sensación de que habían vuelto a encontrarse de nuevo y sintonizaban de veras. Cuando yacía a su lado y él la rodeaba con el brazo, Maggie experimentaba la plenitud de sus sentimientos hacia él, y sabía que a él le sucedía lo mismo con ella. El resto del tiempo Quinn parecía en guardia. Era una actitud juiciosa, dado que iba a abandonarla, y confiaba en que de ese modo fuese menos doloroso para ella. Ya no era el hombre que había sido años atrás, que solo pensaba en sí mismo. Esta vez estaba decidido a no herir a nadie más de lo imprescindible. Y la última persona del mundo a la que deseaba herir era Maggie.

El fin de semana, con un tiempo espectacular, salieron a navegar. Era un día soleado y caluroso, y la brisa era ideal para la navegación. El viernes por la noche Jack fue a cenar con ellos, y les dijo que le encantaban los estudios y que Michelle estaba atareada planeando su boda. Quinn se ofreció a alquilar un barco para su luna de miel, y Jack declinó pesaroso la oferta. Al contrario que Maggie, a Michelle, que se mareaba a bordo de cualquier embarcación, la idea no le habría gustado en absoluto.

Su primera semana en el barco fue agradable y cómoda. Quinn y Maggie se las arreglaron para disponer de tiempo y, por la noche, hablaban durante largas horas, como si almacenaran recuerdos que les consolarían en los muchos años venideros, cuando ya no estuvieran juntos. Esperar a que él se marchara era como planear una muerte o un funeral. Sabían que iba a llegar, e incluso cuándo.

Ella se sentía como si él fuera a desconectar su respirador artificial, y aunque siempre había sabido que las cosas terminarían así, nunca había esperado que le doliera tan intensamente.

A la segunda semana, el final previsto empezó a causar fricción y tensión entre ellos. Era imposible que no fuera así. Maggie había soñado con Andrew

cada noche, y había tenido una pesadilla acerca de Charles, de la que despertó gritando. Poco era lo que Quinn podía hacer por ayudarla. Lo único que podría haber hecho era cambiar de planes y decidir no marcharse, y Maggie jamás habría esperado tal cosa de él. Pero de todos modos, mientras los días avanzaban, ella se sentía como si le estuvieran arrebatando la vida y el aire. Su último fin de semana apenas podía respirar, y Quinn se sentía abrumado por lo que le estaba haciendo, aunque ella nunca le decía nada. Sabía que era preciso abandonarla, aunque por un momento delirante estuvo a punto de pedirle que lo acompañara. Pero debía a Jane más que eso. Y Maggie necesitaba de nuevo una vida real, con relaciones humanas, amigos y trabajo. Él no podía llevársela en un barco. Y si la llevara consigo, por tentador que eso fuese, rompería la promesa que le hizo a Jane. Así se lo dijo a Maggie, sentados en la cubierta de popa bajo las velas. Ella parecía desconsolada, y ya no podía ocultarlo ni lo intentaba.

—No puedo creer que ella esperara eso de ti —le dijo Maggie, contemplando el mar, y sintiéndose como si estuviera a punto de esparcir sus propias cenizas—. He leído los poemas que te escribió. Te quería, Quinn. Nunca habría querido que fueses desdichado.

Pero, por extraño que fuese, él no se sentía desdichado. Le entristecía abandonarla, pero experimentaba cierta sensación de paz ante la perspectiva de la vida solitaria y libre que le aguardaba, casi como si hubiera elegido el retiro monástico. Necesitaba el alivio que semejante clase de existencia le daría a su alma. Ya no tenía la energía necesaria para comenzar una vida con nadie, y no se lo había merecido. Por lo que a él concernía, su fracaso en la anterior había sido demasiado grande. Y no quería que su relación con Maggie acabara siendo un desastre, no quería correr el riesgo. La amaba demasiado para hacerle daño.

Los dos habían experimentado suficiente dolor en sus vidas respectivas. Él quería dejarla sabiendo que la había hecho feliz. Se habían consolado mutuamente, y él no quería más que eso de ella, ni sentía que, por su parte, pudiera darle más. Lo habían hecho, se habían amado, y ahora era el momento de decirse adiós. El lunes siguiente él partiría hacia Holanda. Solo les quedaba un último fin de semana juntos. El viernes por la noche Jack fue a cenar con ellos, y los dos hombres se despidieron con un cálido abrazo y un

fuerte apretón de manos.

El domingo Maggie mostró un terrible mutismo. Apenas podía hablar con él. No quedaba nada por decir. Todo se había dicho mil veces y de mil maneras.

Deseaba haber tenido el don poético de Jane, pero todo lo que quedaba ahora en su corazón era dolor, el sufrimiento de la pérdida que ya había experimentado con demasiada frecuencia en su vida.

Quinn se tendió a su lado y le tomó la mano. Yacieron así durante largo rato, y la tripulación, que sabía lo que se avecinaba, los dejó en paz. Quinn había encargado una cena suntuosa, con caviar y champán, pero Maggie apenas probó bocado. Y poco después se retiraron a su camarote. Fue entonces cuando ella se echó a llorar, y la expresión de sus ojos al mirarlo le desgarró el corazón.

Casi lamentó haber regresado tras las pruebas náuticas. Aquello era demasiado duro para los dos, y se preguntó si habría cometido un error al volver a San Francisco, si eso había sido demasiado cruel para ella. Pero fuera cual fuese el cómo, o el cuándo, el final habría sido atrocamente doloroso.

Ella se puso la camisa de dormir y, antes de acostarse, se enfrentó a él y le dijo las palabras que Quinn había temido escuchar.

—Por favor, Quinn, llévame contigo.

—No puedo, Maggie —replicó él con tristeza—. Ya lo sabes.

—No, no lo sé. Eso no tiene sentido para mí. No comprendo por qué las cosas han de ser así.

Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas como riachuelos silenciosos.

—Lo convinimos desde el principio —le recordó él—. Lo sabes.

—Eso fue entonces, y ahora es distinto. No sabíamos que íbamos a querernos. Te quiero, Quinn.

—Yo también te quiero, Maggie. Pero más tarde o más temprano te haría daño.

Quería añadir que no la merecía, pero se contuvo. Ese era el punto sensible. Él aún sentía la necesidad de expiar sus pecados del pasado. Alex le había perdonado, y Jane lo habría hecho, Maggie estaba segura de ello. Pero Quinn no podía perdonarse a sí mismo, y mientras no pudiera hacerlo, no podría permitirse ser feliz.

—He dañado a todas las personas que me importaban. Mi hija, mi hijo, Jane... ¿Cómo puedo olvidar todo eso?

Para Maggie, él era como Charles, incapaz de perdonarse por lo que había sucedido. Y también la había culpado a ella. Quinn se culpaba solo a sí mismo. Y fueran cuales fuesen sus razones para partir, tanto si se trataba de Andrew como de Charles o de Quinn, ella era la perdedora.

—No puedes huir eternamente, Quinn —le dijo con una expresión de angustia.

—Sí que puedo —replicó él entristecido—. Huí en el pasado, y entonces fue un error. Pero esta vez es correcto, Maggie, lo sé. Tu vida será mejor sin mí.

No había manera de razonar con él. Estaba convencido de que actuaba de la mejor manera posible y de que eso era lo que quería. Maggie no podía hacerle cambiar de opinión. Él no se lo permitiría.

—No quiero una vida mejor. Quiero estar contigo. No tienes que casarte conmigo ni traicionar a Jane. Puedes seguir casado con ella para siempre. Solo quiero estar contigo. ¿Cómo puedes poner fin a esto y marcharte? Es absurdo.

No tenía sentido para ella, sobre todo porque sabía que él la amaba. Mas para Quinn, ese era tanto más motivo para abandonarla. Era lo que esperaba de sí mismo. Debía ese sacrificio final a todas las personas a las que había herido en el pasado, tanto si Maggie lo comprendía como si no.

Al final yació entre sus brazos, sollozando, durante la mayor parte de la noche, y por la mañana los dos parecían de duelo, como si algún ser querido hubiera muerto. Ella tuvo que hacer acopio de valor para vestirse, seguirlo arriba y desayunar. Permaneció sentada en silencio, las lágrimas deslizándose por sus mejillas, mientras él la miraba, tan desolado como ella. Maggie no se había sentido tan mal desde la muerte de Andrew, y aquello no tuvo sentido para ella.

Su hermoso hijo se había quitado la vida. Y ahora aquel hombre la abandonaba porque la quería.

—Esto es lo que considero correcto —le dijo Quinn en voz baja—. No hagas las cosas más difíciles de lo que ya son, por favor.

Y por puro amor hacia él, Maggie asintió y por lo menos trató de

serenarse. Él ya le había dicho que no quería que lo llevara al aeropuerto. Y ella sabía que no iba a hacerlo. La abrazó por última vez y la besó, diciéndose que atesoraría el recuerdo de aquellas caricias, y ella le tocó la cara por última vez antes de subir a un taxi. El de Quinn llegaría al cabo de unos minutos.

Él la vio alejarse desde la cubierta. No dejaron de mirarse ni un instante.

Él alzó una mano y la agitó una sola vez. Ella le lanzó un beso desde el taxi en marcha y, cuando el barco se perdió de vista, no pudo contener los sollozos. El conductor la miraba en silencio por el retrovisor. Maggie le dio la dirección de su casa, y aquel día no fue a trabajar. No podía. Se sentó en la cocina, mirando el reloj. Y cuando supo que el avión de Quinn había despegado, apoyó la cabeza en la mesa y rompió a llorar. Permaneció sentada allí durante horas, inmóvil y llorosa. Había gozado de los meses pasados con él, y ahora debía hacer lo que había prometido, por doloroso que fuese. Debía permitir que se marchara, dejar que fuese lo que quisiera ser y estuviera donde deseara encontrarse, tanto si eso tenía sentido para ella como si no. Si lo amaba como decía, debía permitirle tener lo único que deseaba de ella. Su libertad.

Permaneció sentada con los ojos cerrados durante largo tiempo, pensando en él y deseándole que fuese tan libre como quería. Y entretanto su avión giraba lentamente sobre la bahía y se dirigía al norte, rumbo a Europa. Él contempló el puente Golden Gate al sobrevolarlo, mientras las lágrimas se deslizaban lentamente por sus mejillas.

Durante varias semanas, Maggie experimentó los mismos sentimientos que cuando murió Andrew. Avanzaba a través de los días como si nadara bajo la superficie del agua. No tenía energía, nunca sonreía, de noche apenas podía dormir y apenas oía a la gente cuando le hablaban. Se sentía desconectada de todo su mundo, como si hubiera caído de otro planeta y ya no hablara la lengua ni comprendiera las palabras que le dirigían. Perdió la capacidad de descodificar el mundo que la rodeaba. Iba a trabajar y su falta de concentración era penosa.

Apenas podía asignar los deberes y corregirlos. Lo único que quería era permanecer en casa y pensar en el tiempo que habían compartido. Ahora cada momento recordado le parecía más precioso.

Lo único útil que hizo fue encargarse voluntariamente una vez más de la línea telefónica para el asesoramiento de adolescentes con tendencias suicidas, de la que había prescindido durante el verano. Pero de todos modos, como no podía dormir de noche, parecía un valioso empleo del tiempo. Sin embargo, estaba tan deprimida como las personas que llamaban, aunque se esforzaba por parecer normal cuando hablaba con ellas. Nada en su vida le parecía ya racional o normal. La partida de Quinn había abierto de nuevo la herida de la pérdida, y le había recordado a los seres queridos que habían desaparecido. En ocasiones, se sentía como si ella misma hubiera muerto.

El viernes por la noche cenó con Jack. Ella no lo había deseado, pero él la llamó por la mañana e insistió. Maggie temía que verle le recordara a Quinn. La amistad con Jack era otro valioso regalo que él le había hecho. Y Jack parecía casi tan deprimido como ella. Le dijo que añoraba terriblemente a Quinn. Era mucho lo que este había compartido con ellos y había dado de sí mismo con generosidad, y sin embargo ella sabía que no podía perdonarse por sus pecados de otro tiempo. Tenía un número telefónico que, en caso de emergencia, le permitiría comunicarse con el barco dondequiera que estuviese, por medio de un satélite, pero se había prometido a sí misma que no lo llamaría. Él tenía derecho a la libertad que tanto deseaba, y ella se la concedería, por mucho que le costara. Pero el resto de su vida se extendía ante

ella como un desierto. Jack le dijo que la noche anterior estaba tan trastornado que tuvo una discusión con Michelle acerca de la boda. Y ahora lamentaba no haberse ido con Quinn.

—A ti por lo menos te invitó —replicó Maggie con tristeza. Ambos habían llorado al comienzo de la cena.

—Cada vez que leo algo, pienso en él.

Jack le dijo que las clases de la universidad le resultaban muy difíciles, pero que le encantaba estudiar y, cuando terminara, seguía queriendo ir a la escuela superior de arquitectura. Tenía la suficiente determinación para hacerlo.

—Voy a ser el arquitecto más viejo de San Francisco —comentó, y los dos sonrieron.

Se aproximaba la Navidad cuando Maggie empezó a recuperarse un poco. Seguía manteniendo con Jack la tradición de la cena el viernes por la noche, aunque ya no jugaban a los dados, porque el juego les recordaba demasiado a Quinn. Preferían sentarse y hablar de él. Era la única ocasión en que Maggie podía hacerlo. Nadie en la escuela donde enseñaba sabía nada de él.

Jack le dijo que Michelle estaba harta de oírle hablar de Quinn. Su boda estaba prevista para la semana anterior a la Navidad. Maggie le había prometido asistir, pero no tenía el estado de ánimo apropiado. No se había molestado en comprarse ropa, y la tarde de la boda había sacado de su armario un vestido negro corto. Jack le había dicho que pocos días antes había recibido una postal de Quinn. Había volado desde Ciudad del Cabo para ver a Alex y los niños en Ginebra. Jack había traído la postal consigo, por si Maggie quería verla, pero ella no quiso. Solo le habría hecho llorar de nuevo, y eso no tenía ningún sentido.

Durante los dos últimos meses había llorado sin cesar. El regalo que le había hecho a Quinn era liberarlo.

Aquella tarde asistió a la boda de Jack, lloró copiosamente durante la ceremonia y sintió una mórbida depresión durante el banquete. Luego no quiso bailar con nadie. Solo quería irse a casa, estar a solas y pensar en Quinn.

Intentaba superarlo, pero, tras la muerte de Andrew, cada vez le resultaba más duro perder a alguien o algo. Y la pérdida de Quinn era de tal magnitud que había abierto de nuevo todas sus demás heridas. Pero al margen de lo

penoso que fuese para ella, tenía que sobrevivir. Se lo debía a Quinn.

En cuanto le pareció que no desentonaría, abandonó el recinto donde se celebraba la boda. Fue un alivio ir a casa y librarse del ruido, la comida y la jarana. Le había satisfecho ver a Jack de nuevo feliz, y Michelle estaba hermosa y arrobada. Maggie tenía la seguridad de que serían muy felices.

En Nochevieja empezó a sentirse en paz tras lo ocurrido. En vez de pensar en los años que no pasaría con él, pensó en los meses que habían compartido, en la bendición que había sido para ella y en la suerte que había tenido al conocerlo. Era la misma reacción que tuvo dos años y medio atrás, cuando murió Andrew. Se concentró en la gratitud en lugar de la pérdida, y pensó en llamar a Quinn la mañana de Navidad, pero tras debatirse consigo misma durante dos horas, logró no hacerlo. Sabía que si él deseara hablar con ella, la habría llamado, y no lo había hecho. Todo lo que podía hacer ahora era desearle lo mejor y atesorar los recuerdos. Y estos eran abundantes. Le bastaban, debían bastarle. No tenía más alternativa que seguir adelante, con o sin él. Y en Nochevieja, cuando fue a la iglesia, encendió una vela por él.

En Nochevieja, Quinn estaba en Ginebra con Alex y su familia. Asistió con ellos a la misa del gallo, y él, siguiendo la tradición de su juventud, abandonada mucho tiempo atrás, encendió una vela por Maggie.

Alex había dado a luz dos semanas atrás, y él había ido a verla, tal como le había dicho. Sabía que Jane lo habría hecho, y, puesto que su difunta mujer no podía, lo hizo por ella.

Esta vez Alex había tenido una niña, y los chicos estaban fascinados con ella. Constantemente la cogían en brazos, la tocaban y besaban. Y Alex estaba notablemente relajada cuando ellos casi la dejaban caer. Pasar algún tiempo con su padre la hacía feliz. Se sentaron a conversar mientras ella amamantaba a la niña. Estar allí con su hija le recordó a Quinn las muchas ocasiones en las que no había podido regresar a casa en Navidad desde algún lugar lejano del mundo. Le pidió disculpas y ella le dijo que lo comprendía. Significaba mucho para ella que él hubiera volado desde Ciudad del Cabo solo para verla. Quinn había dejado el barco allí, y la mañana de Navidad emprendería el vuelo de regreso.

Quinn había pasado una semana con ellos y, mientras estaba sentado con Alex después de la misa del gallo, se sintió tentado a hablarle un poco de Maggie, pero decidió no hacerlo. Seguía pensando que su actuación había sido correcta, pero le sorprendía lo mucho que la había echado de menos en los dos meses transcurridos desde que la había abandonado. Su unión había sido más profunda de lo que incluso él había comprendido, y no podía dejar de preguntarse qué pensaría Alex al respecto. Pero no tenía el valor de decírselo.

Estaba seguro de que ella lo consideraría como una traición a su madre.

Quinn todavía amaba a Jane, y pensaba en ella, pero era Maggie quien acudía a su mente sin cesar, mientras estaba sentado en la cubierta por la noche y contemplaba el océano. Jane parecía más bien formar parte del remoto pasado, mientras que Maggie estaba totalmente integrada en el presente, pero ya no pertenecía al futuro. El futuro que Quinn tuviera lo pasaría solo a bordo del Vol de nuit, rumiando sus fracasos y sus victorias y pensando en los seres a los que había amado y que ya no estaban con él.

Agradecía que Alex no fuese ya un recuerdo del pasado, sino que estuviera en su presente. Los besó a todos y les dejó regalos antes de marcharse a primera hora del día de Navidad. Había pasado una semana con ellos, y no quería importunarlos. Pensaba que debían pasar la Navidad juntos, y de todos modos las festividades le resultaban dolorosas. En realidad, nunca le habían gustado.

Emprendió el vuelo de regreso a Ciudad del Cabo, y a altas horas de la noche subió a bordo. Le aliviaba mucho estar allí. El Vol de nuit era ahora su hogar.

Permanecieron en el puerto otros tres días, cargando provisiones, y Quinn pasó horas con el capitán trazando la ruta. Iban a navegar alrededor del cabo de Buena Esperanza y luego por el lado oriental de África. Había lugares a los que parecía imprudente ir con un barco del tamaño del Vol de nuit. Quinn no quería entrar en zonas hostiles ni exponer a la tripulación a un peligro innecesario. Y

cuando zarparon de nuevo, se sintió feliz porque navegaban hacia nuevos lugares.

El tiempo empezó a empeorar después de las fiestas, y en la segunda semana de enero empezó a llover. Hubo tres días seguidos de intensa lluvia y mar revuelto, y Quinn no pudo dejar de recordar la tormenta del año anterior en San Francisco. Fue inmediatamente después, el día de Año Nuevo, cuando vio por primera vez a Maggie bajo el aguacero, calada hasta los huesos. Y al pensar en ello, sintió la tentación de llamarla, pero se resistió. Oír ahora su voz y hablar con ella sería doloroso para ambos. Estaba decidido a perderla. Quería que tuviera una vida mejor que la que él creía que podría darle.

Tras una semana de lluvia cambiaron de rumbo, y a la segunda semana la tripulación estaba tan harta como Quinn. Sacaron las cartas de navegación y se pusieron a trazar un nuevo rumbo, confiando en encontrar mejor tiempo, pero sucedió lo contrario. El Vol de nuit cabeceaba y daba bandazos en el mar embravecido. Todos menos Quinn y el capitán estaban mareados, y Quinn comentó en broma que, si el tiempo no mejoraba, tendrían que atar a los tripulantes a sus camas. Aquella noche estaba acostado cuando oyó un estrépito.

El mar estaba tan agitado que un mueble se había soltado y caído. Miró los

indicadores al lado de su cama y vio que los vientos eran huracanados. Se vistió y subió al puente para hablar con el capitán. El nuevo rumbo parecía haberles llevado a lo peor de la tormenta. Quinn estaba asombrado por el tamaño de las olas que rompían sobre la cubierta cuando se reunió con el primer oficial, el maquinista y el capitán en el puente de mando. Examinaron los informes meteorológicos y el radar. Las verdes aguas barrían la cubierta, y las olas rompían por encima del puente de mando. Y cada vez que la proa se hundía y emergía de nuevo, parecía como si los mástiles fuesen a partirse, pero Quinn estaba seguro de que no lo harían.

—Parece como si estuviéramos bailando rock and roll —dijo Quinn alegremente, pero le alarmó ver que el capitán parecía preocupado—. ¿Qué tal vamos?

No esperaba tener ningún problema. El Vol de nuit era sólido y capaz de resistir casi cualquier condición atmosférica y marina, y a Quinn nunca le había asustado el mar embravecido. Tenían que superar el contratiempo. Y Quinn jamás se mareaba.

—Hay ahí unos arrecifes con mala pinta —replicó el capitán, tras examinar cuidadosamente el radar y el sonar—. Y hay un petrolero en apuros. La marina les ha respondido hace un rato, pero parece que las cosas van a empeorar antes de que mejoren.

—Esto tiene el aspecto de un huracán, ¿no es cierto? —dijo Quinn, como si no les estuviera afectando a ellos. Al cabo de un momento, se volvió hacia el capitán—. Quiero que los hombres se pongan los arneses. ¿Aún no hemos colocado los cables de seguridad?

—Los pusimos hace una hora —respondió tranquilizadamente el capitán.

Llevaban arneses provistos de luces, a los que fijaban los cables de seguridad por si el temporal los arrojaba por la borda, pero Quinn sabía que si alguno caía con un oleaje como aquel sería casi imposible rescatarlo.

—Díales que tengan cuidado —dijo Quinn al primer oficial, y bajó a la cubierta para ver cómo se las arreglaba la tripulación. Todo el mundo llevaba un impermeable amarillo, incluido Quinn, y el capitán le dijo severamente que se pusiera un arnés antes de salir del puente de mando—. Sí, señor —replicó Quinn, y se alegró de que Sean fuese cuidadoso.

Quinn se puso el arnés y fue a reunirse con los tripulantes. Por el camino

oyó un estrépito alarmante en la cocina. Por entonces el barco se estremecía, y lo único que preocupaba a Quinn era la posibilidad de que se rompiera un mástil. En aquellos momentos no podían hacer nada más que pasar a través de la tormenta, pero la situación era inquietante para todo el mundo, y mientras Quinn contemplaba las olas, por primera vez se sintió preocupado de veras. Era el mar más encrespado que había visto jamás. Las olas tenían la altura de rascacielos, se alzaban veinte o veinticinco metros por encima de ellos. Habrían representado un peligro para cualquier barco, y lo eran también para el Vol de nuit, y mientras Quinn contemplaba la oscuridad, oyó un grito a corta distancia de donde se encontraba. Uno de los miembros más jóvenes de la tripulación casi se había caído por la borda, y otros dos hombres lo habían sujetado. Se aferraban a los cabos de seguridad, y parecía como si los tres fueran a ser barridos del barco, que en aquel momento se precipitaba en un gigantesco valle entre dos olas. Transcurrió una eternidad antes de que volviera a alzarse y las gigantescas olas rompieran por encima de ellos.

—¡Que entre todo el mundo! —gritó Quinn, gesticulando bajo el viento.

Los hombres empezaron a avanzar lentamente para resguardarse, pues la cubierta tenía una inclinación de casi noventa grados, y pareció que transcurría una eternidad antes de que todos estuvieran apretujados en el puente de mando, goteando. Era la primera vez en su vida que Quinn estaba preocupado de veras a bordo de un barco, pero nunca había visto semejante tormenta, excepto en el cine. Habían atado cuanto les era posible, pero muchos objetos caían y se rompían. A él no le preocupaban los daños, sino solo su supervivencia, y la mayoría de los hombres parecían asustados de veras.

—Bueno, esta será una experiencia de la que hablar —dijo Quinn para suavizar la tensión, y todo el barco pareció crujir y estremecerse cuando se sumió en el seno de la ola siguiente.

Quinn no quería que se percataran de que incluso él estaba asustado, y lamentaba amargamente el rumbo que habían seguido. Había sido una suposición calculada por su parte, pero era evidente que se había equivocado. Lo único que podían hacer ahora era sobrellevarlo y rezar para salir del aprieto.

Amaneció un nuevo día sombrío y gris, y las olas incluso parecían más grandes y el viento más intenso. Por entonces las dos camareras se les habían

unido en el puente de mando, y, aunque a regañadientes, el capitán les pidió a todos que se pusieran los chalecos salvavidas. Parecía existir una clara posibilidad de que el barco zozobrara.

Enviaron un mensaje por radio al barco más cercano, y les dijeron que el petrolero se había hundido y que la tripulación no había arriado los botes salvavidas. De todos modos, no les habría servido de nada, pues nadie podría sobrevivir en aquellas condiciones. Poco después de las nueve, captaron por la frecuencia de emergencia otra llamada de auxilio. Una flota de barcos pesqueros se había hundido. Quinn y el capitán intercambiaron una larga mirada, y en algún lugar del puente de mando un miembro de la tripulación se puso a rezar en voz alta. Quinn supuso que todos lo hacían en silencio. Les habría ofrecido algo para fortalecerlos y darles ánimos, pues habían estado en pie toda la noche, pero tenían que estar alerta.

En pie ante las ventanas, Quinn contemplaba las olas sobre las que se abatía la intensa lluvia, y habría jurado que había visto allí un rostro de mujer, el de Maggie. Y al pensar en ella y en el tiempo que habían pasado juntos, sintió el impulso abrumador de llamarla, y se prometió que lo haría si sobrevivían a la tormenta, cosa que empezaba a parecer cada vez menos probable. Los malos tratos que podía soportar el Vol de nuit tenían un límite, y las olas parecían crecer en lugar de reducirse. En el puente de mando reinaba un silencio ensordecedor, y los únicos sonidos eran los de los muebles que caían en la cubierta inferior y otra serie de estrépitos en la cocina.

—Bueno, muchachos —les dijo Quinn—, esta vez lo tenemos muy crudo.

Pero me gustaría conservar el barco. He invertido en él un montón de dinero.

El maquinista soltó una risita sardónica, y poco después los demás tripulantes se pusieron a hablar. Contaban anécdotas sobre las tormentas que habían experimentado, y Quinn hizo cuanto pudo para que la conversación no decayera, pero era evidente que los hombres estaban aterrorizados, y la estampa de todos ellos con los chalecos salvavidas puestos no era precisamente tranquilizadora. Algunos de ellos habían encendido cigarrillos, y unos pocos seguían sin hablar. Quinn no dudaba de que estaban rezando. En medio de la tormenta, mientras hablaba con los tripulantes, no dejaba de pensar en Maggie.

Morir de aquella manera sería espantoso, pero en cierto modo era lo que él había querido, que un día su vida finalizara en el mar. Tan solo sucedía antes de lo que había esperado. Se alegraba de que ella no estuviera allí, pues lo último que habría querido era que pereciera. Las dos camareras lloraban.

Esta vez, cuando el barco se precipitó en el seno de una gran ola, dos de los hombres se pusieron a cantar, y los demás se les unieron lentamente. Si iban a morir, lo harían como hombres, con elegancia y coraje. Eran un grupo de valientes bajo la furiosa tormenta.

Pareció que transcurría una eternidad, pero a mediodía penetraron lentamente en unas aguas más calmadas. La tormenta continuaba, pero las olas no eran tan inquietantes, y el barco no se estremecía tanto. Por la noche la lluvia y el viento empezaron a remitir. Los daños en el interior del barco eran considerables, pero hacia la medianoche los tripulantes podían controlar la situación de una manera razonable. El barco todavía cabeceaba y se escoraba a uno y otro lado, pero Quinn y el capitán convinieron en que ya no corrían un grave peligro, y por la mañana los dos estaban seguros de que saldrían adelante.

Aquella tarde entraron en el puerto de Durban, lanzando gritos de victoria y con lágrimas en los ojos.

—Menuda experiencia, no la olvidaremos nunca —le dijo en voz baja el capitán a Quinn, y este asintió.

Tenía un aspecto sombrío. Al igual que todos los demás, se había pasado casi dos días pensando en lo que había hecho con su vida. Más de cincuenta hombres habían muerto la noche anterior, y Quinn estaba profundamente agradecido porque no se contaban entre ellos. Había sido una tormenta que todos recordarían durante el resto de sus vidas. Y tras entrar lentamente en el puerto y amarrar el gigantesco velero, Quinn se volvió al capitán y le dio las gracias. Ya habían convenido que llevarían el *Vól de nuit* de regreso a Holanda para que lo reparasen. Pero lo único que importaba era que todos los tripulantes estaban vivos. Por puro milagro, el barco había sobrevivido y no habían perdido un solo hombre. Pero Quinn y el capitán habían tenido la certeza, en un momento determinado, de que el barco se hundiría. Era un auténtico milagro que no lo hubiera hecho. Y por primera vez en su vida, Quinn supo sin la menor duda que nada salvo un milagro podría haberles

salvado.

A Maggie la despertaron los sonidos de una lluvia torrencial que azotaba las ventanas. Había permanecido despierta la mayor parte de la noche, incapaz de conciliar el sueño, pensando en las cosas que debía hacer aquel día y los trabajos escolares que tenía que calificar a la mañana siguiente. Empezaba a disfrutar una vez más de su trabajo. Y el día anterior había salvado a una chica de catorce años que recurrió a la línea de asesoramiento en busca de ayuda. Su vida empezaba a tener sentido de nuevo, aunque no podía decir que la gozara.

Pero su mente estaba despejada y no tenía el corazón continuamente oprimido, sino solo cuando pensaba en Quinn. Sabía que con el tiempo lo superaría. El corazón acaba por repararse a sí mismo, algo que había aprendido tras la muerte de Andrew. Las cicatrices y los recuerdos permanecían, pero una aprende a vivir con el daño sufrido, e incluso a actuar con normalidad pese a ello. No podía permitir que la pérdida de Quinn destruyera su vida. No tenía más alternativa que superarla. De lo contrario, todo lo que decía a los chicos que llamaban a la línea de asesoramiento será mentira, y ella no podía tolerar semejante cosa. Si era capaz de darles una razón para vivir, tenía que encontrar la suya. No podía llorar eternamente la pérdida de Quinn. No podía permitírselo.

Se levantó, se duchó y se vistió para ir a la escuela. Tomó una taza de café, se comió una tostada y medio pomelo. Se puso el impermeable y salió a la calle. Y cuando corría hacia el coche bajo la lluvia, con la larga trenza oscilando detrás de la cabeza, vio a un hombre que iba apresuradamente a su encuentro.

Ella no podía imaginar qué estaba haciendo allí, y tenía la cabeza gacha, para protegerla del viento y la lluvia, cuando él tendió una mano hacia ella, haciéndola retroceder. Era una hora del día absurda para que alguien la asaltara.

Pero todo lo que él hizo fue abrazarla, mientras ella trataba de liberarse, reteniéndola con firmeza. La sorpresa la había dejado sin respiración, e intentaba recuperar el aliento mientras trataba de alzar la cabeza y mirarlo, y entonces lo vio. Llevaba el cabello corto y lo tenía tan mojado como el suyo.

El rostro era delgado. Se limitaba a permanecer allí, abrazándola. Era Quinn, o alguien que tenía un parecido idéntico a él.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó con una expresión de asombro. Él estaba en alguna parte de la costa africana, o así lo había creído ella, y ahora se encontraba allí y la rodeaba con los brazos.

—El barco estuvo a punto de hundirse durante una tormenta frente a la costa de África. Lo he llevado a Holanda para que lo reparen.

Parecía tan sin aliento como ella. Entonces Maggie se apartó de él y lo miró, mientras la lluvia se abatía sobre los dos. Tenía los ojos desorbitados y un aspecto de fatiga, y ella supuso que debía de haber llegado en avión poco antes.

Parecía como si no hubiera dormido en varios días, y así era, en efecto.

—Vi tu cara en la tormenta cuando pensé que íbamos a hundirnos. Juré que, si sobrevivía, te llamaría.

Ella lo miraba con suspicacia. Había sufrido las penalidades de los condenados desde la última vez que lo vio.

—No me llamaste —replicó ella, como si eso tuviera sentido. Pero ahora nada lo tenía. No sabía por qué razón él estaba allí, ni lo que le decía. Era como si le hablara en una lengua extranjera. Los pensamientos se atropellaban en la mente de Maggie.

—No, no lo hice —replicó Quinn. Había algo en sus ojos que ella nunca había visto antes. Algo poderoso, fuerte y seguro. Era como si hubiese muerto y vuelto a nacer. Y en verdad había vuelto a nacer, y ahora era libre—. Quería verte. ¿Estás bien? —Ella asintió, recordando cuán potentes eran los brazos que la rodeaban. Había pensado que iba a matarla. Y perderle casi lo había hecho.

Pero, como él, ella se había enfrentado a la tormenta en la que él la había dejado y había sobrevivido. Permanecieron bajo la lluvia, mirándose, tratando de ver lo que quedaba, si había algo. Los habían arrastrado unas fuerzas más potentes que ellos, y no tenían idea de si podrían regresar—. Cuando volvía a Holanda, soñé con Jane. Parecía muy apacible. Me dijo que estaba bien y que me quería. Y al final del sueño, me sonrió y se alejó.

Maggie le escuchaba y asentía. Ambos sabían lo que el sueño significaba.

El perdón, por fin.

—Voy a llegar tarde a la escuela —le dijo ella, a falta de algo mejor que decir, y él pareció no haberla oído.

—¿Vendrás conmigo? —Había recorrido diez mil kilómetros para hacerle esa pregunta.

Venía incluso de más lejos, de las entrañas de la muerte y a través de toda su vida. Pero lo que había encontrado en la tormenta era lo único que necesitaba. En las garras de la muerte había encontrado el perdón. Sabía que, si se había salvado, entonces era merecedor de Maggie. Por eso había visto su rostro aquella noche, como si hubiera sido una visión y una promesa. Había encontrado lo que buscaba, no solo perdón sino también libertad. Había pagado lo que debía hasta el último centavo. Y el sueño final con Jane lo había liberado por fin.

—¿Lo dices en serio?

Ella lo miraba como si no pudiera creerle.

—Naturalmente. ¿Y tú? ¿Quieres venir conmigo?

Maggie vaciló durante un momento que a él le pareció una eternidad, y finalmente asintió.

—Sí. ¿Todavía me quieres? —susurró, y esta vez él se echó a reír.

—He estado a punto de hundirme con el barco, y sabe Dios por qué nos salvamos, sobre todo yo. He viajado de África a Holanda, de allí a Nueva York y hasta aquí. Sí, Maggie, te quiero. Más que eso, soy el necio más grande que jamás ha existido, y fui el más grande hijo de perra que jamás alentó. Te prometo que nunca volveré a dejarte. Oh, sí, lo haré, pero no como lo hice en octubre. Supongo que he necesitado estar al borde de la muerte para descubrir lo que realmente quería. —Hincó una rodilla en el suelo bajo la lluvia, y ella se rió de él—. Bueno, ¿vendrás conmigo?

—De acuerdo, de acuerdo. Pero tengo que decirlo con antelación en la escuela, y he de calificar ejercicios. ¿Cuándo te marchas?

—No me marcho hasta que vengas conmigo. El barco estará en Holanda por lo menos dos meses, tal vez tres. ¿Puedo quedarme contigo?

Ella le sonrió. Nunca lo había visto tan adorable como en aquel momento. Y a él Maggie también se lo parecía, y exactamente tan empapada como el día que la conoció.

—¿Quieres que te acompañe a la escuela? —Ella le sonrió e hizo un gesto

de asentimiento—. ¿Cuándo se lo comunicarás? —le preguntó mientras ella le daba las llaves del coche.

La situación era maravillosa y alocada, lo mismo que él. Quinn había recorrido medio mundo para pedirle que se marchara con él, y había tenido que encontrarse al borde de la muerte para hacerlo. Pero si eso era lo que requería, merecía la pena.

—Se lo diré hoy mismo. ¿Te parece bien?

Quinn giró la llave de encendido e hizo marcha atrás en el sendero de acceso. Ambos estaban calados hasta los huesos. Entonces detuvo el vehículo y la miró.

—¿Te he dicho que te quiero?

—No lo recuerdo, pero de todos modos lo he imaginado. Si has venido hasta aquí desde tan lejos, he pensado que probablemente me quieres. Y yo también te quiero. Ahora llévame a la escuela, que llego tarde. Me has dado un susto de muerte. He temido que fueras a asaltarme.

—Tan solo me alegraba de verte.

Quinn sonrió, hizo retroceder el coche el resto del camino y enfilaron la calle Vallejo hacia abajo. Cuando él le habló de la tormenta, ella estuvo de acuerdo en que había sido un milagro. Había hecho falta un milagro para que Quinn volviera a ella. Y al inclinarse hacia él para besarlo, Quinn recordó que fue una tormenta lo que les puso en contacto al principio.

La dejó en la escuela y ella le despidió agitando la mano, mientras él permanecía sentado y la veía correr bajo la lluvia. Ella era el milagro que se había producido en su vida y que le había valido el perdón. Y el amor era el milagro que le había sanado.